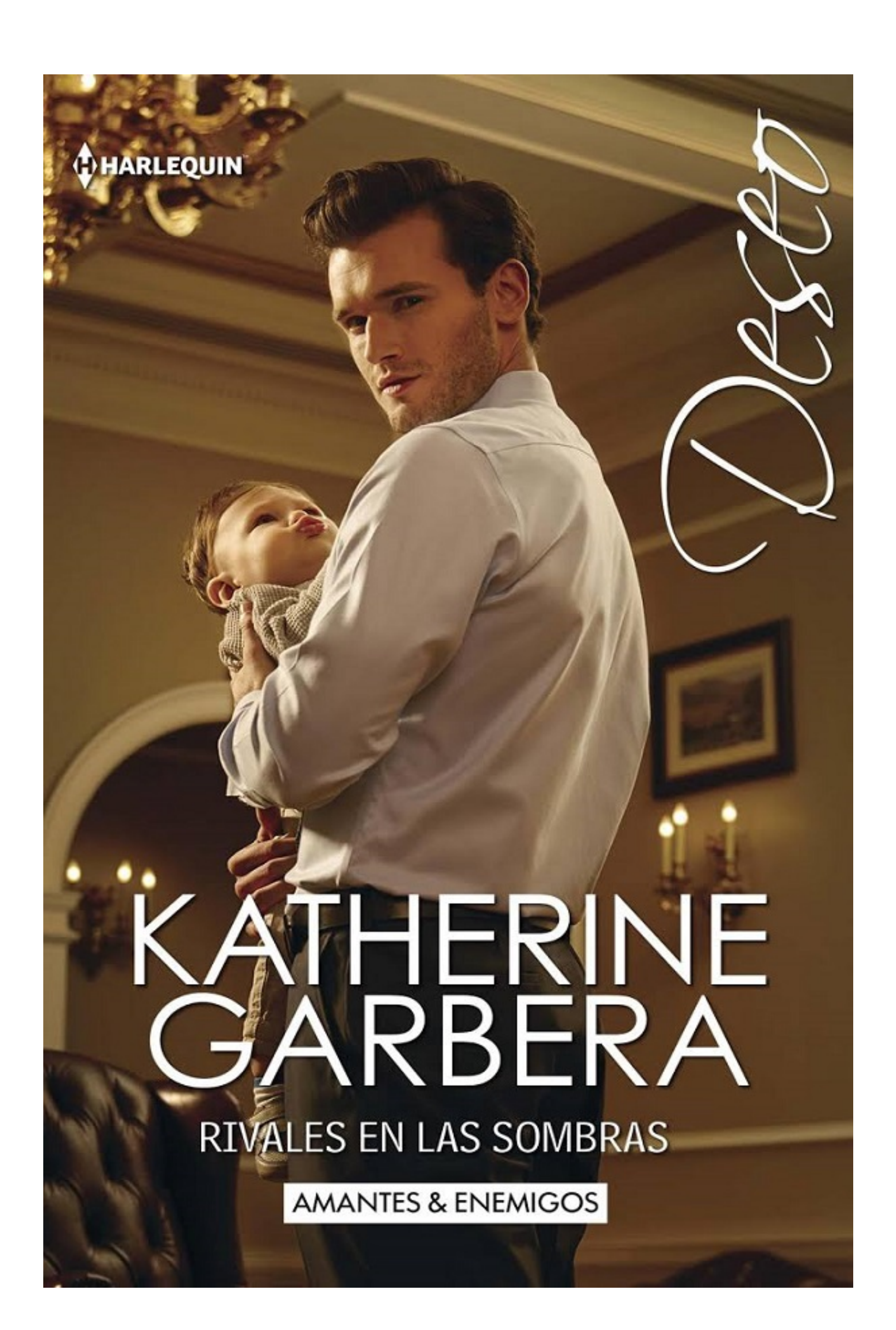


HARLEQUIN
Deseo
KATHERINE
GARBERA
RIVALES EN LAS SOMBRAS
AMANTES & ENEMIGOS



Rivales en las sombras

Katherine Garbera



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Rivales en las sombras, n.º 155 - julio 2018
Título original: His Instant Heir
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-9188-693-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Cari Chandler se detuvo bajo el umbral de la puerta de la sala de conferencias. En la pared del fondo había un retrato de su abuelo, de joven, con expresión decidida. Ahora se daba cuenta de que apenas sonreía. En aquel momento no estaría muy contento, puesto que el nieto de su enemigo más odiado estaba en sus dominios.

Desde finales de los años setenta, los Chandler y los Montrose habían estado enfrentados, tratando de sacarse mutuamente del mercado de los videojuegos. Su abuelo había ganado aquella trifulca hacía mucho tiempo, llegando a un acuerdo con una compañía japonesa y dejando fuera a Thomas Montrose. Pero nada de eso importaba ya, puesto que los herederos Montrose y su empresa Playtone Games habían dado el golpe de gracia con la adquisición hostil de Infinity Games. A Cari y sus hermanas, Emma y Jessi, solo les quedaba recoger los restos e intentar alcanzar algún tipo de acuerdo para salvar sus trabajos y su legado.

Cari, en su calidad de directora de gestión, había sido la elegida para tratar con Declan Montrose. Tenía sentido, puesto que se encargaba de las negociaciones, pero el secreto que llevaba tanto tiempo ocultando de repente se le hacía asfixiante. Si se lo hubiera confiado a sus hermanas, no tendría que lidiar con Dec en aquel momento.

La larga mesa de juntas era de madera oscura y las sillas que la rodeaban de cuero. Se concentró en los detalles de la sala en vez de en el hombre que estaba de pie junto a la ventana. Apenas había cambiado en el año y medio que hacía que no lo veía.

Por detrás, reparó en que llevaba su pelo castaño rojizo más largo, pero seguía ondulándose al llegar al cuello de la camisa. Ancho de hombros y esbelto de cintura, seguía teniendo el cuerpo

imponente que recordaba entrelazado al suyo. Un escalofrío la recorrió.

«No, no pienses en eso. Concéntrate en la adquisición. Cada cosa a su tiempo», se dijo.

–Dec, no pensé que volvería a verte.

Había pronunciado su nombre. Su voz había sonado decidida, lo que le agradó a pesar de que estaba temblando por dentro.

–Espero que sea una agradable sorpresa –replicó él, y sonrió con ironía.

Luego, se apartó de la ventana y se acercó a ella hasta quedarse a apenas a un palmo de distancia.

El aroma familiar de su loción para el afeitado la envolvió y cerró los ojos al recordar la intensidad de aquel olor en la base de su cuello. Se obligó a recuperar la compostura, se cruzó de brazos y se recordó que estaba allí por negocios. Unos golpes en la puerta le sirvieron de distracción.

–Adelante –dijo ella.

Ally, su secretaria, apareció con dos tazas con el logotipo de Infinity Games, y le dio una a cada uno. Cari rodeó la mesa hasta la cabecera. Se sentía más segura sentándose al otro lado de él. Ally le preguntó a Dec cómo le gustaba el café y le contestó que lo tomaba solo. Luego, se fue.

–Por favor, toma asiento.

–No te recordaba tan formal –replicó él, apartando una silla para sentarse.

Cari ignoró su comentario. ¿Qué podía decir? Desde la primera vez que lo había visto, se había sentido atraída por él. Incluso después de enterarse de que era un Montrose y, por ende, enemigo de su familia, había seguido deseándolo.

–Asumo que estás aquí para analizar los activos de mi compañía.

Él asintió.

–Me dedicaré las próximas seis semanas a evaluar los activos de la compañía sobre el terreno. Tengo entendido que tenéis tres divisiones de juego diferentes.

Debería habérselo imaginado. Había dejado a un lado las emociones para dedicarse a los negocios. Le gustaría poder hacer lo mismo, pero no se le daba bien ocultar sus sentimientos. Cíborg, había oído que lo llamaban, un apodo le hacía justicia.

La miró y en aquel instante se dio cuenta de que se había quedado estudiándolo fijamente. Aquello no iba a funcionar. En cuanto se fuera, llamaría a Emma, su hermana mayor y directora general de Infinity, y le pediría que ella o Jessi trataran con Dec.

–¿Cari?

–Lo siento. Sí, tenemos juegos para consola, móvil y en línea. Superviso las tres áreas.

–Necesito reunirme con todos los empleados y evaluarlos a cada uno. Luego redactaré un informe para la junta directiva con mis recomendaciones.

–Claro, sin problemas. Emma ya me había avisado de que querrías conocer a los empleados. ¿Qué vendrás, uno o dos días por semana? –preguntó, cruzando los dedos.

–No, quiero tener un despacho aquí para poder estar en el meollo –dijo echándose hacia delante–. ¿Acaso va a ser un problema?

–En absoluto –replicó Cari con la mejor sonrisa que pudo esbozar.

Al verlo reír, supo que su sonrisa había quedado demasiado forzada.

–Nunca se te ha dado bien ocultar tus sentimientos –observó él.

Cari sacudió la cabeza. Habían tenido una aventura de una noche, no una relación.

–No digas eso. No me conoces. Lo único que tuvimos fue una cita y una noche juntos.

–Creo que me hice una idea de cómo eres.

–¿De veras? –dijo ella–. Entonces, ¿por qué me dejaste sola en aquella habitación de hotel?

Dec se recostó en su asiento y dio un largo sorbo a su café antes de levantarse y acercarse hasta ella. Luego se apoyó en la mesa y se quedó mirándola desde arriba. Cari se sintió tentada a levantarse, pero no quería que creyera que la intimidaba.

–No soy hombre de compromisos –dijo por fin–. Y, aunque creas que no te conozco, Cari Chandler, tendría que estar ciego para no darme cuenta de que las cosas te afectan demasiado.

Quería negarlo, pero lo cierto era que tenía un corazón generoso, como el resto de la familia Chandler. Trabajaba como voluntaria en varias causas, donando su tiempo y su dinero, y en

más de una ocasión se había sentido conmovida por alguna historia en el trabajo. Al principio Emma se había enfadado, hasta que se había dado cuenta de que así se ganaba la lealtad de los empleados porque sentían que los directivos se preocupaban.

–No esperarías que me aferrara a ti y te profesara amor eterno, Dec.

Apenas lo conocía a pesar de que habían compartido una noche de sexo. Tal vez le habría gustado volver a verlo y conocerlo mejor, pero había descubierto todo lo que necesitaba saber después de que se fuera.

–Fue solo una noche –añadió.

–Una noche fabulosa, Cari –dijo, y tomando el respaldo de la silla, la hizo girar para que lo mirara–. Quizá debería recordarte lo bien que lo pasamos juntos.

Ella empujó la silla hacia atrás y se levantó. Había llegado el momento de tomar el control de aquella reunión.

–No es necesario. Aunque me acuerde de los detalles de aquella noche, lo que se me quedó grabado fue la mañana de después.

–Por eso me marché. No se me da bien lidiar con las secuelas.

–¿Las secuelas?

–Ya sabes, las mujeres os ponéis muy sentimentales y decís cosas empalagosas.

Cari sacudió la cabeza. Estaba claro que para Dec no era más que una aventura pasajera. Con su secreto en mente, sabía que debía comentar algo de la noche que habían compartido, pero de momento no iba a hacerlo. Se concentraría en los negocios y en encontrar la manera de salvar el legado de su familia sin que fuera desmantelado y destruido.

Tenía que admitir que oír a Dec la ponía triste porque quería algo mejor para ella. Le habría gustado que le dijera que no había querido irse y que había pensado en ella cada día. Probablemente, aquellos eran los comentarios que él consideraba empalagosos.

–¿Decepcionada?

–Supongo que es por eso por lo que un codiciado multimillonario como tú sigue soltero.

Trató de disimular lo desencantada que se sentía porque fuera exactamente como había pensado que era. Había tenido esperanzas de haberlo conocido en un mal día.

–Quizá es que no he encontrado a la mujer adecuada que me haga cambiar –comentó con una medio sonrisa pretenciosa.

–No pareces un hombre al que se pueda hacer cambiar.

–*Touché*. Estoy contento con mi vida, pero eso no significa que no sepa valorar a una mujer como tú cuando se cruza en mi camino.

Quería seguir enfadada con él, pero estaba siendo sincero y no podía culparlo. Aunque le habría gustado tener algo más con Dec, había sabido desde el momento en que habían salido a cenar que lo único que buscaba era una aventura.

–Creo que tendría más suerte encontrando una aguja en un pajar.

–Cena conmigo y averígualo.

–¿Estarías dispuesto a considerar que Playtone Games sea socio sin voto en Infinity?

Dec rio.

–Imposible.

–Entonces no hay cena.

Necesitaba poner distancia y pensar antes de cometer alguna estupidez con él.

–Tenemos que trabajar codo con codo y no creo que pasar tiempo juntos fuera de la oficina sea apropiado –dijo ella por fin.

Antes era más impulsiva, pero después de la noche que había pasado con aquel hombre había aprendido que actuar sin pensar traía consecuencias.

–La Cari que conozco no toma decisiones solo con la cabeza.

–He cambiado –afirmó con rotundidad.

–Eso me gusta.

Cari era consciente de que tenía que asumir que el hombre con el que había tenía una aventura de una noche había vuelto. Cada vez tenía más claro que la compra de la compañía era el menor de sus problemas. Iba a tener que hablarle de su hijo, del hijo de ambos.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Cari había cambiado. Era evidente incluso para alguien como él, que solo había pasado una noche con ella. Dec sabía que las cosas entre ellos siempre serían complicadas, y mucho más en aquel

momento. Sus familias eran enemigas y su primo, Keller Montrose, el presidente de Playtone Games, no iba a estar contento hasta que no quedara nada de Infinity y del legado de Gregory Chandler.

Aquella preciosa rubia que tenía ante él no iba a ser más que otro daño colateral.

Dec nunca la había considerado una enemiga. Desde el primer momento en que la había visto, había deseado conocerla mejor y no con el fin de usar esa información para arrebatarle su compañía.

Al ser adoptado, nunca se había sentido un verdadero Montrose, y siempre se había tenido que esforzarse en demostrar que era tan leal como Kell y su otro primo, Allan McKinney.

De vuelta en California y teniendo por oponente a Cari, era la ocasión de demostrar su valía ante la familia Montrose, además de volver a encontrarse con la mujer a la que no había olvidado. Con su cabello rubio cayendo en suaves ondas por sus hombros y sus bonitos ojos azules, lo había hechizado. No había podido olvidar su mirada mientras la había tenido entre sus brazos.

Fijándose con más atención, se daba cuenta de que el año y medio que había transcurrido desde que se separaron le había aportado una mayor confianza en sí misma. Fue subiendo la mirada desde sus zapatos marrones de cinco centímetros de tacón. Seguía teniendo los tobillos finos, pero sus gemelos parecían más musculosos. Aunque la falda le impedía ver mejor sus piernas, parecía haber ensanchado de caderas. La chaqueta evidenciaba que su cintura seguía siendo estrecha, pero sus pechos… Vaya, sus pechos eran bastante más generosos.

–Mírame aquí –dijo ella, señalándose los ojos azules.

Él se encogió de hombros y sonrió.

–Veo que has cambiado mucho en el último año. Has ganado curvas y eso me gusta.

Caminó hacia ella con pasos largos y lánguidos, y Cari fue retrocediendo hasta que no tuvo dónde meterse. Levantó el brazo para detenerlo, manteniéndolo apartado. Él permaneció allí, mirándola a los ojos, y tuvo que admitir que había cambiado. Había algo diferente en sus ojos. Lo estaba observando con más atención de lo que nunca antes lo había hecho.

Parecía cansada, aunque era normal teniendo en cuenta que Playtone por fin se había hecho con Infinity Games, y seguramente

estaría preocupada por su puesto de trabajo.

Dec se apartó de ella.

–Lo siento. No pretendía avasallarte. Estoy seguro de que perder la compañía y que quede bajo nuestro control tiene que ser muy duro.

–No exageres.

Aquel comentario le provocó una sonrisa.

–Todavía no me he acostumbrado a la diferencia horaria.

–¿Diferencia horaria? No sabía que la hubiera entre la sede de Infinity Games y las oficinas de Playtone.

Era muy ingeniosa. Dec se preguntó cómo no se había dado cuenta de esa característica de Cari año y medio antes. Claro que en aquel momento se había dejado llevar por el placer y había perdido el control.

–He pasado un año en Australia ocupado con la adquisición de Kanga Games.

–Esa compañía la habéis mantenido tal cual.

–Ellos no fastidiaban a nuestro abuelo.

–Mis hermanas y yo tampoco. Siempre os hemos tratado con respeto a ti y a tus primos.

–Me temo que eso no cuenta cuando se trata de venganzas –dijo él.

–Pero seguro que los beneficios sí.

–Claro.

Cari asintió, regresó a su silla y tomó asiento después de que lo hiciera él. Luego, entrelazó los dedos y Dec reparó en el anillo de la mano derecha que antes no llevaba. Era una sortija de platino con una fila de diamantes en el centro, el clásico regalo de un enamorado. Tal vez, mantenía una relación con alguien.

Quizá esa fuera la explicación de aquella seguridad en sí misma. Tenía un amante. Debería alegrarse por ella, aunque lo lamentaba si eso suponía no volver a besarla nunca más.

–¿Cuándo regresaste de Australia? –preguntó Cari jugueteando con el anillo.

Aquel simple gesto evidenciaba su nerviosismo.

–El sábado, pero todavía no me he acostumbrado al cambio de hora. Además, me he sorprendido al verte –admitió.

Se agachó para tomar el maletín que había dejado junto a su

silla y lo puso en la mesa. Dentro tenía el ordenador y los informes que había empezado a preparar para la toma de posesión.

–¿Por qué te has sorprendido? Sabía que eras tú el que iba a venir. ¿Acaso no sabías que ibas a tener que tratar conmigo?

–Sí, Emma me lo dijo en un correo electrónico –respondió.

Lo que no iba a decirle era que no esperaba que su presencia le afectara tanto. Había pensado que después de haberse acostado con ella, la química entre ellos habría desaparecido. Pero se había equivocado.

Su cuerpo no tenía misterio para él. No había ni un solo centímetro que no recordara, aunque, teniéndola delante en carne y hueso, todos aquellos recuerdos que tenía de ella palidecían ante la mujer real.

Quería tener la oportunidad de explorar sus curvas y, no solo eso, sino de descubrir los secretos que guardaba en su interior. Si se entretenía con ella, tal vez consiguiera dejar de hacer tanta introspección.

De hecho, cuanto más pensaba en ello, más le parecía que Cari era la distracción perfecta para lo que fuera que le estaba afectando últimamente.

Necesitaba una distracción, y *voilà,* el destino había puesto en su camino a la única mujer a la que no había podido olvidar. Recordó que tenía seis semanas para completar la toma de posesión. Seguro que sería tiempo más que suficiente para satisfacer la curiosidad que sentía por ella, aunque aquella adquisición hostil no iba a facilitar la seducción. De hecho, si fuera prudente, lo mejor que podía hacer era olvidarse de los asuntos personales y concentrarse en los negocios. Pero se trataba de Cari, la mujer cuyo recuerdo lo había perseguido durante los últimos dieciocho meses, y tenía la oportunidad de averiguar por qué. ¿Sería porque solo había pasado una noche con ella? ¿Había algo más entre ellos?

–Entonces, ¿cuál es el problema? –preguntó ella con una medio sonrisa, y se echó hacia delante.

–No hay ningún problema.

Ella se levantó y puso los brazos en jarras. Aquella postura tensó la chaqueta sobre sus pechos generosos. Parecía estar flirteando y eso le gustaba, aunque presentía que era algo forzado.

–¿Estás seguro? ¿No será porque nuestras familias son enemigos

acérrimos?

Le habría gustado responder que sí, pero sospechaba que el problema estaba en él. Apenas había dejado de viajar desde la última vez que la había visto y echaba de menos estar en casa. Nunca había tenido un sitio que considerara su hogar, ni el yate que tenía amarrado en el puerto de Marina del Rey y que había bautizado como *Big Spender,* en el que vivía, ni tampoco la mansión de Beverly Hills que había heredado de sus padres.

El deseo de tener algo permanente le había asaltado tres meses antes, y sabía que tenía que superarlo. Eso no iba con él. Había sido maravilloso ser adoptado por la familia Montrose, pero después de que sus padres lo usaran como títere en su divorcio, había descubierto que prefería estar solo. Más tarde, a la edad de veinticinco, había perdido a su padre en un trágico accidente de esquí, y dos años más tarde, a su madre le había fallado el hígado después de todo el alcohol que había ingerido para sobrellevar su vida.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza para contestar a la pregunta de Cari. ¿Le molestaba aquel enfrentamiento? Era algo con lo que había crecido, algo que formaba parte de su familia, y no podía ignorarlo.

–Tal vez –contestó.

Aunque iba a ser imparcial en su informe, sabía que Kell pretendía despedir a las tres hermanas Chandler en venganza por lo que su familia le había hecho a su abuelo en el pasado.

Era una tontería mantener una relación con Cari en aquel momento, y él no era un estúpido. Iba a tener que esforzarse en recordarlo porque, tal y como le estaba sonriendo en aquel momento, empezaba a creer que la relación funcionaría.

–Quiero tener la oportunidad de demostrarte que Infinity debería mantenerse íntegramente –dijo ella.

Estaba siendo sincera. Maldijo porque aquella afirmación le daba la excusa para volver a invitarla a salir. Claro que siempre podía convencerse de que iba a salir con ella por negocios y no porque estuviera deseando volver a besarla.

–Cena conmigo esta noche –le dijo.

Cari palideció, se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

–No creo que eso sea una buena idea. Las próximas semanas van

a ser muy complicadas.

No era precisamente un no, pensó Dec.

–Cierto, pero eso no es motivo para que no podamos ser civilizados. No estoy diciendo que nos vayamos a mi casa después de cenar…

–Ni hablar. Ahora soy mucho más prudente.

–¿Ves? Eso es lo que quiero que me expliques. Vamos a estar muy ocupados en el trabajo.

Quería saber más de ella. No había tenido suficiente con el tiempo que habían compartido hacía año y medio. Aquel podía ser un buen momento, mientras analizaba su empresa, para conocerla mejor.

–Estoy de acuerdo –dijo ella con una sonrisa traviesa que le hizo desear acercarse y besarla.

–Estupendo. ¿A qué hora te recojo?

–Me refería a que estaba de acuerdo con tu comentario.

Cari suspiró, apartó la silla de la mesa y se quedó mirándolo como si buscara algo. Después, pareció haber tomado una decisión y asintió.

–Dime dónde y me reuniré contigo a las siete. Ahora voy a pedirle a Ally que te busque un despacho y, hasta en tanto haya uno disponible, puedes trabajar en esta sala de juntas.

Dec dejó que se sintiera al mando de la situación y la observó caminar hasta la puerta, balanceando las caderas. La siguió unos pasos. Era su manera de despedirlo y, para Dec, eso era inaceptable.

A pesar de lo que Cari creyera, era él el que estaba al mando de aquella situación, tanto en la vertiente empresarial como personal. Lo había despedido como a un sirviente, algo que no toleraba de ninguna manera y menos aún estando aturdido por la diferencia horaria.

Cari se volvió y jadeó al ver lo cerca que estaba de ella. Luego se chupó los labios y Dec se percató de que era su manera de recuperar la compostura.

No había podido olvidar su sabor ni la sensación de sus labios junto a los suyos y, en aquel momento, lo que más deseaba era unir sus bocas. Siempre había conseguido todo lo que había querido y, hasta que no la había visto aparecer en la sala de juntas tan serena y segura de sí misma, no se había dado cuenta de lo mucho que la

deseaba.

–¿Querías algo más?

–Solo esto –contestó él.

Luego bajó la cabeza y le robó el beso que tanto había deseado desde que la vio entrar en aquella sala, arrepintiéndose por haberla dejado tantos meses atrás.

Capítulo Dos

Cari no tenía planeado aquello. En absoluto. No esperaba sentir sus labios junto a los suyos ni deleitarse con su sabor tan familiar. Cuánto había echado de menos aquello. Entonces, se corrigió. No, no había echado de menos nada. Dec solo había sido la aventura de una noche. Aunque le habría gustado que fuera algo más, a él solo le había interesado de ella el sexo.

No quería mostrarse apasionada entre sus brazos, pero llevaba tiempo sintiéndose sola, más preocupada por su instinto maternal que femenino. Dec estaba despertando algo en ella que pensaba que había desaparecido. Una oleada de deseo la recorrió. La sangre parecía hervirle en las venas.

Lo rodeó con los brazos por los hombros, estaba decidida a disfrutar de cada segundo. Ladeó la cabeza, acopló su boca a la suya y lamió su lengua. Él gimió y, por primera vez desde que había vuelto a aparecer en su vida, sintió cierto control.

Pero ese control fue efímero. Cuando la tomó de las caderas y la atrajo hacia él para que sintiera su erección, sus pechos reaccionaron.

Sorprendida y temiendo que se diera cuenta, Cari alzó la cabeza y lo miró a la cara. Tenía los ojos cerrados y había un rubor de deseo en su piel.

Era un hombre impetuoso, pero sus labios siempre se habían movido con suavidad sobre los suyos. Subió la mano y le acarició el labio inferior con el pulgar. Se detuvo un momento, confiando en poder resolver el conflicto que se debatía en su interior. Pero entonces, Dec se aferró a sus caderas y supo que aquello solo le traería más complicaciones.

Dejó caer los brazos y se cerró la chaqueta para asegurarse de

que no viera la humedad y adivinara que tenía un bebé.

Suspiró. No estaba preparada para que Dec volviera a su vida. Se había creado una rutina con su trabajo y su hijo, y de pronto Playtone Games y Dec lo estaban poniendo todo patas arriba. Deseó tomar a DJ y esconderse en el sótano hasta que aquello hubiera pasado, pero no podía salir huyendo. Estaba al cargo de la gestión del día a día y ella era la persona más indicada para informar a Dec del personal. Tenía que persuadirlo para que mantuviera al mayor número de empleados posible.

Él rio.

–¿Tan malo ha sido mi beso?

–Todo lo contrario, ha estado bien –dijo ella, decidida a ser sincera.

Nunca se le había dado bien mentir, algo de lo que se habían dado cuenta sus hermanas desde el primer momento en que se había negado a darles el nombre del padre de DJ. Pero se había empeñado en mantener el secreto dada la mala relación entre la familia de Dec y la suya.

–Entonces, ¿por qué suspiras? –preguntó atrayéndola hacia él.

Cari colocó la mano entre ellos para mantener la distancia y la sensación de control, porque era evidente que no había estado al mando de nada desde el momento en que había entrado en la sala de juntas. Retrocedió un paso y se topó con la puerta.

Él fue a agarrarla, pero Cari sacudió la cabeza.

–No puedo hacer esto, Dec. Tenemos que hablar y hay cosas que…

–No estoy haciendo esto por venganza.

–¿Cómo?

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero al oírselo mencionar, no le sorprendió la idea de que uno de los nietos de Thomas Montrose pretendiera vengarse sexualmente de la nieta de su enemigo.

–Solo quiero que sepas que lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con los negocios ni con nuestras familias. Esto es entre tú y yo, solo entre nosotros –dijo él.

–Me gustaría que así fuera.

No pudo evitar pensar en su hijo y en sus hermanas, y en el hecho de que a pesar de lo que él quisiera creer, lo cierto era que no

vivían en una isla. Nunca estarían solos.

–Es mi opinión. No permito que mis primos gobiernen mi vida personal –dijo, apartándole un mechón de pelo y colocándoselo detrás de una oreja–. Tenía la impresión de que tú también tomabas tus propias decisiones.

–Por supuesto. Deja ya de… ¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?

Estaba asustada y nerviosa, pero no por él sino por ella. Le sería fácil rendirse y darle lo que quería, una relación pasajera. Pero ella no era así. Dec Montrose era peligroso, se dijo, y no podía olvidarlo.

–Quiero una oportunidad. No que me juzgues por mis primos ni por esta compraventa. Nada de eso tiene que ver con lo que hay entre nosotros.

–Ya te he dicho que cenaré contigo.

Nada le gustaría más que creer lo que decía. Si fuera ingenua, se lo creería a pies juntillas, pero no lo era. ¿O acaso sí?

Se cruzó de brazos sin importarle que pensara que se estaba poniendo a la defensiva. Tenía que decidir cómo comportarse con Dec. Nunca se le había dado bien manipular a las personas. Prefería ayudarlas a encontrar la felicidad. Y lo que Dec quería eran dos cosas que no la dejarían en buena posición. Por un lado, su compañía y, por otro, estaba segura de que una vez que supiera de DJ, querría quedarse con su hijo.

–Quiero más que una cena.

–Eso es evidente –replicó ella.

–Nunca he sido sutil. Kell dice que con esta cara no puedo serlo –dijo señalándosela.

No era el clásico guapo, pero tenía una barbilla prominente y unos ojos marrones que le habían hecho imposible apartar la vista de él en el pasado, y también en aquel momento.

–Sabes sacar provecho de ella.

Él se encogió de hombros.

–Supongo que tuve que aprender desde pequeño a aprovecharme de mis puntos fuertes.

–Yo también. Nunca fui tan enérgica como Emma ni tan rebelde como Jessi. Tuve que encontrar mi propio camino.

–No te ha ido mal, por lo que parece. Todos con los que he hablado dicen que eres el alma de Infinity Games.

Cerró los ojos. Prefería que los empleados hubieran dicho que era la más arisca de la compañía. Eso lo haría todo más sencillo en aquella negociación. ¿Qué podía decir? Siempre se había preocupado por su personal y porque rindieran al máximo.

–Tú, sin embargo, eres el brazo ejecutor de Playtone Games.

–Así que soy un hombre de piedra que no tiene corazón. ¿Es así como me ves?

Cari se quedó sin respiración al ver un destello de dolor en sus ojos. Pero rápidamente desapareció y volvió a aparecer el galán seductor. Todavía no sabía muy bien qué quería de ella, pero estaba decidida a conocer mejor a aquel hombre. Tenía tiempo hasta la cena para pensar en cómo contarle lo de DJ y en encontrar la manera de convencerlo de que no despidiera a los empleados. También tenía que decidir hasta dónde pensaba llegar con él.

Tenía la desagradable sensación de que lo último iba a ser lo más difícil de todo.

Dec siempre había tenido la sensación de que era diferente a todos los demás. Ya de adulto, se había dado cuenta de que aquello tenía que ver con el hecho de ser adoptado. Su madre había insistido en que fuera tratado como el resto de los herederos Montrose, pero en su interior, Dec siempre había sabido que no era un heredero auténtico, y eso le había afectado.

Normalmente, un comentario así no le habría importado. Sabía que lo consideraban un tiburón, alguien frío y despiadado, un hombre sin escrúpulos a la hora de despedir a los empleados. Así eran los negocios. Por lo general, los que lo decían, eran aquellos a los que despedía. Pero oírle decir a Cari que no tenía corazón, le había dado que pensar.

–Así que un hombre de piedra, ¿eh, Cari? –repitió al ver que no respondía a su pregunta.

–No lo decía en ese sentido.

Pero reparó en que se mordía el labio inferior. Lo había dicho de corazón.

–No estoy aquí para hacerte daño a ti o a tu compañía. De hecho, como accionista, creo que deberías estar contenta por la compra. A pesar de la enemistad entre nuestras familias, vas a ser

una mujer muy rica cuando esta operación termine.

–¿El dinero es lo más importante para ti, verdad?

–No soy un hombre sin sentimientos.

–Lo siento, no era mi intención ser descortés –dijo sin dejar de morderse el labio–. Bueno, quizá un poco sí. Es solo que me gustaría entenderte mejor.

Se adivinaba en su tono que estaba escondiendo algo, o quizá solo se lo estaba ocultando a él. Tal vez acababa de darse cuenta de que un simple beso no iba a ser suficiente. Por su parte, estaba deseando volver a abrazarla.

–Pues te deseo buena suerte –dijo él–. Tengo dinero suficiente para llevar una vida cómoda y no tenerme que preocupar. Aunque no es mal objetivo en la vida. La mayoría de la gente siempre quiere más.

–Cierto. ¿Es esa la razón por la que nuestros socios os vendieron sus participaciones?

–No fui yo el que trató con ellos, así que no lo sé. Pero cuando decidieron invertir en Infinity Games, buscaban ganancias.

–Lo sé. Es solo que odio los cambios.

A él, siempre le habían dado igual los cambios. Era consciente de que la vida era un continuo cambio. La gente que se volvía cómoda, acababa… Bueno, como Cari en aquel momento.

–No soy despiadado con el personal. ¿Es eso lo que te preocupa?

Ella sacudió la cabeza y jugueteó con el anillo de su mano derecha.

–Contigo hay que andarse siempre con cuidado, Dec. Esta mañana estaba decidida a mostrarme fría y distante y, sin embargo, he dejado que me besaras.

–Me gusta cómo eres –dijo él.

Ella esbozó aquella medio sonrisa que había llamado su atención en la convención de Atlanta. Era dulce y tentadora, e incitaba a un hombre a hacer todo lo necesario para que no se le borrara de los labios.

–Me alegro porque soy demasiado mayor para cambiar.

Él rio. A pesar de que formaba parte de la estirpe que más odiaba su familia, Cari no tenía malicia.

–Si tú eres mayor, yo debo de parecer un anciano.

Cari se atusó el pelo y dejó caer los brazos antes de quedarse

fijamente mirándolo.

–Por ti no pasan los años. Sé que tienes trabajo que hacer. Si necesitas algo, pídeselo a mi secretaria, a menos que quieras que venga alguien a asistirte.

–No, no necesito secretaria. Además, una manera de reducir costes es aprovechar el personal en plantilla.

–¿Reducir costes? ¿Es eso en lo único que piensas cuando haces negocios? –preguntó ella.

Por su tono, no parecía compartir su criterio. Si le hubiera preguntado algo así sobre su vida personal, entonces sí se habría molestado. En los negocios, no había sitio para las emociones. Si por algún sitio se perdía dinero, había que atajarlo, y en Infinity Games se habían tomado demasiadas decisiones malas, quizá llevados por el corazón y no por la cartera. Eso los había llevado a una pérdida de control, y Dec estaba allí para poner orden.

–¿Qué otra cosa podría importarme? Al final, lo único que importan son las cifras. Por eso es por lo que hemos podido hacernos con tu compañía.

–A mí no me mueven los números, a mí me gusta que mis empleados trabajen y sean productivos.

–Quizá deberías haber estado más atenta a los números.

No había dicho nada cuando se había referido a ella como el alma de la compañía. Por experiencia, sabía que eso significaba que era una persona emocional. Tenía la sensación de que no sabía decir que no a sus empleados. Le gustaría estar equivocado, pero rara vez lo estaba. Eso significaba que iban a estar en desacuerdo en muchos aspectos.

Lo que quería de Cari no tenía nada que ver con los negocios. Haría su trabajo e intentaría conocerla mejor. Podía hacer ambas cosas a la vez sin que interfirieran.

–Bueno, claro que sé que los resultados son importantes, pero también pienso en la gente que hay detrás. Creo que tienen que sentirse seguros en el trabajo para dar lo mejor de sí mismos.

–Será interesante trabajar juntos. Tengo la sensación de que no te conozco, Cari.

–Es que no me conoces –replicó ella–. La mayoría de los hombres ven lo que quieren de las mujeres.

–Interesante razonamiento. ¿Crees que me conoces bien?

Ella se sonrojó.

–Lo siento. Es solo que odio la idea de que con tan solo mirar un papel puedas decir que necesitamos recortar personal, cuando detrás hay muchas personas con sus vidas.

–No voy a reducir el número de empleados así, a la ligera. Necesitamos ver por dónde estáis perdiendo dinero, Cari. Espero que seas consciente de que vuestra compañía no da tantos beneficios como podría.

–Sí, lo sé. Como dijiste, tenemos que trabajar juntos para que vuelva a ser rentable –dijo ella.

Luego, tomó el pomo de la puerta y Dec tuvo la sensación de que quería huir de él. ¿Cómo culparla? Ya le había dado dos cosas en que pensar.

–Lo siento –dijo él suavemente.

No tenía intención de aparecer en su vida de aquella manera. Lo cierto era que no tenía intención de aparecer en su vida de ninguna manera. No era el tipo de mujer con la que tendría una aventura, ni aunque no hubiera existido aquella enemistad entre sus familias.

No solo era el alma de aquella compañía de juegos, también era cariñosa y compasiva, cualidades desconocidas para el hijo de Beau y Helene Montrose. Por él se habían enfrentado y, al final, cuando su madre se había quedado sin argumentos, se lo había tenido que entregar a Thomas Montrose para usarlo como arma en aquella guerra contra los Chandler.

–Es imposible que esto salga bien –dijo ella.

–¿A qué te refieres?

–Te marchaste sin volver la vista atrás y seguramente pensaste que nuestros caminos no volverían a cruzarse. Ahora tenemos que trabajar juntos, y mientras que yo quiero salvar nuestra compañía, tú…

–Haré lo que mejor se me da –la interrumpió.

–¿Y eso qué es?

–Hacer que Playtone Games sea rentable y convencerte de que, a pesar de todo, no soy de piedra.

Cari entró en su despacho y descolgó el teléfono para llamar a Emma, pero enseguida volvió a colgarlo. Ya había pasado la época

de recurrir a su hermana mayor. Ahora era madre y tomaba decisiones ella sola. En el trabajo, no necesitaba de los consejos de Emma, y también había aprendido a no depender de nadie en su vida privada. No podía dar marcha atrás ahora.

Pero no podía evitarlo. Estaba asustada solo de pensar que Dec estaba al otro extremo del pasillo y DJ en la guardería de abajo. Eran los dos hombres que más influencia tenían en su vida. Uno, porque así lo había decidido y el otro porque… ¿así lo había querido el destino?

Sacudió la cabeza. No podía pensar en eso en aquel momento, y le mandó un mensaje a su secretaria.

Ally llamó a la puerta y asomó la cabeza.

–¿Querías verme?

–Sí. Quiero que redactes un memorando al personal de parte de mis hermanas y mía comunicando que Playtone Games ha adquirido nuestra compañía y que la fusión se llevará a cabo en las próximas seis semanas.

–Muy bien, ¿algo más?

Ally lo dijo sin sorpresa ni preocupación. Su secretaria tenía treinta y dos años, se había casado el verano pasado, y Cari sabía que acababa de firmar la hipoteca de su casa. Debería estar preocupada.

–Diles que Dec Montrose va a estar controlándolos. Si trabajan al máximo, no tienen de qué preocuparse.

–De acuerdo, redactaré un correo electrónico y te lo mandaré para que le des el visto bueno.

–Gracias. ¿Podrías pedir que me manden a alguien para trabajar como mi asistente?

–¿Por qué?

–Ally, estoy pensando en mandarte a financiero. Estás capacitada para llevar cuentas y, de esa manera, no estarás vinculada a mí.

No estaba segura de cuánto sabrían los empleados de la mala relación entre su familia y la de Dec, y no quería correr el riesgo de que Ally se viera afectada por aquella vieja enemistad.

–No hace falta.

–Puede ser arriesgado seguir vinculada a este despacho –le advirtió.

–Como siempre dices, mientras haga mi trabajo, estaré bien. Además, no voy a abandonarte –dijo Ally con una sonrisa.

–Gracias. En ese caso, Dec y yo vamos a compartirte como secretaria. Tómatelo como dos relaciones independientes.

–De acuerdo.

Nada más irse su secretaria, Cari se recostó en su asiento y se volvió para mirar por las ventanas que daban al océano Pacífico. Respiró hondo y pensó que, si no ordenaba sus ideas, Dec la pisotearía. No podía dejar que eso pasara.

La puerta de su despacho se abrió bruscamente y, al volverse, se encontró con Jessi. Llevaba la melena oscura suelta sobre los hombros, y un denso flequillo le cubría la frente. En el lado izquierdo, tenía un llamativo mechón morado que le daba una presencia imponente.

–Bueno, ¿cómo te ha ido? –preguntó, dejando una taza de café delante de Cari antes de sentarse en una de las butacas.

Llevaba unos pantalones estrechos negros, con un llamativo top y una chaqueta de esmoquin. A Cari le encantaba el estilo atrevido de su hermana.

–Gracias por el café –dijo antes de dar un sorbo.

–Supuse que te vendría bien. ¿Qué te ha dicho?

–Dec ha venido buscando sangre. Más o menos ha venido a decirme que va a hacer recortes y a averiguar cómo podemos ser más rentables.

Jessi apoyó un pie en la otra rodilla y se echó hacia atrás, a la vez que daba un sorbo a su chocolate.

–Era de imaginar. ¿Crees que puedes hacerle cambiar de opinión? ¿Tienes algo en mente?

–Eh…

Era una pregunta con segundas intenciones. Con Dec allí y estando su familia al mando del negocio, Cari se dio cuenta de que sus hermanas estarían en desventaja en cuanto se supiera quién era el padre de DJ.

–¿Te ha amenazado? –preguntó Jessi, poniéndose de pie al instante–. Ya he lidiado con el clan Montrose antes.

–¿Ah, sí?

–Por desgracia. Allan McKinney fue el padrino en la boda de John y Patti McCoy.

Cari recordó que Jessi había sido la dama de honor en la boda de su amiga Patti, celebrada en Las Vegas hacía dos años, aunque no recordaba que le hubiera hablado de ningún Allan.

–No lo sabía.

–Bueno, teniendo en cuenta nuestra enemistad con esa gente, no me pareció oportuno hablar de ello. Además, Allan fue un completo imbécil en varios aspectos. Entiendo por qué hay tan mala relación entre nuestras familias. De todas formas, pasé el fin de semana más largo de mi vida en Las Vegas gracias a él. Si hace falta que entre ahí y…

–No, no necesitas hacer nada por mí, Jessi. Va todo bien con Dec. De hecho, hemos quedado para cenar esta noche.

Tenía que ir preparando el terreno para soltar la bomba de que Dec era el padre de DJ.

–¿Ah, sí? Entonces es que no se parece en nada a Allan, un tipo insoportable.

Cari rio y, por primera vez en la mañana, pensó que quizá no fuera el fin del mundo. Pasara lo que pasase en Infinity Games, sus hermanas y ella estarían bien.

Capítulo Tres

Dec se frotó la nuca mientras Ally escoltaba al jefe de programación del equipo IOS fuera de la sala de juntas. Necesitaba un buen trago y una noche en la que no tuviera que pensar en reducciones de personal. No le cabía ninguna duda de que parte del problema de Infinity Games era el hecho de que Cari daba demasiada libertad a sus empleados. Pero en aquel momento no importaba. Eran casi las seis y tenía una cita por primera vez en casi seis meses, así que se dispuso a marcharse.

–Que pase buena noche, señor Montrose –le dijo el guarda de seguridad al salir del ascensor.

El vestíbulo de Infinity Games era buena muestra de su historia. En una pared en letras grandes había un listado de los logros que la compañía había cosechado desde su creación a comienzos de los años setenta. Dec reparó en el primero, junto al que aparecían los nombres de Gregory Chandler y Thomas Montrose. El siguiente logro era la asociación con el gigante japonés del videojuego Mishukoshi, a raíz del cual el nombre de Thomas desaparecía. Ahí empezaba la enemistad entre las familias.

–Buenas noches. ¿Cómo me dijo que se llamaba? –le preguntó al vigilante.

Kell pensaba prescindir de aquel edificio, por lo que no habría necesidad de tener dos equipos de seguridad. Además, aquel hombre parecía un buen candidato para una jubilación anticipada.

–Frank Jones –contestó el vigilante.

Estaba impecable con su uniforme azul y, a pesar de su edad, Frank estaba en buena forma física.

–Yo soy Declan Montrose –dijo extendiendo su mano.

Intercambiaron un apretón firme. Aunque tuviera algunas canas,

no era tan mayor como le había parecido desde el otro lado del vestíbulo.

–¿Quién le contrató?

–La señorita Cari. Me dijo que necesitaba a alguien que se tomara el trabajo en serio y que comprendiera que la seguridad era una parte muy importante –respondió Frank.

–¿Y con eso lo convenció para que aceptara el puesto? –preguntó Dec.

–Bueno, con eso y con su sonrisa. Cuando sonríe, hace que uno se sienta único para el puesto y quiera dar lo mejor de sí mismo –dijo Frank.

–Sí, es cierto que tiene esa cualidad –convino Dec.

De repente, comprendió por qué Cari era tan apreciada por su equipo. Sabía muy bien cómo hacer sentir a todos importante.

Mientras iba conduciendo su Maserati descapotable, sonó el teléfono. Todavía no estaba preparado para darle información a Kell, pero teniendo en cuenta que no solo era su primo sino su jefe, no podía ignorar la llamada.

–Aquí Montrose.

–Aquí, también –dijo Kell–. ¿Tan mal como nos temíamos?

–Peor. El personal es completamente leal. Si nos deshacemos de las Chandler, creo que podríamos tener un motín. No he parado en todo el día de oír lo maravillosas que son.

–Eso no me importa –dijo Kell–. Ya sabíamos que la toma de control iba a ser un desastre.

–Y estoy mitigando el desastre, pero va a llevar un tiempo.

Kell maldijo para sus adentros.

–Dijiste seis semanas.

–Y ese es el tiempo que necesito. Llamarme y darme la lata no va a hacer que tarde menos.

–Lo sé. Quería saber qué tal es esa Chandler. Se llama Cari, ¿no?

Era nerviosa, sexy y dulce. Pero su primo no tenía por qué saberlo. Y si había algo que Dec había aprendido de su famosa madre, era a guardarse información.

–Oculta algo.

–¿El qué? No hay ningún otro inversor entre bastidores –dijo Kell con plena certeza.

–Averiguaré lo que pueda, pero no me cabe ninguna duda de

que esconde algo. Quizá se trate de alguna de sus hermanas. Por lo que tengo entendido, la mayor, Emma, es un tiburón de los negocios. Los empleados dicen de ella lo mismo que los nuestros de ti.

–Trataré de averiguar qué esconden. Tú sigue tratando de sacarle algo a Cari. Creo que el mejor amigo de Allan está casado con la mejor amiga de la mediana de las Chandler.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Dec.

A Kell no le importaban los asuntos personales, y menos aún si no tenían que ver con Playtone Games.

–Tuve la mala suerte de salir de copas con nuestro primo el pasado fin de semana y me contó todo sobre esa chica.

Así que Allan conocía a la hermana mediana y, a menos que estuviera equivocado, cosa que rara vez pasaba, él iba a conocer íntimamente a la hermana pequeña. Una vez más. Y esta vez iba a… ¿A qué? Él era el hijo adoptado de la dinastía Montrose. Había sido abandonado, adoptado y abandonado de nuevo a su suerte. No era hombre de compromisos. ¿Qué otra cosa podía tener con Cari aparte de una aventura pasajera?

De hecho, el único compromiso que tenía en su vida era con sus primos y con la compañía familiar, Playtone Games.

Con veinte años había intentado montar una empresa por su cuenta, pero Kell lo había llamado y no había podido dejar pasar la oportunidad de formar parte de aquella nueva generación de Montrose. Pero todavía tenía que demostrar su valía.

–¿Sigues ahí? –preguntó Kell.

–Sí, pero tengo que colgar. Tengo una cena de negocios esta noche.

–¿Con quién?

Dec oyó de fondo el programa de noticias económicas que Kell veía religiosamente todas las tardes. Era un genio para la bolsa, lo que explicaba en buena parte su éxito en los negocios.

A Dec siempre le había maravillado que tanto sus primos Kell y Allan como él aportaban algo único a la combinación. Formaban un buen triunvirato y, aunque era consciente de que no era un Montrose de sangre, era una parte insustituible en Playtone Games.

–Con Cari –dijo Dec por fin–, voy a cenar con Cari.

–Bien. Supongo que aprovecharás para averiguar qué oculta.

Tenía intención de descubrir todos sus secretos, pensó después de colgar la llamada con su primo.

Llegó al aparcamiento del club de yates Marina del Rey y aparcó su coche. Las oficinas de Playtone estaban en Santa Mónica, a pocos kilómetros de la sede de Infinity Games. Era algo que había hecho su abuelo Thomas deliberadamente para que cada día, cuando Gregory Chandler fuera a trabajar, tuvieran que pasar por delante de la competencia.

Esa noche quería comprobar que lo que había entre Cari y él era real. Tenía que haber otra razón además de la venganza para que hubiera vuelto a aparecer en su vida. Era consciente de que quería que Cari pasara de ser rival a amante. Pero esa noche, estaba decidido a ignorar todo aquello y disfrutar.

Cari estaba en el vestíbulo de su casa, con el teléfono en una mano y su hijo en la otra. Estaba intentando convencerse de que cancelar la cena no era una huida cuando DJ tiró con su manita del cuello de la camisa de su madre.

–*Mamamama.*

–Vaya.

Cari dejó el teléfono en la mesa del recibidor y volvió a la cocina. Sentó a DJ en su trona y se apoyó en un armario.

–No sé qué hacer.

El pequeño se quedó mirándola fijamente mientras le dejaba una galleta en la bandeja de la trona. Tenía los mismos ojos marrones que Dec. Sabía que si cancelaba la cena sería solo por cobardía. Estaba más asustada en aquel momento de lo que lo había estado por la mañana. Una cosa había sido ver a Dec en su despacho, donde tenía un cierto poder, y otra, cenar con él. Su cuerpo había estado a punto de revelar su secreto. Sabía que debía decírselo antes de que lo descubriera.

Se acarició los labios y recordó la sensación de su cuerpo junto al suyo.

«Esto es una locura. Llámale y cancela la cena», se dijo.

Tenía que hablarle de DJ. Había cosas que, una vez hechas, no tenían remedio. Eso era lo que su abuela solía decirle cada vez que llevaba un perro o un gato a casa. Su abuela siempre le recordaba

que cuando la vida de otros entraba a formar parte de la ecuación, todo cambiaba.

Se miró una última vez al espejo.

–Díselo esta noche.

Sabía que no iba a ser fácil.

Aunque nunca había sido tan mandona como Emma ni tan rebelde como Jessi, no era cobarde. No era su estilo salir huyendo. Además, Dec tenía derecho a saber de su hijo y, hasta que no se lo dijera, se sentiría culpable.

–Voy a ir –afirmó sonriendo a DJ.

El pequeño dio unas palmadas y le devolvió la sonrisa. Era el niño más adorable del mundo. Volvió a tomarlo en brazos y se fue decidida a su habitación. Puso una manta en medio de su cama y unas almohadas alrededor para que no se cayera, y lo dejó allí sentado mordisqueando la galleta. Luego, se dispuso a prepararse para su cita, a la espera de que llegara Emma junto con su hijo Sam para hacerse cargo de DJ.

Sonó el timbre de la puerta y desde el monitor de seguridad vio que además de Emma y Sam, también había ido Jessi. No estaba preparada para soportar a sus dos hermanas a la vez. Se sentía tan insegura y asustada que estaba tentada de contarle su secreto a Emma. Entonces Emma la justificaría y…

«Déjalo ya».

Odiaba que hubiera momentos en los que todavía deseaba que alguien tomara decisiones por ella. Era una mujer hecha y derecha, madre de un niño. No podía dejar que otra persona controlara su vida. Tenía que dar un paso al frente.

–Pasad –dijo apretando el botón del intercomunicador–. Estoy en mi habitación vistiéndome.

Corrió al armario y sacó un vestido de cóctel de estilo retro que había comprado en rebajas. Aunque no le faltaba el dinero, su madre le había enseñado que estaba mejor en su bolsillo que en el de otro, y siempre había sido austera.

–A ver qué llevas puesto –dijo Jessi, ignorando a DJ y dirigiéndose directamente al vestidor.

Su hermana tenía aversión a los bebés y reconocía abiertamente que no le gustaban los niños hasta que no eran capaces de valerse por sí solos.

Cari se volvió para que Jessi la viera. El vestido le favorecía y el color morado contrastaba con la palidez de su piel. El corpiño era ajustado, con tirantes finos y un lazo de terciopelo que resaltaba su fina cintura. Se había puesto un collar de perlas negras que su padre había regalado a su madre en un cumpleaños y que ella había heredado tras la muerte de sus padres en un accidente de barco, pero en el último momento cambió de opinión y se puso el colgante que solía llevar.

–Estás preciosa, cariño. ¿Estás segura de que es solo una cena de negocios? –preguntó Jessi.

–Sí –respondió, y sintió que se sonrojaba–. ¿Qué otra cosa podría ser? Es un Montrose.

–Pues que no se te olvides –replicó Jessi mientras volvían al dormitorio.

Emma le dio el visto bueno.

–Estás muy guapa. ¿Qué es lo que no tienes que olvidar?

–Que Dec es el enemigo.

–¿Dec?

–Así se llama.

–Su nombre es Declan, Cari. Lo dices como si…

Emma la observó con atención.

Cari no quiso invitarla a que terminara la frase. Sabía muy bien cómo había dicho su nombre, como si fuera su salvación a la vez que su perdición.

Hasta el momento, le había dejado estar al mando de la situación en el despacho, pero por su propio bien y el de DJ, no podía permitir que pasara lo mismo aquella noche. Era ella la que tenía que tener el control.

Miró a sus hermanas mientras se ponía perfume. Parecían preocupadas y las sonrió mientras se atusaba la coleta y se alisaba el flequillo.

Esa noche iba a ser ángel y demonio a la vez. Dejaría a Declan Montrose impresionado y saldría victoriosa.

Cuando llegó al restaurante Chart House en Marina del Rey, Dec la estaba esperando en la barra. Estaba muy sexy y sofisticado todo vestido de negro: pantalones, corbata, camisa y chaqueta. No era

una persona alegre, y aquel atuendo oscuro así lo reflejaba. Pero también le hacía parecer muy guapo. Las mujeres lo miraban de reojo. Suspiró y se preguntó si estaba lista para aquello. Desde que había descubierto que estaba embarazada, no había dejado de repetirse que tenía que ser valiente. Todavía seguía haciéndolo, así que enderezó los hombros y se dirigió hacia él.

Dec se volvió justo cuando se acercaba.

–Te he visto por el espejo –le explicó, ofreciéndole una bebida–. Recuerdo que te gustaba el *gin tonic.*

–Y me sigue gustando. Pero teniendo en cuenta que debo mantener la cabeza despejada esta noche, creo que tomaré solo la tónica.

Él sonrió.

–Te pediré otra cosa.

Al momento volvió con otra copa, decorada con una cáscara de lima. Cari dio un sorbo a aquella bebida refrescante y decidió dejar de preocuparse. Ya encontraría la manera de decirle que tenía un hijo.

–¿Qué tal te ha ido hoy? –preguntó ella.

–No quiero hablar de trabajo esta noche. Quiero que nos pongamos al día. Tienes quince minutos hasta que nuestra mesa esté lista.

La condujo hasta un rincón más íntimo y le indicó con un gesto que tomara asiento. Después de sentarse, dedicó largos segundos a alisarse el vestido sobre las piernas.

–Te pongo nerviosa –dijo él cuando alzó la vista para mirarlo.

–Sí –admitió ella–, como cuando nos conocimos.

–¿Por qué? ¿Porque soy un Montrose?

Se quedó pensativa, aunque sabía la respuesta. Había pensado en Dec Montrose muchas veces.

–Es algo que tienes. Se te ve tan seguro y confiado, que una mujer tiene que andarse con ojo.

–No parece que lo estés haciendo.

–Hay una o dos maneras de conseguir que te distraigas –dijo ella–. Pero no siempre puede ser besándote.

Su risa la hizo sonreír. Dec solía estar serio la mayor parte del tiempo, así que cuando reía o sonreía, era una especie de regalo.

–Estoy deseando que lo intentes.

–Ya me lo imagino. Háblame de Australia.

–Eso son negocios –dijo él sacudiendo la cabeza.

–¿No has hecho nada más que trabajar en este año y medio? –preguntó ella–. No me lo creo. Te veo cambiado.

Él se encogió de hombros y dio un trago a su whisky.

–Quizá sea el hecho de que después de diez años de duro trabajo, Playtone Games ha conseguido por fin su objetivo.

–¿Hacerse con Infinity Games?

–Sí –respondió Dec–. Supongo que no querrás hablar de eso.

–No, claro que no. Debería habérmelo pensado mejor antes de irme a la cama con alguien que lleva décadas considerándome su enemiga.

–No te considero mi enemiga.

–¿De verdad?

–Ya no, he ganado la batalla. Ahora, es solo cuestión de poner orden a este desastre y pasar página. Ya no hay conflicto de intereses entre nosotros.

Claro que había un gran conflicto de intereses entre ellos y, por primera vez desde que naciera DJ, se dio cuenta de que su hijo era la pieza que necesitaba para conseguir que Dec hiciera lo que ella quería. En cuanto aquella idea se le pasó por la cabeza, le resultó repugnante y la desechó. Nunca utilizaría a su hijo para aprovecharse. Eso sería despreciable.

Al igual que lo era no haberle hablado de él, aunque estaba convencida de que sus motivos eran legítimos. No parecía la clase de hombre que desearía tener una familia o un hijo. Pero debía darle la oportunidad de decidirlo por sí mismo, ahora que había vuelto a aparecer en su vida.

–Hay algo que debería decirte –dijo Cari sin saber muy bien cómo comenzar aquella conversación.

–¿Se trata de un secreto?

–Algo así.

–Kell me ha pedido que averigüe qué estás ocultando –dijo Dec.

–¿Cómo?

¿Cómo sabía su primo que ocultaba algo? ¿Acaso sabría que había tenido un hijo de Dec?

–Le dije que el día había ido bien, salvo porque tenía la sensación de que había algo que no me estabas contando.

–Vaya.

Así que sospechaba que tenía que ver con la toma de control de su compañía. ¿Por qué iba a ser de otra manera? Habían tenido una aventura de una noche, no una relación. Nunca adivinaría lo que le ocultaba porque nunca caería en la cuenta.

–Pues se va a llevar una decepción, porque no guardo ningún secreto empresarial –dijo ella.

–Creo que sí. El vigilante me ha contado que consigues cualquier cosa de los empleados con tan solo una sonrisa.

Cari se sonrojó. Debía de haber estado hablando con Frank, quien era como un tío para ella.

–Frank exagera. Además, ¿qué podría hacer que hicieran?

–Amotinarse.

–Tú no eres el capitán del barco.

–Claro que sí. Soy yo el que va a conducirles por las aguas infectadas de tiburones.

–Pensé que eras tú el tiburón.

–Solo a tus ojos.

Pero a sus ojos no era un tiburón. Lo tomó de la mano y se la estrechó.

–El traspaso de control no va a ser fácil, pero no te culpo por lo que tengas que hacer.

–Entonces, ¿de qué me culpas? –preguntó él.

–De dejarme –respondió.

Aunque lo había dicho sin pararse a pensar, era la verdad.

–Ahora he vuelto.

–Así es, aunque no acabo de entender por qué estás aquí conmigo. Tu curiosidad hacia mí ya quedó satisfecha, ¿no?

–Ni mucho menos. Deseo más y estoy dispuesto a conseguirlo.

Capítulo Cuatro

Dec no podía relajarse. Solo podía mirar fijamente a Cari y preguntarse cómo no había visto aquella faceta suya dieciocho meses antes. Mostraba una seguridad en sí misma de la que antes carecía. Ahora flirteaba y sabía insistir para hacer valer su punto de vista. Antes, le había dejado llevar la iniciativa y marcar el ritmo.

Si se hubiera mostrado así en aquel hotel de Atlanta, le habría resultado más difícil dejarla.

–¿Por qué me miras así? –preguntó ella.

–Eres una mujer muy guapa. Seguro que estás acostumbrada a que los hombres te miren así.

Ella sacudió la cabeza y apartó la mirada.

–Hace tiempo que no. He estado ocupada.

–¿Ocupada con el trabajo?

Teniendo en cuenta el estado en el que estaba Infinity Games, lo dudaba.

–No solo con el trabajo. Mi vida es una locura ahora.

–¿A qué te dedicas fuera del trabajo, a obras benéficas?

–No te burles, no hay nada malo en las obras benéficas.

–Lo sé, pero las mujeres que hacen voluntariado, apenas dedican tiempo a sus familias.

–¿Te refieres a tu madre?

–Sí. Precisamente es así como le gustaba que la llamara, madre y no mamá.

–¿De veras? No sé nada de tu pasado.

–¿Por qué ibas a saber algo?

–Somos enemigos a muerte. He buscado información sobre ti en Google –dijo, y tomó otro sorbo del agua que había pedido para acompañar la comida–. Pero en internet solo encontré artículos

relacionados con los negocios, así que cuéntame más, Dec. Quiero conocer tu punto débil.

–¿Quién dice que tengo un punto débil?

–Todo el mundo tiene uno.

–¿Incluso las rubias encantadoras?

–No sé otras rubias, pero yo desde luego que sí.

–Venga, dime de qué se trata.

–Olvídalo, amigo. Estamos hablando de ti –dijo ella.

Hablarle de su pasado no desvelaría ninguna debilidad. De hecho, dudaba de que tuviera alguna. Solo si algo le preocupara de verdad o temiera perder algo, sería vulnerable. Por tanto, no tenía nada que perder.

–Bueno, mis padres eran personas muy ocupadas. Mi madre hacía sus obras de caridad y mi padre trataba de agradar a mi abuelo con su ansia de venganza hacia tu familia.

–Deberían haberte dedicado más tiempo.

Si no tenía cuidado, aquello iba a convertirse en una historia triste y una mujer tan sensible como Cari se lo creería. Por un segundo, consideró aprovecharse de su faceta sentimental, pero enseguida descartó la idea. No necesitaba engañarla ni aprovecharse de sus buenos sentimientos para salir victorioso.

–Teníamos la típica relación familiar, pero cada uno vivía su vida. Nos fue bien. Siento si te ha parecido que me desagradan las obras de caridad.

–No te preocupes. Doy dinero a algunas organizaciones, pero no colaboro como voluntaria. Paso la mayor parte de mi tiempo libre en casa o comprando por internet.

–¿De verdad? Pensé que te gustaba más la vida social.

–Y así era, pero últimamente, contigo y con tus primos buscando haceros con nuestro negocio, he tenido que concentrarme en otras cosas.

–No voy a decir que lo sienta.

–¿Te refieres a la oportunidad de conseguir lo que tanto deseaba tu abuelo?

Algo así, aunque para él, era más una cuestión de vencer que de cobrarse una vieja deuda.

–En absoluto. Me alegro de que lo hayamos conseguido. Así puedo pasar más tiempo contigo.

Cari puso los ojos en blanco.
–¿Por qué este repentino interés en mí?
Era la única pregunta para la que no tenía respuesta. Solo podía decir que después de pasar tanto tiempo en Australia, lejos de todo, se había dado cuenta de que ya no tenía las mismas prioridades que antes.
–Quizá porque me interesas.
–Sí, claro. Tendrás que perdonarme, pero no me lo creo.
–Bueno, esta noche sí. Tenía intención de sonsacarte cierta información que…
–Mentiroso. Has dicho que nada de negocios.
–Esa era mi intención al principio. Pero cuando te he visto llegar, solo he podido pensar en la noche que pasamos juntos y me arrepiento de no haberme quedado.
Cari se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja, se mordió el labio inferior y suspiró.
–Habría sido complicado.
–Se me dan muy bien las complicaciones.
–Creo que esta habría sido demasiado incluso para ti –dijo ella.
–¿A qué te refieres?
A veces tenía la sensación de que mantenían dos conversaciones diferentes. Podía achacarlo al hecho de que ella fuera una mujer y él un hombre, y se comunicaran de manera diferente. Pero había algo más que eso. Tal vez sus secretos…
–A que hubiéramos seguido juntos después de aquella noche –respondió ella–. ¿No era eso de lo que estabas hablando?
–Sí, pero lo decía porque mis primos no lo habrían entendido.
–¿Confraternizar con el enemigo? –dijo, y suspiró–. Eso siempre suena muy romántico hasta que llega la hora de dar respuestas a tus hermanas.
Él rio.
–Sí, habría sido difícil. Tal vez nos hice un favor marchándome.
–No hables como si hubiera algo entre nosotros. Esto es una cena, no una cita romántica.
–Ese beso en la sala de juntas no dice lo mismo.
–Hace tiempo que no besaba a un hombre. No te sientas especial.
Demasiado tarde. Precisamente era así como se sentía. Había

algo en ella, en su sonrisa y en sus besos que lo hacían sentirse como el único hombre de la tierra.

–Me rompes el corazón.

–Ja, ja –dijo ella antes de dar otro sorbo a su vino–. No creo que un simple comentario pueda herir tu ego.

–¿Por qué piensas así?

–Has irrumpido en mis oficinas como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Me cuentas que vas a prescindir de mi plantilla, me dejas impresionada y luego me dices que vamos a cenar juntos. ¿No te parece que eso es una demostración de un ego colosal?

Dec dio un trago a su vino para evitar que lo viera sonreír. Su padre siempre le decía que tenía más seguridad en sí mismo que inteligencia.

–Supongo que no todo se debe al ego. Al fin y al cabo, estás aquí conmigo esta noche.

–Ahí has acertado –convino ella.

–Difícil no sentirse especial.

No pretendía tener una relación formal con Cari. Se conocía bien como para saber que solo se sentía cómodo viviendo el presente. No le gustaba recrearse en el pasado ni soñar con el futuro.

Después de cenar, Cari se disculpó para ir al aseo y llamó a su hermana para ver cómo estaba DJ. Sabía que Jessi ya se habría ido y que Emma estaría a solas con Sammy y DJ. Eran las ocho y media, la hora en que solía sentarse en el sofá con su iPad y hacer compras por internet mientras el bebé dormía en sus brazos.

–¿Qué tal está?

–Inquieto, no deja de llamarte –respondió Emma–. Pensé que esta era su hora de irse a la cama.

–Me gusta tenerlo en brazos hasta que se queda dormido.

–Eso era lo que me temía. Sam ha puesto unos cojines en la habitación del bebé y le está leyendo un cuento.

–No sabía que Sam supiera leer.

Su sobrino tenía tres años.

–Bueno, todo lo que hace es pasar páginas e inventarse historias según los dibujos.

Cari rio y lamentó no estar en aquel momento con su hijo y su sobrino.

–Sammy es un encanto con DJ.

–Lleva tiempo queriendo tener un hermanito –dijo Emma–. Habíamos pensado dárselo este año.

–Lo siento –dijo Cari.

Nadie imaginaba que Helio moriría tan joven. Su muerte había sido inesperada para todos y Emma se había volcado en el trabajo. Lo cierto era que la única persona que sacaba el lado tierno de su hermana era Sam.

–Está bien. ¿Qué tal la cena? ¿Te ha contado algo?

–La cena bien. Ahora vamos a tomar algo al puerto. ¿Puedes quedarte un rato más?

–Sí, de hecho, creo que me voy a llevar a DJ a mi casa. Tal vez se quede dormido en el coche. Si te apetece, ven a recogerlo o, si no, puedo llevarlo mañana a la guardería de Infinity Games.

–De acuerdo, le echaré de menos esta noche.

–Relájate y trata de sacarle información a Dec de lo que están planeando.

–Haré lo que pueda. Quizá pase por tu casa más tarde.

–Como quieras. Cuídate.

–Tú también.

Después de colgar, se retocó la pintura de los labios y se atusó el pelo antes de volver a la mesa.

Mientras se acercaba, reparó en que Dec estaba hablando por teléfono y dudó, pero enseguida se acordó de lo que Emma le acababa de decir. Tenía que averiguar qué iba a hacer con la compañía. Pero lo cierto era que no tenía ningún interés en hacerlo. Nada más llegar a la mesa, Dec se despidió y colgó, así que no pudo obtener ninguna información.

–¿Lista para irnos? –preguntó.

Cari asintió mientras él se ponía de pie. Luego la tomó de la cintura y la acompañó entre las mesas hasta la puerta del restaurante. Era evidente que podía haber atravesado sola el salón, pero tenía que reconocer que le gustaba sentir el calor de su mano a través de la tela del vestido.

No pudo evitar estremecerse al sentir sus dedos rozándole la cremallera de la espalda.

–¿Tienes frío?

Negó con la cabeza, aunque enseguida se dio cuenta de que debería haber dicho que sí.

–Echo de menos acariciarte –susurró, acercándose a su oído para que nadie más pudiera oírlo.

Ella también lo echaba de menos. Se detuvo en seco y se apartó de él.

–Pues no tenías por qué.

–Ya me he disculpado.

–Lo sé, pero eso no te da derecho. Creo que debería irme.

–Pensé que querías hablar –dijo él.

–Así es, pero no puedo si vas a estar tocándome.

–Pretendía ser cortés.

Cari era consciente de que estaba siendo exagerada y no solo por culpa de Dec. Hacía mucho tiempo que un hombre no la acariciaba y lo estaba deseando. No sabía si por culpa de sus hormonas o de Dec.

–Lo sé.

Dec le dio las llaves al aparcacoches.

–¿Te parece bien si vamos en mi coche al puerto y luego volvemos a recoger el tuyo?

–De acuerdo.

Confiaba en ser capaz de hablarle de DJ mientras tomaban una copa. Pero todavía no sabía muy bien cómo contárselo. En parte, no quería hacerlo. No estaba segura de que estuviera preparado para ser padre.

–Aquí está mi coche.

–¿Un Maserati?

–Sí, me gustan los coches veloces y deportivos.

–¿Por qué no me sorprende? ¿Has pensado alguna vez qué harás cuando tengas una familia?

–No tengo pensado tener familia.

Al encontrarse con sus ojos marrones, Cari se dio cuenta de que hablaba en serio. Había querido averiguar más de él, y lo único que había descubierto era que su madre participaba en obras benéficas y apenas le había dedicado tiempo. Quizá eso explicara por qué no quería tener familia.

–¡Vaya! –exclamó sin saber muy bien qué decir.

–Soy un solitario.

«Allá vamos», se dijo Cari al subirse al coche.

No sabía qué hacer. A pesar de lo que él pretendiera o de lo que ella deseara, Dec tenía un hijo y ella era la madre. Tenía que decírselo.

La fantasía de que cayera de rodillas y le hiciera una promesa de amor eterno acababa de desvanecerse. Aquello era la vida real.

–¿Estás bien? –preguntó Dec.

–Sí –respondió.

Luego, se acomodó en el asiento y se dejó llevar por la suave música que sonaba en el coche. Aunque no amaba a Dec, no pudo evitar sentirse triste. Era la primera vez que se daba cuenta de que los sueños podían romperse con la misma facilidad que los corazones.

Dec sintió que le cambiaba el humor al llegar al puerto. Se sentía parte de aquel lugar porque vivía en un yate que estaba allí amarrado. Hacía tiempo que había decidido que no quería vivir en una casa grande, probablemente para distinguirse de sus padres. Le gustaba fingir que todo lo que podía comprar no significaba nada para él. Dudaba de que Cari accediera a tomar una copa en su yate, el *Big Spender*. Su primo Allan lo había bautizado por él, en clara referencia a que le gustaban las cosas caras.

Dec se abrió paso por el club de socios hasta una mesa ubicada en un balcón, lejos del resto de clientes. A aquella hora de la noche, el sitio estaba tranquilo. Le hizo una señal al camarero y, cuando se acercó, ambos pidieron un café descafeinado.

–Parece que he dicho algo que te ha molestado –dijo él.

–Tengo algo que decirte.

–Adelante.

–No es tan fácil como había imaginado.

Estaba empezando a preocuparlo. ¿Qué querría decirle que tan difícil le resultaba?

–¿Estás casada?

–No, no habría venido a cenar contigo si tuviera una relación con otro hombre. Para mí, los compromisos son importantes.

–Para mí también –dijo él–. Por eso los evito.

–¿De veras? ¿Es por algo que te ocurrió en el pasado?

–Sí.

–Cuéntamelo.

Les llevaron los cafés y, aunque el camarero se había marchado, Dec no dijo nada. No le gustaba pensar en el pasado. No le gustaba contar que era huérfano y que el matrimonio de sus padres adoptivos había sido una farsa. Él era una pieza más en la imagen de familia ideal, pero nada de aquello había sido real.

–No me gusta hablar del pasado –dijo Dec al cabo de un rato.

–Sin el pasado no tenemos manera de saber hacia dónde vamos.

–Me gusta vivir el presente.

–Pero tienes que planear el futuro. Es necesario aunque solo sea para lograr tus metas empresariales.

Él se encogió de hombros.

–El trabajo me motiva, aunque solo sea por no fracasar.

Cari sacudió la cabeza.

–No sé qué más decir o cómo decir esto. Aquella noche que compartimos…

–¿No la has olvidado? Yo no he podido quitármela de la cabeza.

–En cierto modo –respondió acariciando el colgante que llevaba al cuello.

Dec se fijó en el colgante y reparó en que tenía dos iniciales: DJ.

Estaba empezando a unir las piezas, pero no le veía sentido a la conclusión a la que estaba llegando. Eso que tanto le estaba costando contarle, no podía ser lo que estaba rondándole en la cabeza.

No habría esperado tanto tiempo para decírselo.

–¿Qué estás intentando decirme?

Cari dio otro sorbo a su café. Dec percibía la tensión de su cuerpo y el nerviosismo de su mirada. Trató de mantener la calma al igual que hacía cuando tenía que despedir a alguien.

–Puede que parezca… Después de que te fueras… Maldita sea, no hay forma de decir esto. Me quedé embarazada. Tuve un bebé hace nueve meses, un niño –dijo, y se sintió incapaz de dejar de hablar–. Sé que debería haberte llamado, pero al principio no podía creer que estuviera embarazada. Entonces,… Bueno, tu compañía estaba planeando hacerse con el control de la mía y…

–¿Tengo un hijo?

–Sí, tiene nueve meses –dijo mientras rebuscaba en el bolso y sacaba el teléfono móvil.

Dec la ignoró mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas. Cari estaba diciendo algo, pero era incapaz de escuchar sus palabras. Solo podía pensar en que los planes que había hecho para su vida acababan de desvanecerse. Tenía que asimilar aquello. Un hijo, su hijo.

Cari le tendió el teléfono. Miró la pantalla y vio a su hijo por primera vez. Tenía los ojos de su mismo color marrón. No había dientes en su sonrisa y sus ojos eran grandes. Parecía un niño feliz. Dec sintió que se le paraba el corazón y que el estómago le daba un vuelco. Aquello lo cambiaba todo. Era una complicación que ni siquiera él sabía cómo asumir.

Se levantó tirando la silla y, al volverse, vio su reflejo en el espejo. Nunca había tenido un vínculo con nadie y Cari acababa de decirle que tenía un hijo. Era el primer familiar consanguíneo que conocía.

–Tengo un hijo…

Capítulo Cinco

Cari sabía que podía haberle dado la noticia de una forma mejor, pero al menos ya lo había hecho y se sentía aliviada. Siempre se había dicho que Dec había hecho su elección al marcharse, y ella había tomado la mejor decisión, tener aquel hijo sola. Se sentía mal por habérselo ocultado a Dec, pero no había tenido otra opción.

Dec estaba callado y la expresión de sus cálidos ojos marrones era fría y distante. Sabía que lo había dejado impactado, y estaba deseando acabar aquella conversación y marcharse del bar del puerto. Nunca se había sentido tan insegura en su vida, excepto en el momento en que había tomado en brazos a su hijo por primera vez y había deseado poner el mundo a sus pies, sin saber cómo hacerlo.

–Teniendo en cuenta que decías que no querías formar una familia…

–Eso fue antes de que supiera que tenía un hijo –dijo sin apartar la vista de la foto del teléfono–. Tiene mis ojos.

Había una nota de sobrecogimiento y cierto nerviosismo en su voz. Nunca antes lo había visto así. Aquello le había impresionado.

Por fin dejó el teléfono sobre la mesa y la miró. Aparte de alguna sonrisa ocasional, aquella era la primera vez que veía emoción en él. Parecía enfadado y tenía que reconocer que eso la asustaba. Se sentía culpable por la manera en que le había dado la noticia a Dec. Parecía realmente impresionado. Cuando volvió a sentarse, Cari fue a tomarlo de la mano, pero él la apartó rápidamente sin dejar de mirarla.

–Sé que tiene tus ojos –reconoció ella por fin–. Escucha, tenemos que hablar –añadió, tomando la iniciativa.

Una vez más, quiso dar la impresión de saber lo que estaba haciendo, tal y como había hecho desde el día en que había nacido su hijo. Era importante que Dec no dudara de ella, porque si se daba cuenta de que le estaba abandonando la seguridad en sí misma, se haría con el control de la situación.

–No intenté ponerme en contacto contigo porque antes de descubrir que estaba embarazada, no supe nada de ti. Era como si hubieras pasado página y te hubieras olvidado de todo, así que yo tenía que hacer lo mismo.

–Aun así, deberías…

–¿Qué? Fíjate, ni siquiera hoy estás siendo amable y cariñoso, a menos que cuentes ese beso en la sala de juntas. No puedo darme el lujo de esperar para comprobar si has cambiado. Ahora soy madre, Dec, tengo alguien más en quien pensar.

Se quedó mirándola como si no la hubiera visto antes. Tenía razón en lo que decía. Nadie, ni siquiera aquel hombre, iba a proteger a su hijo como lo estaba haciendo. Tenía que tenerlo presente, pensó sentada frente a él.

Dec suspiró y se atusó el pelo. Las manos le temblaban al tomar la taza y Cari se preguntó qué se le estaría pasando por la cabeza. Nunca se le había dado bien adivinar las intenciones de otras personas.

–Está bien, vamos a dejar este juego de buscar culpables –dijo él–. Me he comportado… Bueno, no importa. Recuerdo que usé un preservativo.

Cari había pensado en eso un millón de veces. Habían usado protección y, aunque por entonces no tomaba la píldora, había creído que estarían a salvo. Había sido seis semanas más tarde cuando había empezado a sentirse mal y a vomitar que había empezado a pensar… Había intentado convencerse de que podía ser un problema de estómago por pasar tantos meses viajando por conferencias. Pero cuando el vientre le había empezado a crecer, le había resultado imposible negar el hecho de que aquella noche que habían pasado juntos habían engendrado un bebé.

–Lo sé. Supongo que debió de romperse. Créeme, he repasado cada detalle de aquella noche un millón de veces. Durante una temporada, antes de que DJ naciera, deseé que no hubiera ocurrido. Nunca he sido tan impulsiva.

–¿DJ? –preguntó echándose hacia delante.

No quería darle demasiado tiempo para pensar porque le venía mejor que Dec tuviera la guardia baja.

–Sí, le puse de nombre Declan Junior, pero siempre lo llamo DJ para que nadie de la familia sospeche quién es el padre. Como nació en California, no tuve que poner el nombre del padre en el certificado de nacimiento y, para mis hermanas, DJ es el resultado de una aventura de una noche, alguien cuyo apellido desconocía.

–Supongo que caerán en la cuenta cuando empiece a…

–Te estoy hablando de él porque estás aquí y tal vez algún día DJ quiera conocerte.

Sabía que tenía derechos sobre su hijo, pero había visto a muchos padres arruinando la vida de sus hijos, como por ejemplo el suyo. No estaba dispuesta a correr el riesgo de que DJ se encariñara con Dec para luego verlo marchar cuando terminara con la fusión de las compañías.

No tenía motivos para pensar que haría algo diferente. Dec era prácticamente un desconocido para ella.

–Quiero conocer a mi hijo –dijo él por fin, mirándola a los ojos–. Quiero conocerlo y tener la oportunidad de ser un padre para él.

–No hace ni media hora decías que no querías tener una familia –le recordó.

Nada le gustaría más que creerlo. No se le había borrado de la cabeza la imagen de familia feliz. Quería tener un compañero con el que criar a DJ, pero todavía no estaba segura de que Declan Montrose pudiera ser ese hombre.

Dec estaba aturdido. Aquella era la mayor sorpresa que se había llevado jamás. Nunca había pensado en tener hijos porque sabía lo frágil que era la vida y lo difícil que era ser un buen padre. Siendo niño, se había sentido abandonado a su suerte en dos ocasiones. La primera, cuando sus padres biológicos lo habían entregado en adopción y luego, al irse a vivir con Helene y Beau Montrose a su mansión de Beverly Hills. Ambos llevaban una vida muy ajetreada y solo se preocupaban de él para las fotos de familia, olvidándose de él como si fuera una mascota en vez de un niño.

Tener un hijo, que alguien dependiera de él fuera del trabajo,

era algo para lo que no estaba preparado. Había tratado de seducir a Cari, pero de repente, aquel deseo había pasado a un segundo plano. Tenía que pensar muy bien qué iba a hacer y decir en aquella situación. Todavía la deseaba y la idea de un hijo con ella no le asustaba tanto como habría sido de esperar.

Siempre había sido una persona solitaria y se conocía lo suficientemente bien como para saber que seguía siendo el mismo hombre de siempre. Sin embargo, por primera vez desde que dejara la casa de sus padres, tenía un objetivo, aunque no sabía muy bien cuál era.

Un hijo. La idea seguía haciendo que le temblaran las manos. Se olvidó de los nervios, apoyó las manos en la mesa y se echó hacia delante.

–Quiero ver a mi hijo –repitió.

No iba a dejar de hacerlo hasta que tuviera al pequeño entre sus brazos. Le resultaba increíble que tuviera un hijo.

Ella asintió.

–Será más fácil si esto queda entre tú y yo. Una vez se enteren nuestras familias, todo se complicará.

Cari no tenía ni idea de cuánto se complicaría, pensó Dec, sobre todo cuando se enterara Kell. Su primo estaba obsesionado con la familia Chandler y, teniendo en cuenta que había crecido con su abuelo, Kell había concentrado toda su energía en vengarse. Siempre estaba pensando la manera de hacer caer a los Chandler, por lo que usaría a DJ como arma arrojadiza. No le cabía ninguna duda de que intentaría convencerlo de que se hiciera con la custodia del niño para criarlo en el odio hacia los Chandler al igual que le había pasado a él.

En su cabeza, trató de ordenar todo lo que había pasado. El orden y la planificación siempre habían regido su vida y, a pesar del hecho de que Cari estaba sentada frente a él, mirándolo con aquellos enormes ojos azules suyos y una expresión resuelta, estaba decidido a hacerse con el control. Al final, se lo agradecería.

–Mañana iré a tu casa a conocer a nuestro hijo.

–Llámalo DJ.

–¿Por qué? Es mi hijo y puedo referirme a él así.

–Sí, pero todavía no estás listo para ser un padre.

La miró arqueando una ceja, preparado para rebatirle el hecho

de que podía ser un padre excelente. Pero entonces pensó en su Maserati y en que un bebé no podía vivir en un yate. Había muchas cosas que tendrían que cambiar.

–Estoy deseando intentarlo.

Cari se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza sin dejar de observarlo. Parecía estar buscando algo y trató de no mostrarse desesperado, pero no podía obviar que por primera vez desde que lo incluyeran en la familia Montrose, tenía a alguien de su misma sangre. Sus primos y él estaban unidos por un propósito, pero tanto ellos como él sabían que no era un verdadero Montrose. Ahora tenía un hijo, alguien que le pertenecía.

La importancia del momento lo sacudió en su interior y se aferró a la mesa para alargar ese instante. Ya no estaba solo y aquella mujer era la llave para acceder a su hijo. Lo único que sabía de ella eran los sonidos que emitía cuando la tenía entre sus brazos.

–Es bueno intentarlo –dijo ella.

Dec no tenía ni idea de qué estaba hablando, solo sabía que estaba dispuesta a darle una oportunidad y eso era lo único que necesitaba.

–¿Te parece bien que me pase por tu casa mañana por la mañana?

–A primera hora tengo que recogerlo de casa de Emma y luego podemos quedar en la playa.

–¿Por qué en la playa?

–A DJ le gusta mucho. Además, mi asistenta estará en casa y es la hermana de la asistenta de Emma. Quiero que de momento esto quede entre tú y yo. No quiero que DJ se convierta en parte de lo que ha habido entre nuestras familias.

–De acuerdo –convino él–. Cuando te dije que nunca iba a tener familia, lo hice solo porque no quería que supieras que te deseaba.

–Sí, claro. Era tu forma de advertirme de que esta vez tampoco planeabas quedarte.

Así había sido exactamente, y se alegraba de que no pretendiera que fuera alguien que no podía ser. Por un lado, estaba molesto con ella por no imaginárselo formando parte de su pequeña familia, pero por otro, se sentía aliviada. Quizá pudiera ser el tío favorito de DJ.

Pero sabía que no se sentiría satisfecho. Saber que tenía un hijo

le hacía pensar en cosas que nunca antes habían considerado importantes o que nunca había pensado que le serían aplicables a él. De pronto, sentía el deseo de visitar la mansión de Beverly Hills que había heredado de sus padres cuando su madre había muerto ocho años atrás. Quería estrechar a su hijo entre sus brazos y enseñarle a ser fuerte. Quería que aquel niño al que solo había visto en el teléfono de Cari creciera sin los problemas y temores que habían dominado su vida.

–Lo siento, Cari. Seguramente hiciste lo correcto al guardar el secreto de nuestro hijo.

–Hice lo único que podía hacer.

–Ahora que sé que tengo un hijo, podré ayudarte a tomar decisiones.

–No necesito ayuda –replicó ella.

–¿Qué necesitas? –preguntó.

Era consciente de que tenía que mostrarse colaborador y tratar de convencerla de que poseía todas aquellas cualidades que ella consideraba necesarias para ser el padre de su hijo. Porque cuanto más pensaba en DJ, más se daba cuenta de que por primera vez desde que se fuera de su casa y empezara a trabajar con Kell en la compra y escisión de empresas, quería hacer algo por sí mismo. Quería construir algo que le quedara a su hijo. Quería construir una familia.

Cari no estaba segura de lo que quería, más allá de irse a casa y alejarse de Dec. Sabía que se estaba esforzando y era una de las cosas más tiernas que había visto en él. Bueno, la más tierna. Dec no era un hombre que pidiera nada. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería.

La noticia que le acababa de dar lo había pillado desprevenido. Pero su reacción también había sido una sorpresa para ella. Había pensado que se negaría a creer que tuviera un hijo y lo rechazaría. Había temido que se encogiera de hombros y se diera media vuelta. Pero aquella reacción era la que en secreto había deseado.

En su cabeza, podía imaginarse a Jessi sacudiendo la cabeza y diciéndole a Cari que espabilara, que no se dejara engañar. Dec seguía siendo el mismo que antes. Al fin y al cabo, la gente no

cambiaba en un rato.

Dec era un hombre acostumbrado a destruir cosas. Era el brazo ejecutor de Playtone Games y probablemente habría cientos de personas cuyas vidas se habrían visto alteradas por la frialdad de sus decisiones. Era una tontería pensar que no iba a aplicar aquellos mismos principios en su vida personal.

–Creo que debería irme –anunció Cari–. Si no te apetece llevarme de vuelta al restaurante, puedo tomar un taxi.

–¿Por qué dices eso?

–Supongo que necesitas tiempo para asimilar lo que te he contado.

–Por supuesto, pero no hace falta que tomes un taxi. Tenemos que empezar a conocernos.

Cari asintió.

–Por eso acepté cenar contigo.

–Por eso y porque te sentías culpable.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

–Tal vez.

No había sido consciente de la tensión emocional que había sido mantener en secreto a DJ, pero por primera vez aquella noche, se sentía capaz de respirar sin sentir un nudo en el estómago.

–Bueno, cuéntame cómo te sentiste cuando te enteraste –dijo Dec–. Debió de ser toda una sorpresa.

Cari se recostó en su asiento y recordó cómo había acudido a aquella clínica en Las Vegas, adonde había asistido a una feria de videojuegos. La noticia que le había dado el médico había sido la confirmación de sus sospechas.

–Al instante decidí que no iba contar quién era el padre.

–¿Por qué no? –preguntó él–. ¿Te llevas bien con tus hermanas, no?

–Estamos bastante unidas. Cuando vivían nuestros padres, papá estaba siempre ocupado trabajando y mamá no siempre estaba disponible. Así que Emma y Jessi cuidaban de mí. Quise contárselo, sobre todo teniendo en cuenta que Emma ya tenía un hijo, pero tuve miedo.

Estuvo a punto de llevarse la mano al vientre al recordar el instante en el que había decidido ocultar el nombre del padre a sus hermanas.

–Sabía que tenía que protegerlo y mantenerlo a salvo. Desde aquel momento, él se convirtió en mi prioridad.

La estaba mirando de una manera diferente, y no podía culparlo. No había que ser muy lista para darse cuenta de que le habría gustado que la noche fuera de otra manera.

–¿No hay nada que te desconcierte?

–Esto sí –admitió él–. Siempre he sido cuidadoso y nunca había pensado en tener un hijo.

Ella sonrió.

–DJ ha sido una sorpresa para ambos. Le dije algo parecido a Jessi cuando estaba preparando la habitación del bebé unas semanas antes de que naciera y me dijo que tal vez el destino tenía preparado un plan diferente para mí.

–¿Eso piensas? –preguntó él.

–Ya veo que tú no. Pero a una parte de mí le gustaría creer que lo que pasó entre tú y yo fue algo más que una revolución de hormonas, que aunque solo quisieras pasar una noche conmigo, hubo algo más entre nosotros. Sé que parezco una romántica empedernida.

–Yo no soy un tipo romántico. Creo que el preservativo se rompió y que por eso tenemos un hijo. Pero también creo que lo que hagamos con él, cómo lo criemos, cómo nos tratemos, esas son las cosas que tendrán un mayor efecto en él.

–Estoy de acuerdo, y es por eso por lo que hasta que decida lo contrario, vamos a mantener en secreto que eres el padre de DJ.

No parecía muy contento con aquella decisión, pero le daba igual. No quería arriesgarse a enamorarse de un hombre acostumbrado a salir huyendo, que siempre tenía un pie en la puerta.

–De acuerdo, pero tú y yo vamos a salir juntos.

–¿Por qué? ¿Para qué?

–Es la única manera de que nuestras familias se acostumbren a vernos juntos. Y con el tiempo, se enterarán de lo que nos une a DJ y a mí. ¿No te parece mucho mejor que antes me conozcan?

Tenía razón.

–No sé, creo que es mejor que esto quede entre nosotros.

Sus hermanas iban a someterla al tercer grado. Aun así, estaba cansada de mantener en secreto la identidad del padre de DJ. Tal

vez pudiera tener la oportunidad de tener la familia que siempre había deseado con el único hombre que al besarla le había hecho olvidar todo, excepto lo agradable que era estar entre sus brazos.

Capítulo Seis

Dec quería que salieran juntos y Cari se había limitado a asentir con la cabeza, pero había sido prudente de no aceptar nada en firme. Era imposible que sus familias los aceptaran como pareja. Emma y Jessi tendrían mucho que decir cuando se enteraran de que estaba saliendo con un Montrose.

Sobre todo teniendo en cuenta que Dec se estaba ocupando de evaluar y fragmentar la compañía que había sido de su familia durante generaciones. Daba igual cómo lo calificara, todos sabían que estaba allí para destruir la empresa y vengarse así en nombre de Thomas Montrose por haber sido apartado de Infinity por Gregory Chandler, el abuelo de Cari.

Se frotó los ojos mientras miraba el reloj. Eran las tres y media y seguramente a Emma no le agradaría que apareciera en su casa a aquella hora para recoger a DJ. Pero necesitaba tener a su hijo en brazos. No había hecho bien permitiendo que su hermana se lo llevara. Necesitaba abrazar su cálido y pequeño cuerpo y aspirar su olor de bebé para recordarse que debía ser fuerte. Sin embargo, estaba tumbada en su cama, pensando en Dec. ¿Acaso le sorprendía?

No había olvidado la noche que habían pasado juntos. Desde entonces, ningún otro hombre le había interesado. ¿Estaría interesada en Dec?

¿Se sentía atraída por él? Desde luego que sí. ¿Sentía algo más que deseo? No lo conocía lo suficiente como para estar segura. Por lo que sabía de él, era un hombre que sabía pasárselo bien cuando quería y serio en los negocios, pero poco más podía decir de él.

Quizá su idea de salir juntos era una buena idea. Así tendría la oportunidad de conocerlo y comprobar si podía ser un buen padre

para DJ. Daba igual que fuera suyo el esperma. De alguna manera, era como si hubiera acudido a un banco de esperma. ¿Por qué no se le había ocurrido decirle eso a sus hermanas?

Jessi sospechaba que el padre de DJ era alguien conocido. Siempre estaba haciendo preguntas capciosas para sacarle el nombre. Si Cari no estuviera tan convencida de mantener el secreto, haría tiempo que le habría contado que era Dec.

Se dio la vuelta y ahuecó la almohada, antes de abrazarla y cerrar los ojos. En su debilidad, no pudo evitar imaginarse que estaba acurrucada junto a Dec.

Ni siquiera fingió estar pensando en otro hombre. Estaba sola en su habitación y no iba a engañarse. Era débil en lo referente a él, y tuvo que recordarse que era un hombre, con sus defectos.

Dec tenía fobia al compromiso. A veces se sentía frustrada por no hacer las cosas de manera más sencilla. Habría sido mucho mejor enamorarse de Jacob, de la empresa que auditaba la contabilidad todos los años. Siempre la estaba invitando a salir y, según le había dicho en numerosas ocasiones, estaba deseando formar una familia.

Pero no se sentía atraída por Jacob. Era un tipo serio y algo aburrido. Siendo justos, se parecía bastante a ella, y siempre había soñado con alguien un poco más atrevido. Pero en aquel momento, tumbada en su cama, no le resultaba divertido ni emocionante correr riesgos, y se preguntó cómo dejar de hacerse ilusiones de que Dec era como ella quería que fuera.

Incluso cuando esa noche le había dicho que tenían que dejar aquel juego de buscar culpables, había percibido un brillo de culpabilidad en sus ojos e incluso de dolor. Pero mientras conducía su Maserati y le decía que no quería una familia, tal vez no se había parado a pensar en cuánto le habría gustado conocer antes a su hijo para haber podido estar con ellos.

Se frotó la frente y volvió a darse la vuelta una vez más. No podía dejar de dar vueltas a aquellos pensamientos, así que se levantó de la cama y se fue al estudio. Encendió la lámpara de la mesa y se sentó en el diván antes de tomar su iPad y una manta. Una buena terapia de compras le vendría bien. Nada le aclaraba más las ideas que comprar. En aquel momento, necesitaba dejar la mente en blanco.

Pero al encender el iPad, vio el rostro sonriente de DJ. Aquellos grandes ojos marrones la miraban y se preguntó cómo mantener a Dec apartado de la vida de DJ si cabía la mínima posibilidad de que fuera el padre que deseaba que fuera.

Acarició el rostro de su hijo en la pantalla y pensó que, por encima de todo, tenía que protegerlo. Lo mejor que podía hacer respecto a Dec y a aquella idea suya de salir juntos era mantener una relación platónica.

Claro que eso no iba a ser fácil. No había tardado en sentir cómo la sangre le corría más rápido por las venas y sus pechos se hinchaban. Deseaba a Dec. Sentía su cuerpo vacío y ansioso. Deseaba acostarse con él, pero no era estúpida. La vez anterior, las consecuencias habían cambiado su vida y, en esta ocasión, podían ser incluso más peligrosas.

Tenía que mantener la cabeza fría. Abrió el navegador y vio que todavía tenía abierta la página de inscripción de unas clases de natación para ella y DJ. Recostó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

Si alguien le hubiera dicho que aquel hombre iba a tener tanta influencia en su vida, no lo habría creído. Pero aunque no era su novio y hacía año y medio que no lo veía, Declan Montrose estaba influyendo en cada decisión que estaba tomando.

Dec esperaba a la entrada del muelle de Santa Mónica, donde habían quedado. Había pasado muchas tardes de sábado allí con su niñera hasta que al cumplir diez años su madre había decidido que ya era mayor para aquellas distracciones.

Mientras esperaba bajo el sol de mediados de agosto a conocer a su hijo, se preguntó si debería darle a Cari un cheque por los gastos de crianza del niño y marcharse.

Su madre habría hecho eso. Nunca había sido una mujer cariñosa y, cuando le había preguntado por qué habían adoptado un niño, se había limitado a contestar que lo habían hecho para que Thomas Montrose no pusiera las manos en su fortuna. Estaba amargada porque el dinero había sido la razón de su matrimonio. Sacudió la cabeza y se frotó la nuca.

–¿Dec?

Se dio media vuelta y vio a Cari a unos metros de él. Iba vestida para trabajar, con unos pantalones negros estrechos a juego con una fina blusa de manga larga. Se adivinaba el sujetador debajo. Pero sus ojos se fijaron en el bebé que llevaba en brazos.

No sabía qué hacer, y se subió las gafas de sol a la cabeza y sonrió.

–Sabía que llegarías pronto.

Parecía nerviosa y recordó al niño que había sido y que nunca había estado a gusto con sus padres. Nunca se había sentido querido ni deseado. Miró al niño que Cari tenía en brazos y sintió una oleada de ternura.

–Este es DJ –dijo Cari cuando Dec se acercó a ella.

Se quedó mirando a su hijo y de nuevo sintió un arrebato de emoción. Los ojos se le llenaron de lágrimas y mantuvo la cabeza gacha para que Cari no lo viera. Nunca había sentido nada tan intenso.

–¿Puedo tomarlo en brazos?

–Claro –contestó.

Volvió al bebé en sus brazos y se lo tendió.

Dec vaciló. Se sentía inseguro e incómodo, y el bebé gimoteó al cambiar de brazos.

–Tranquilo, DJ.

–*Mamamama.*

El pequeño alzó las manos y Cari tomó las gafas de sol de Dec un segundo antes de que lo hiciera DJ.

–Lo siento, tiene obsesión por las gafas y no creo que te quieras quedar sin ellas.

–No importa –dijo él.

Estaba asimilando el hecho de que aquel niño era hijo suyo. De todo lo que había conseguido en la vida, aquello era lo más inesperado.

–¿Quieres que demos un paseo por el muelle? –dijo Cari.

–Claro.

–¿Estás bien? –preguntó ella al echar a andar.

Dec asintió. No estaba preparado para hablar de sus sentimientos.

DJ llevaba un pelele de algodón y olía a colonia de bebé. Sus pequeñas manos no dejaban de moverse por los hombros de Dec. Al

final, tuvo que pararse para mirar al niño, que no dejaba de emitir sonidos.

Tenía un hijo.

Aunque se había enterado la noche anterior, tenerlo en brazos lo hacía real. Hasta aquel momento, había podido pensar en el futuro y hacer sus propios planes, pero a partir de aquel momento debía tener en cuenta a aquel niño para asegurarse de que no le faltara nada. Mirándolo a los ojos, sentía la necesidad de ser mejor persona.

Nunca le habían importado los comentarios de otras personas. Desde muy joven había aprendido que no podía agradar a todo el mundo y no se había preocupado de nadie más. Sin embargo, en aquel momento, quería ser un héroe a los ojos de DJ.

El bebé se quedó mirándolo fijamente y acarició la cara de Dec, que no podía apartar la vista de su hijo. Los ojos eran suyos, y la nariz y el pelo rubio, de Cari.

Se volvió y la vio a unos metros, haciendo una fotografía con el teléfono móvil.

–*Mamama…*

Dec se giró hacia Cari.

–Le gusta hacer esos sonidos.

–¿Qué más cosas hace?

–Le gusta morderse la mano. A veces se vuelve irritable, pero acabo de darle de comer y de cambiarle para que estuviera tranquilo –explicó Cari, volviendo junto a ellos–. Quería que estuviera muy guapo cuando te conociera. ¿Qué piensas?

–Lo has hecho muy bien, Cari.

–Me dieron muchos analgésicos durante el parto.

–¿De veras? Quiero saberlo todo.

–¿Ahora?

Él sacudió la cabeza.

–Vamos a desayunar. Así podremos hablar de lo que vamos a hacer. No sé qué piensas, pero me gustaría formar parte de su vida.

–Muy bien, vayamos a hablar.

No le preocupaba que los vieran sus hermanas. Estaban paseando por la mañana un día de diario.

Se dirigieron hasta una cafetería con mesas al aire libre, y dejó a DJ con Cari mientras iba a buscar los cafés y unos pastelillos. Desde

dentro, la observó a través de las cristaleras y se dio cuenta de que otros hombres se fijaban en ella. Era muy atractiva, y ni siquiera tener a un bebé en brazos los frenaba. Por vez primera en su vida, sintió celos.

Deseó salir y reivindicarlos como suyos. Eso lo asustaba, porque no estaba del todo seguro que pudiera tenerlos o qué sería de ellos a largo plazo. Sabía que debía encontrar una respuesta cuanto antes.

Cari había visto un lado diferente de Dec al tomar a DJ por primera vez en brazos. No quería olvidar que lo que él pretendía en aquel momento era que aquello funcionara, pero una vez que todo volviera a la normalidad, quizá no quisiera una relación seria. Tenía treinta y cinco años, edad suficiente para haber sentado la cabeza ya, aunque no había encontrado razón para hacerlo. Seguía soltero y sabía que era, tal y como él mismo había reconocido, porque era un hombre solitario.

–Un descafeinado con leche –dijo él, dándole la taza.

Luego se sentó frente a ella en una de aquellas pequeñas mesas que se habían puesto de moda en todas las terrazas y que le obligaba a estirar las piernas a cada lado de las de ella.

Resultaba imposible sentarse y estar cómodo para un hombre tan grande como Dec. Medía casi dos metros. Cari se preguntó si algún día DJ llegaría a ser así de alto.

–Gracias.

–De nada –respondió Dec antes de dar un sorbo a su café solo–. Tengo las ideas bastante claras en esto. Quiero empezar a salir contigo y que nos conozcamos. También quiero pasar ratos a solas con DJ para que se vaya acostumbrando a mí.

Ella lo miró entornando los ojos. Tenía que mostrarse firme, al fin y al cabo, era la madre de DJ. No podía ceder como a veces hacía en cuestiones de trabajo.

–¿Sabes algo de niños?

–No, pero aprendo rápido.

–Creo que lo mejor será que vengas a casa para estar con DJ. De esa manera, estaré cerca por si algo no va bien. ¿Te parece?

–Para empezar sí, pero quiero que se acostumbre a estar en mi casa.

–¿Dónde vives? –preguntó ella–. Mi casa está en Malibú.

–Ahora mismo me estoy quedando en la mansión de mis padres en Beverly Hills, pero me gusta vivir en mi yate.

–No estoy segura de…

–Sé que un yate no es el hogar ideal para un bebé. He quedado con un agente inmobiliario después del trabajo para que me enseñe varios pisos.

Ya había empezado a cambiar, pensó Cari. Pero un bebé era imprevisible. Había momentos en los que DJ empezaba a llorar y nada lo calmaba. ¿Cómo reaccionaría Dec en una situación así?

–Bueno, ya iremos improvisando.

–Muy bien. Pero quiero que sepas que en algún momento querré llevármelo a mi casa.

Ella asintió. Cuando DJ tuviera treinta años, podría ir donde quisiera.

–En relación a salir juntos –continuó Dec–, no quiero que esto sea una relación forzada.

–Ya veo que te has preparado una lista.

Él la miró frunciendo el ceño.

–Lo cierto es que sí. Yo… Esta es la primera vez que tengo a alguien de mi propia sangre. No quiero estropearlo.

Cari sintió que se derretía. Quería ser prudente y volver a verlo como un hombre frío, pero era difícil, viéndolo tan serio.

–¿Qué es lo siguiente que tienes en tu lista?

–Quiero conocerte.

–Yo también a ti –admitió ella.

–Bien. Una cosa más… Todavía te deseo.

Alargó la mano y le acarició la mejilla, provocándole un escalofrío.

–Ya me lo había imaginado. Yo también te deseo, pero no sé si es solo porque eres la fruta prohibida.

–¿Prohibida?

–Personificas al enemigo de mi familia –aclaró Cari.

–¿Es por eso que aceptaste aquella cita?

–No. No supe quién eras hasta casi el final de la cena.

–¿Cómo es posible que no me conocieras?

–Siempre que me hablaban de tu familia, pensaba en Thomas Montrose. Tenemos su retrato en el edificio.

–Y una vez que supiste que era yo, el enemigo a muerte, ¿qué pensaste?

–Espero que lo que te voy a decir no se te suba a la cabeza. Eres encantador cuando quieres algo.

–Lo sé –replicó él con aquella sonrisa arrogante suya–. Empezaremos a salir y ya veremos adónde nos lleva esta relación.

–¿Y si no funciona? –preguntó ella–. ¿Seguirás viendo a DJ?

–Sí. No sé qué clase de padre puedo ser, pero quiero ser el mejor para él. Quiero que crezca sabiendo que su padre le quiere.

–¿Sentirse querido es importante para ti?

–¿Sabes que soy adoptado, verdad?

Ella asintió. Nunca habían hablado de ello y se preguntó si se sentiría incómodo.

–Siempre supe que mis padres biológicos no me quisieron –añadió Dec.

–Pero tus padres adoptivos te eligieron.

–Lo sé, pero siempre tengo esa duda de si soy lo suficientemente bueno porque mis padres biológicos me abandonaron.

Cari asintió. Aquello explicaba por qué Dec trabajaba tanto y cómo siempre estaba persiguiendo nuevos objetivos. Sabía que podía ser un buen padre si evitaba que DJ se sintiera así. Claro que eso no era suficiente. Iba a tener que demostrárselo con hechos antes de poder confiar en él.

–De acuerdo. Y esto de las citas, ¿cómo va a funcionar? –preguntó ella.

–Como sabes, tenemos mucho trabajo esta semana. Tengo entendido que te van a entregar un nuevo juego.

–Sí. Quizá deberíamos esperar hasta la semana que viene.

–No, podemos quedar a cenar esta misma noche. Me pasaré por tu casa cuando acabe de trabajar para que me cuentes cómo te ha ido el día.

El hecho de que estuviera dispuesto a buscarle un hueco en su horario le gustó.

–Eso estaría bien.

–¿Dónde dejas a DJ por el día?

–En la guardería de Infinity. Por la tarde, lo subo a mi despacho y mientras acabo de trabajar.

–Podría recogerlo yo.

–No, mis hermanas se enterarían y empezarían a hacerse preguntas. Emma tiene un hijo de tres años que también va a la guardería.

–Entonces, llevaré algo de comida y cenaremos juntos en tu despacho.

No lograba entender cómo lo hacía, pero Dec siempre acababa saliéndose con la suya. En cuanto desplegaba su encanto, ella sucumbía. En el futuro, iba a tener que ser más prudente. No quería ponerle las cosas fáciles.

Aunque era la primera en reconocer que un hijo le cambiaba la vida a cualquiera, todavía no confiaba en Dec.

Tendría que estar atenta para no perder el rumbo más de lo que ya lo había perdido, algo que le resultaría mucho más sencillo si no le gustara.

Capítulo Siete

De vuelta en su despacho, Cari trató de concentrarse en el trabajo, pero las continuas interrupciones de los empleados se lo impedía. Todos le preguntaban por Dec, por el futuro y por lo que Cari pensaba que iba a pasar con sus puestos de trabajo, pero no tenía respuestas. Le pidió a Ally que se ocupara de las llamadas y subió a la planta ejecutiva en la que estaba el despacho de Emma.

Cuando había sido nombrada directora de gestión, había tomado la decisión de tener su despacho en la planta de oficinas. Quería estar donde los empleados pudieran verla a diario para así estar al tanto de en qué estaban trabajando. Aquel gesto había dado sus frutos y se llevaba muy bien con la plantilla.

–Parece que vas con prisa –dijo Emma al verla salir del ascensor.

Su hermana vestía un impecable traje de chaqueta y llevaba su melena oscura recogida en un moño. Era su habitual ropa de trabajo. Siendo la primogénita, la responsabilidad de dirigir Infinity había recaído sobre ella.

–Así es. ¿Te vas? –le preguntó a Emma.

–Sí, tengo una comida de trabajo al otro lado de la ciudad –respondió Emma mirando la hora en su reloj–. ¿Me necesitas, quieres que la cancele?

Cari recordó cuando tenía siete años. En las noches en que tenía miedo, recorría el largo y oscuro pasillo hasta la habitación de Emma y se quedaba al lado de su cama susurrando su nombre hasta que apartaba las sábanas y la invitaba a acostarse con ella. Siempre que había tenido problemas, había recurrido a Emma.

Le resultaba muy difícil no contarle todo, especialmente después de que Dec hubiera vuelto a aparecer en su vida. Quería confiar en alguien y liberarse de aquella carga. Pero sabía que no podía

hacerlo. Sonrió a su hermana, aunque suspiró para sus adentros.

–Siempre necesito a mi hermana mayor, pero no quiero que canceles los planes que tienes para la comida. Tenemos a toda la plantilla asustada. Solo necesitaba escapar un rato donde nadie pudiera encontrarme –dijo, lo cual era cierto en parte.

No podía trabajar con tanta gente entrando y saliendo de su despacho, haciéndole preguntas cada cinco minutos.

Siempre había llevado una política de puertas abiertas. Había aprendido de su paso por los distintos departamentos que a los empleados les gustaba ser escuchados.

–Puedes quedarte en mi despacho. Estaré fuera hasta las dos –dijo Emma–. Sam me ha pedido que te dijera que puede cuidar de DJ cuando quieras.

–¿De veras?

–Sí. Quiere enseñarle a decir «¿qué pasa, perro?».

–¿Para qué?

–Porque cree que te hará mucha gracia –respondió Emma–. Me contó que estuvisteis bailando mientras veíais no sé qué programa.

–Se supone que eso era secreto –replicó Cari.

No pudo evitar sonreír al recordar lo bien que se lo había pasado con su sobrino viendo aquel concurso de cantantes, y pensó en todo por lo que había tenido que pasar Emma desde que murió su marido. Si Emma había conseguido salir adelante, ella también podría. Los Chandler no se caracterizaban por esconder la cabeza. A pesar de lo mucho que deseaba tomar distancia, no podía huir de Dec.

–Gracias, Emma.

–De nada, cariño. ¿Estás segura de que no me necesitas?

Cari reunió todas sus fuerzas y se irguió. Era una mujer adulta, una ejecutiva, y ya no dependía de su hermana. No podía seguir huyendo ni esconderse cada vez que le ocurriera algo.

–Por supuesto, muchas gracias, hermanita. Creo que solo necesitaba un descanso. Bajaré contigo en el ascensor.

Aunque el trayecto de bajada fue breve, Cari se sintió una mujer cambiada. Tenía la sensación de que desde que Dec había llegado, había perdido el control no solo en la empresa sino en su vida personal también. Tenía que recordarse que seguía siendo la mujer segura en la que se había convertido desde el nacimiento de su hijo.

El que Dec estuviera allí, al final del pasillo, no cambiaba nada.

–Pensé que te habías ido –dijo Ally al verla regresar a su despacho.

–Necesitaba un respiro, pero he cambiado de opinión. Creo que deberíamos convocar una reunión para los empleados. Envía un correo electrónico a todos para que estén a las dos en el comedor. Y que nos preparen galletas y refrescos. Voy a presentar a Dec y a explicar la fusión. Contestaré preguntas, pero solo de temas generales.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? La gente parece que se ha vuelto loca.

–Lo sé, por eso tenemos que hacerlo. Creo que si lo dejamos todo claro será lo mejor.

–¿Todo claro? ¿A qué te refieres?

–A que habrá reducción de personal y que la mejor manera de salvar sus puestos es trabajando y no viniendo a verme a mí –dijo Cari–. Voy a ir a hablar con Dec.

–Creo que el señor McKinney está con él.

–¿Su primo? ¿Qué está haciendo aquí?

–No lo sé –respondió Ally–. Creo que deberíamos poner micrófonos en la sala de juntas –añadió arqueando una ceja.

–No creo que eso sea una solución.

–Así sería más fácil saber qué cabezas van a cortar.

–También es ilegal.

–Qué puntillosa –bromeó Ally.

Cari sonrió a su secretaria antes de entrar en su despacho. Tenía que aclararse las ideas antes de ir a hablar con Dec. Anotó algunas preguntas sobre los objetivos de reducción y las fechas límite para llevarlos a cabo. Pero mientras escribía, se dio cuenta de que tenía otras preguntas. Quizá por eso se sentía tan impaciente.

Quería saber qué esperaba por salir con ella y si la volvería a besar otra vez. En cuanto identificó sus verdaderas preocupaciones, se sintió mejor. Lo deseaba y aquella mañana, al verlo con DJ en brazos, le había resultado aún más atractivo. No parecía un solitario ni un hombre que la abandonaría por segunda vez.

Y esos eran pensamientos muy peligrosos.

Dec se recostó en el respaldo del sillón de cuero que había hecho traer de Playtone y miró a su primo, tratando de averiguar por qué había venido hasta allí. Allan tenía treinta y cinco años, como él, y era unos centímetros más bajo. Tenía el aire de la familia Montrose, con su denso pelo oscuro y sus ojos grises. Le gustaba pasar tiempo al aire libre y siempre estaba bronceado, algo que no era difícil en California.

–¿A qué has venido? –preguntó Dec después de comentar el último partido de los Lakers–. Dudo que hayas venido para hablar de baloncesto.

–Kell piensa que has vuelto cansado de Australia y que por eso no estás centrado –comentó Allan.

–¿Por qué piensa eso? No he dejado de mandarle informes desde que llegué. Está ansioso y actúa como un maníaco.

–Estoy de acuerdo, pero le dije que me pasaría por aquí para comprobar que todo estuviera bien.

–Bueno, ya lo has hecho, así que supongo que ya hemos acabado.

–Todavía no. La secretaria de la directora de gestión me ha fulminado con la mirada.

–La plantilla no parece muy contenta de que hayamos comprado la compañía. Algunos se muestran muy beligerantes, pero podré soportarlo. Es lo que suele pasar en la mayoría de las empresas que compramos –dijo Dec.

–Kell se lo está tomando de manera muy personal –observó Allan.

–Lo sé –convino Dec, y empujó hacia atrás su asiento–. ¿Y tú? Sé que no estoy tan implicado en la rivalidad como vosotros. Quiero decir que a mi madre le daba igual lo que pasara con Gregory. Ella se escudaba en su dinero. Para ella era la solución.

–Era una solución, pero no la que el abuelo quería –observó Allan–. Creo que tu padre también estaba harto de la rivalidad. Por eso es que…

–Se casó con una heredera –dijo concluyendo la frase de su primo–. Lo sé. Solía decirlo cuando bebía. ¿Por qué no podía olvidarlo el viejo?

–Porque él no era así. Tampoco Kell.

–Bueno, en esto va a tener que ceder un poco. Ya no se llevan

las adquisiciones hostiles ni eso de despedir a todo el mundo. Sobre todo en nuestra industria. Acabaríamos perdiendo mucho talento –explicó Dec–. Entre los empleados hay gente que nos interesa mantener para que sigan diseñando juegos para nosotros.

–Lo entiendo –dijo Allan–. No envidio tu trabajo. ¿Por qué lo haces?

–¿Qué quieres decir?

–Ambos sabemos que no te hace falta trabajar.

Dec no sabía cómo explicarlo. Lo cierto era que ser parte de la compañía le hacía sentirse como un verdadero Montrose. Quería ayudar a sus primos a conseguir su objetivo de vengarse de los Chandler. Siempre había estado al margen hasta aquel día en que, a sus veintitrés años, Kell lo había llamado para preguntarle si quería trabajar con ellos en la empresa familiar y ayudarlos para hundir Infinity.

–Soy un Montrose.

–Cierto –afirmó Allan con una sonrisa–. ¿Qué tal te va con la Chandler con la que estás tratando?

No estaba dispuesto a revelarle a Allan sus verdaderos sentimientos hacia Cari, especialmente cuando ni él mismo sabía cómo controlarlos. Como directiva estaba haciendo un gran trabajo dándole el espacio que necesitaba para evaluar al personal.

–Es buena.

–Conozco a Jessi, la hermana mediana.

–¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

Recordaba que Kell le había comentado algo sobre Allan y la hermana mediana.

–Desde hace un par de años. Su mejor amiga está casada con mi mejor amigo. Cada vez que celebran algo, ahí está para fastidiarme.

–¿Tan en serio se toma la rivalidad? –preguntó Dec.

Por lo que veía en Cari, a ella no parecía importarle demasiado.

–Le gusta incordiar –contestó Allan–. Hizo que investigaran a John antes de la boda.

–¿Estás de broma, no? Su familia es una de las más ricas del país.

–Sí, lo sé. Pero según ella, el dinero no convierte a nadie en una buena persona.

–Quizá lo hizo para fastidiarte.

–Seguramente. Esa mujer me altera.

–Te entiendo perfectamente –murmuró Dec.

–¿Acaso tienes problemas con las mujeres? No sabía que estuvieras saliendo con alguien –dijo Allan.

–Algo así –anunció justo en el momento en que la puerta se abría.

Alzó la mirada y vio a Cari. Llevaba el pelo como de costumbre recogido en una coleta, con el flequillo cubriéndole la frente. Sus ojos azules tenían una expresión burlona.

–Siento interrumpir, pero necesito hablar contigo sobre una reunión con los empleados.

–Me alegro por la interrupción. ¿Conoces a mi primo Allan?

–No –respondió, acercándose para estrecharle la mano a Allan.

–Pareces menos guerrera que tu hermana.

–Lo intento. Ella tampoco tiene una buena opinión de ti.

–Ya me he dado cuenta, por la manera en que me mira cada vez que coincidimos en la misma habitación –dijo Allan, soltándole la mano–. No te pareces a tus hermanas.

–Lo sé. Cuando era pequeña, solían decirme que era adoptada.

–Yo lo soy –intervino Dec–. Tenemos mucho en común –añadió bromeando.

–Interesante –dijo su primo, mirándolos alternativamente a él y a Cari.

–¿Qué es interesante? –preguntó Cari un poco confusa.

–Nada –respondió Allan.

Dec se volvió hacia su primo.

–Allan, ¿no tenías que marcharte?

–Todavía no. He venido a observar, ¿recuerdas?

La situación era incómoda para Dec. No quería que su primo los observara a él y a Cari juntos. Pero sabía que no había forma de sacar a Allan de allí salvo que lo echara.

A pesar de que Cari no tenía interés en ver al primo de Dec, le había servido para recordarle que había otros jugadores en aquella partida. Era difícil no tomarse toda aquella situación como un juego. Allan era un adversario al que debía convencer para unirse a su equipo o para destruirlo.

En su cabeza, se había vestido con una armadura y un escudo antes de acudir a la sala de juntas, y se alegraba de haberlo hecho. Se dio cuenta de que debía mantener un férreo control sobre sus citas. Había algo en Dec y en todo aquel asunto que le hacía desear que el momento hubiera sido otro.

¿Habría sido capaz de salvar Infinity si hubiera buscado a Dec nada más enterarse de que estaba embarazada en vez de quedarse esperando? Probablemente no. La enemistad entre familias no se acababa con matrimonios ni herederos. La Primera Guerra Mundial había sido buena prueba de ello.

–¿En qué te puedo ayudar? –preguntó Dec a Cari, sacándola de sus pensamientos.

–Los empleados están muy nerviosos. Los he convocado esta tarde para una reunión y quisiera darles información para tranquilizarlos.

–¿Qué ideas tienes?

–Me gustaría darles algún detalle en concreto sobre el recorte de personal, que sepan de qué tanto por ciento estamos hablando, y que cabe la posibilidad de que, si se esfuerzan, estarán a salvo.

Allan se echó hacia delante y la miró.

–Siéntate, Cari.

Tomó asiento al otro lado de la mesa.

–¿De veras crees que si lo saben se quedarán más tranquilos? –añadió Allan.

–Sí. Mi equipo es muy bueno cumpliendo objetivos económicos. Todos sabemos que hay que hacer recortes, y en el pasado, recurriendo a la plantilla y pidiéndoles ciertos sacrificios, lo hemos conseguido. Quiero que la transición sea fácil para ellos. Todos están preocupados.

–Bueno, todavía no tenemos unas cifras concretas para los recortes. Todavía estoy recogiendo información para que la analice Allan.

–Soy el director financiero –aclaró Allan.

–Lo sé –dijo Cari–. Nos gusta conocer al enemigo. Y según Jessi, tienes pezuñas y cola.

–Yo creo que la diabólica es ella –afirmó Allan.

Cari se mordió el labio para evitar sonreír. Era más que evidente que Allan y su hermana no se llevaban bien.

–En tu opinión, ¿qué recortes crees que serían necesarios?

Dec miró a Allan. Los primos parecían comunicarse sin necesidad de palabras. Cari se echó hacia atrás en su asiento y los observó. Dec era el más atractivo de los dos. Allan también era guapo, pero no le atraía tanto como Dec. Mientras lo miraba fijamente, reparó en que tenía una pequeña cicatriz debajo del ojo izquierdo que no había visto hasta aquel momento.

Y su boca… Había pensando mucho en aquellos labios y en la manera en que habían presionado los suyos mientras la buscaba con su lengua. Desde el primer beso, había disfrutado de su buen sabor.

–¿Crees que puede funcionar, Cari?

Había estado soñando despierta y se había perdido algo importante. Tenía que fingir que estaba de acuerdo con lo que acabaran de decir o reconocer que no estaba prestando atención.

–Explicadme qué planes tenéis.

Dec asintió y le pasó el cuaderno en el que Allan y él tenían algunas cifras anotadas. En su área, preveían un incremento del margen de beneficio del veinte por ciento, por lo que no se prescindiría de ningún empleado.

–Creo que es factible.

Supondría más horas de trabajo y adelantar la producción de juegos. De hecho, mientras estudiaba los números, se le ocurrió una idea con la que conseguir algo más que salvar puestos de empleo. Tal vez le diera un motivo a Playtone de mantener Infinity en funcionamiento.

–Me alegro de oírlo. Es un objetivo muy ambicioso –dijo Allan–. Pocos departamentos de compañías de videojuegos conozco que pudieran hacerlo.

Dec tomó la palabra antes de que Cari pudiera decir nada.

–Bueno, no has visto a Cari en acción. Llevo dos días escuchando a los empleados decir que es la mejor jefa que han tenido nunca. Creo que estarían dispuestos a matar por agradarla.

Cari puso los ojos en blanco.

–No exageres. Es solo que soy una persona empática.

–Es más que eso –terció Dec–. Tienes algo especial.

Cari sintió que le ardían las mejillas y sacudió la cabeza. Había un brillo en los ojos de Dec que no tenía nada que ver con su visión empresarial y sí con el vínculo que había entre ellos. Y durara o no,

sabía que siempre habría aquella fuerte atracción entre ellos.

–Bueno, eso no lo sé. Pero intentaré hacerlo lo mejor posible –dijo ella, poniéndose de pie dispuesta para marcharse.

–Te veré en la cena –se despidió Dec.

–Lo estoy deseando –reconoció, y sonrió antes de darse media vuelta y marcharse.

Confiaba en que Allan la viera como una mujer segura y decidida, y no como un manojo de nervios. Incluso la armadura imaginaria que llevaba puesta empezaba a tener resquicios. Iba a ser difícil mantener separada su vida personal de la laboral, porque no sabía prescindir de sus emociones cuando tomaba una decisión. Y Dec era un hombre que la hacía sentir muy emocional.

Capítulo Ocho

Dec encargó a su restaurante favorito que les llevara la cena a las siete. Desde la primera vez que cenó con Cari en su despacho dos semanas atrás, aquel se había convertido en su momento favorito del día. Aquella tarde, muchos de los empleados seguían trabajando y, al llegar al despacho, reparó en que su secretaria se había ido. Se detuvo junto a la puerta y la observó sentada en el suelo con DJ.

El pequeño enseguida lo vio y gateó hacia él.

–Ah, hola, Dec.

–¿Qué estás enseñándole?

Dec dejó la comida en la mesa y se agachó para tomar a DJ en brazos. Volvió a sentir que se le encogía al corazón al pensar que era su hijo. Abrazó al bebé y el niño le sonrió mientras intentaba agarrarle la nariz.

–*Mamama.*

–No, yo soy papá.

–*Mamama* –repitió DJ.

–Es muy cabezota, supongo que le viene de…

–Cuidado con lo que dices –dijo Cari, poniéndose de pie.

–Iba a decir lo mismo –terció Dec–. ¿Lo dejo sentado aquí mientras comemos? –preguntó acercándose al portabebés que estaba junto al escritorio.

–Sí, tengo un yogur para él en la nevera. ¿Sabes cómo ponerlo?

–Claro.

Aunque fuera nuevo en aquello de ser padre, con Cari cerca se sentía seguro. Además, pocas cosas había en su vida que no hubiera sido capaz de resolver. Aquello no era diferente. Cuando había montado negocios por su cuenta, se había dejado guiar por su

intuición y se había negado a aceptar el dinero que sus padres le habían querido dar, para demostrar su valía. Y le había ido muy bien.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Cari volviendo con el yogur.

Dec se había quedado mirando el portabebés en vez de colocar al bebé en él. Lo sentó y le abrochó las sujeciones antes de ocuparse de la comida que había llevado para cenar.

–¿Te importa si cierro la puerta?

–En absoluto.

Cari empezó a dar cucharadas de yogur a DJ, que no parecía muy convencido.

–¿Estás segura de que es bueno? Es un niño.

Cari puso los ojos en blanco y lo miró.

–Sé muy bien lo que necesita mi hijo.

Dec levantó las manos en señal de rendición y siguió preparando la mesa para cenar.

–Supongo que estoy celoso del vínculo que tienes con nuestro hijo, cuando yo apenas lo conozco. Ni siquiera sabía que le gustara el yogur.

–Bueno, y el pollo le encanta. Te queda mucho para ponerte al día. ¿De veras quieres hacer el esfuerzo?

Dec la miró y se preguntó qué habría querido decir. Sintió un arrebato de ira, pero al mirarla, vio miedo en sus ojos. No podía olvidar que había sido él el que la había abandonado después de una noche.

–¿En qué estás pensando? –preguntó ella.

–En que me habría gustado que me hablaras de él antes de que naciera –respondió Dec sin disimular la emoción que sentía–. Me siento engañado.

–Lo sé, pero ni siquiera ahora puedo decir que lo habría hecho de otra manera. Teniendo en cuenta que fue una aventura de una noche y que no era fácil dar contigo… Era como si el destino quisiera que tuviera a DJ yo sola.

–Puedo entenderlo.

Eso explicaba en parte por qué se sentía tan confuso. También era consciente de que estaba completamente justificado que dudara de él.

–Y quiero hacerlo –continuó Dec–. No sé si estoy cambiando y

tienes todo el derecho a cuestionarme, porque cada vez que lo haces, refuerza el deseo de estar con mi hijo.

–Bien, es lo que pretendo.

Cari le limpió la cara a DJ y luego volvió a la nevera. Después de calentar leche en el microondas, volvió con un biberón.

–¿Toma leche de fórmula?

–No, es leche materna –explicó–. Me resulta más fácil extraerla para poder compatibilizar la lactancia con la jornada laboral.

Le dio el biberón a DJ y enseguida se lo tomó. Al cabo de unos minutos, los ojos empezaron a cerrársele.

–Es como un reloj. En cuanto acaba de comer, le da sueño.

–Supongo que eso nos viene bien para cenar. Ya está todo listo –anunció Dec.

–Voy a dejar el portabebés en el suelo, así lo veré mejor mientras comemos.

Dec la observó dejar un peluche junto a su hijo antes de taparlo con una manta.

–No me gusta dejarlo en el portabebés, pero cuando me quedo a trabajar hasta tarde, prefiero que esté durmiendo.

–¿Sueles quedarte trabajando hasta tarde? –preguntó Dec.

–Bueno, no quiero hacerte sentir culpable, pero desde que supimos de la compra, no hemos parado de trabajar.

–Siento que haya sido así. Tenía que haberte advertido de que nada iba a detener a Kell de conseguir su objetivo.

–No me sorprende. La tenacidad parece que es una característica de los Montrose.

–Solo soy Montrose de apellido.

–Pero te criaron ellos, Dec. ¿Por qué te empeñas en decir que eres diferente?

–Siempre me he sentido diferente. No es algo que alguien me haya dicho, es solo que tengo la sensación de que tengo que esforzarme continuamente para demostrar mi valía.

–¿Por qué? He buscado información sobre tu familia y, sin el dinero de tu madre, Thomas Montrose no habría podido mantener su imperio de videojuegos.

Dec se quedó mirándola. Se sentía desconcertado. Era como si Cari lo estuviera defendiendo a él y a su derecho de ser un Montrose. No había dicho nada que no supiera ya, pero oírselo

decir a otra persona marcaba la diferencia.

–Es cierto, pero nunca he sentido que encajara.

–Lo siento –dijo ella–. No te hablé de DJ no porque no encajaras en mi idea de lo que debía ser un padre. Es solo que no estaba segura de querer complicarlo todo aún más.

Él asintió. Era evidente. Era una buena madre y quería mucho a DJ. Esperaba que algún día pudiera formar parte de ese círculo de personas a las que quería.

Durante la cena, Cari descubrió mucho sobre Dec. Había dejado a DJ en la guardería, donde el personal estaba haciendo horas extra. Tenían cunas y DJ estaba mucho más cómodo durmiendo allí que en el portabebés. Además quería aprovechar para tener a Dec para ella sola y pensar en qué iba a hacer con él.

Parecía su primera cita. Aunque Dec no quiso seguir hablando de su pasado, sentía que estaban en la misma línea.

Seguía habiendo una fuerte atracción entre ellos. Cada vez que lo miraba y lo pillaba observándola, sentía que la sangre le ardía en las venas. Y cuando sus manos se rozaban, un cosquilleo le subía por el brazo, provocando un delicioso estremecimiento por todo su cuerpo. Pero la noche no iba solo de sexo, sino de conocerse mejor. Quizá fuera capricho del destino que hicieran las cosas en otro orden.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Dec, sacándola de sus pensamientos.

–En que por fin te estoy conociendo.

–Eso no es cierto. Ya me has visto desnudo. Me conoces muy bien.

Cari negó con la cabeza.

–Te equivocas. Hoy he visto esto por vez primera –dijo alargando la mano y acariciando la cicatriz de debajo de su ojo izquierdo–. ¿Cómo te lo hiciste?

Dec tomó su mano y se la llevó a los labios para besarla.

–Tengo esa cicatriz desde los nueve años. Había ido por primera vez a hacer camping con mi abuelo, Kell y Allan. Mis primos llevaban yendo desde los seis años, pero mi madre y mi abuelo habían tenido sus peleas, así que no había podido ir hasta ese

verano.

–¿Por qué peleaban?

Parecía que el viejo Thomas tenía problemas con todo el mundo.

–Por el dinero de mi madre –contestó Dec–. Así que cuando llegamos a Bear…

–¿Big Bear? Mis abuelos maternos tenían una casa allí arriba.

–Sí, Big Bear –dijo él–. ¿Quieres que acabe de contarte la historia?

–Claro –respondió Cari sonriendo.

–Así que llegamos y mis primos eran unos expertos con las tablas de *snowboard,* pero yo nunca me había subido a una. Sabía esquiar porque mi madre había insistido en que aprendiera cuando estuvimos el invierno anterior en St. Motriz. Pero Kell dijo que el esquí era para peleles, así que me subí a una tabla de *snowboard,* perdí el control y me di contra un árbol. Me lleve un buen golpe en el lado izquierdo de la cara y me quedó esta cicatriz.

Cari no esperaba aquello. Lo tomó de la mano y le acarició los nudillos, sintiendo lástima de aquel niño desesperado por demostrar su valía ante los Montrose y ocupar su sitio.

–¿Aprendiste a hacer *snowboard*?

–No. Solo sé esquiar y me da igual lo que piense Kell. Se sintió mal porque me obligó.

–Erais solo unos niños. Tu abuelo debería haber intervenido.

–Él pensaba que esa clase de cosas nos venían bien. Decía que siempre debíamos quedarnos con hambre.

–No estoy de acuerdo. No quiero criar a DJ de esa manera.

–No me quejo del modo en que me criaron, pero quiero que DJ tenga una infancia mejor que la que yo tuve.

–¿Es por eso que quieres tener una relación conmigo?

–En parte sí. No quiero que piense nunca que no le quise. Sé cómo me sentía sabiendo que mis padres biológicos… Bueno, eso ya es agua pasada. ¿Qué me dices de ti? ¿Tienes alguna cicatriz?

No quería que cambiara de tema de conversación. Quería saber más de Dec y de su forma de ser, pero era evidente que no quería seguir hablando del pasado.

–Tengo una cicatriz y si averiguas dónde está…

–Me dejarás besarla.

–¿Para qué ibas a hacer eso?

–¿Está en algún sitio interesante?

–No –respondió ella, sacudiendo la cabeza.

–Vaya. ¿Pero me dejarás besarla si lo adivino?

–Claro.

Era imposible que lo adivinara.

–Ponte de pie –le pidió Dec.

–¿Por qué?

–Para examinarte. ¿Cómo voy a tomar una decisión si no dispongo de toda la información?

Cari puso los ojos en blanco. Era evidente que Dec no quería que pasara nada entre ellos esa noche. No parecía tan serio y preocupado como de costumbre, así que dio una vuelta para él. Se estaba mostrando cordial, pero no la estaba permitiendo conocer su verdadero yo.

Ella estaba mostrándose tan abierta como de costumbre. Tal vez, si no abriera tanto su corazón…

–Detrás de la rodilla.

Cari abrió los ojos como platos y lo miró con el ceño fruncido.

–Sí. ¿Cómo lo has adivinado?

–Ha sido casualidad.

–Imposible –dijo mirándose los pantalones–. Confiesa.

–Supongo que te niegas al beso.

–No, hemos hecho un trato. Solo quiero saber cómo lo has sabido.

–Te vi desnuda, Cari, y he revivido aquella noche en mi cabeza muchas veces. Tengo memorizado cada centímetro de tu cuerpo, desde la cicatriz de detrás de tu rodilla hasta la mancha de nacimiento que tienes al final de la espalda.

Sintió que se derretía. El que recordara aquellos detalles… No, no significaba nada. Solo que era un amante muy observador, cosa que ya sabía.

Lo miró y sintió un nudo en el estómago mientras luchaba contra algo que no debía hacer. Alzó la mano y le hizo un gesto con el dedo.

Dec se levantó y lentamente caminó hasta ella. Cari lo detuvo a escasos centímetros de ella, poniéndole una mano en el pecho.

–No sé si eres un seductor, un amante serio o el mayor error de mi vida.

–Soy un seductor que muy seriamente está dispuesto a amarte. Respecto a lo otro, esto no me parece un error –dijo y, atrayéndola entre sus brazos, la besó.

La manera en que sus labios se movían sobre los suyos era firme y decidida. La sujetó con firmeza por la nuca y se adueñó de su boca, tomando lo que quería de ella y dándole aquello que no sabía que ansiaba hasta ese mismo momento. Cada uno de los movimientos de Dec la empujaba a olvidarse de sus reservas y a dejarse llevar por sus deseos. Su lengua jugueteó con la suya antes de metérsela en la boca. Sus manos se deslizaron por su espalda hasta llegar a la cintura y atraerla hacia él.

Cari sintió la fuerza de su pecho musculoso bajo el tejido de la camisa. Sintió la tensión de sus dedos al clavarse en su cintura y levantarla del suelo para estrecharla contra su cuerpo. Sintió su potente erección y supo que el juego se había acabado.

No cabían juegos con aquel deseo, y tampoco los quería. Ya le había contado que tenían un hijo y estaban buscando la manera de que sus empresas se fusionaran. Además, hacía año y medio que no tenía sexo, que no sentía las manos de un hombre acariciando su cuerpo. Y no cualquier hombre, sino aquel.

Lo rodeó por los hombros y le acarició el pelo. Él ladeó la cabeza hacia la izquierda y el beso se volvió más profundo. Cari deseaba más. Olía a hombre, a deseo y a Dec. Era un olor que pensaba que no volvería a percibir y, aunque había intentado no darle importancia, se alegraba de que hubiera vuelto a su vida.

Separó la boca de la suya y alzó la vista para mirarlo a los ojos. Tenía la piel sonrojada por la excitación y el brillo de su mirada era tan intenso que no pudo evitar estremecerse. Dec volvió a unir su boca a la suya y esta vez el beso fue más lento, sensual y profundo.

Cari dejó de pensar y cedió a la pasión que la arrastraba. Él volvió a levantarla del suelo, sujetándola por el trasero mientras movía las caderas para presionar su erección contra su entrepierna. Al rozarla en el lugar preciso, ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras él le besaba el cuello.

–Rodéame la cintura con las piernas –susurró junto a su piel, haciéndola estremecerse.

Cari obedeció y Dec atravesó el despacho hasta colocarla sobre el escritorio. Sin que dejara de rodearlo por la cintura con las piernas, la levantó por las caderas para que sintiera su erección.

Luego apoyó las manos en el escritorio a cada lado de ella.

–Échate hacia atrás.

Ella vaciló.

–Hazlo.

Cari hizo lo que le pedía y se apoyó sobre los codos, mientras él empezaba a desabrocharle lentamente los botones de la blusa. Se detuvo al dejar a la vista el sujetador y besó la piel que acababa de descubrir.

–Recuerdo que la última vez llevabas encaje –dijo él.

–Mis pechos son más grandes ahora.

–Ya lo veo –dijo tomando su pecho izquierdo con la mano y pellizcándole el pezón.

Sentía los pechos llenos y unas gotas de leche humedecieron el sujetador. Dec se frotó los dedos y deslizó la mano por debajo.

Cari se preguntó si aquello echaría a perder la magia del momento. A ella no le afectaba en absoluto porque ardía por él y lo deseaba en aquel instante. Lo miró a los ojos y comprobó que seguía teniendo aquella mirada de deseo, combinada con una dulce expresión que nunca antes había visto en su rostro.

–No resulta muy sexy, ¿no?

–Tal vez para otro hombre, pero para mí es un recordatorio de lo que compartimos.

Quería preguntarle más sobre aquello, pero él se inclinó y la besó. Esta vez no fue un beso tan impetuoso, pero sí igual de intenso. Se sentía sobrecogida por aquel arrebato de ternura, mientras seguía estrechándola contra él y besándola profundamente.

–Lo siento –dijo ella, sin saber muy bien cómo evitar que su pecho siguiera haciendo eso.

–No te disculpes –replicó Dec mientras seguía desabrochándole la blusa.

Cari se aferró a sus hombros y trató de atraerlo hacia ella, pero él mantuvo la distancia.

–¿Todavía me deseas? –preguntó él, mirándola a los ojos.

–Sí –respondió, sabiendo que no podía ocultarle nada a aquel

hombre–. Sí.

Capítulo Nueve

Aquella era la respuesta que esperaba escuchar.

Dec deslizó la mano entre ellos y le abrió el botón y la cremallera de los pantalones. Cari arqueó las caderas mientras sentía su mano introducirse por la apertura. Luego, su boca volvió junto a la suya.

Todo en Cari le resultaba más intenso. Su perfume embriagaba sus sentidos con cada inspiración. Su piel parecía más suave que nunca y, después de tener a DJ, sus curvas eran más generosas. Estaba disfrutando con todo lo que estaba descubriendo de ella.

A pesar de que pensaba que la conocía, se estaba dando cuenta de que no sabía nada de ella. Tal y como se sentía en aquel momento, como si estuviera a punto de explotar si no se hundía en ella, le hacía arrepentirse de haber antepuesto los negocios a todo. Debería haberse quedado en sus brazos.

Metió la mano por debajo de sus bragas, acariciando con un dedo la húmeda calidez de su apertura. Ella suspiró su nombre entre jadeos y él la miró sonriente. Cari se movió contra él y su mano encontró primero su muslo y luego la dureza de su miembro erecto. Lo acarició de arriba abajo por encima de los pantalones, aferrándose a él y jugueteando con la punta.

Luego buscó su cremallera, pero él se adelantó y liberó su pene. A continuación, deslizó los dedos por su entrepierna y ella lo atrajo hacia sí, rodeando su miembro con la mano. Dec aprovechó su brazo libre para levantarla del escritorio.

–Quítate los pantalones.

Ella hizo lo que le pedía y, cuando los tenía por los muslos, volvió a dejarla sobre la mesa y tiró de ellos y de las bragas hasta dejarlos en el suelo, quitándole los zapatos a la vez. Luego le hizo

separar las piernas y se inclinó sobre ella. Inhaló su esencia femenina y empezó a darle besos por el interior del muslo, subiendo hasta mordisquearle la cadera.

Cari se revolvió y le puso una mano en la cabeza a Dec y otra en el vientre. Él reparó en que ya no tenía el vientre tan liso como antes y había algunas estrías. Toda señal de que había tenido un hijo suyo lo excitaba cada vez más. Estaba deseando volver a hacerla suya.

Su hijo había dejado huella en ella y él también quería hacerlo. Bajó la cabeza para morderle el interior del muslo, y luego la lamió y besó en el mismo sitio, antes de volver la cabeza hacia el centro. No había olvidado el sabor de su intimidad y estaba deseando volver a disfrutarlo.

Le separó aún más las piernas y le acarició el clítoris con la lengua. Luego, siguió explorándola suavemente con la boca. Cari se revolvió, pero él la sujetó para que se quedara quieta y poder seguir disfrutando de su rincón más íntimo. Luego, la penetró con la punta de un dedo y ella lo buscó con las caderas tratando de sentirlo completamente en su interior.

Dec bajó la cabeza un poco más y hundió la lengua en ella. Cari tomó su cabeza entre las manos y se acercó aún más a él. Sabía que estaba al límite. Podía sentirlo por la forma en que su cuerpo lo buscaba. Dec se apartó e introdujo su dedo hasta dar con su punto G.

Ella emitió un sonido agudo y Dec sintió que su cuerpo se tensaba alrededor de su dedo. Mantuvo la mano donde la tenía hasta que Cari se desplomó, y permaneció mirándola, sonriendo.

–Gracias –dijo ella.

–Ha sido un placer.

–No, el placer ha sido mío. Hace siglos que no sentía algo así.

–¿Cuánto exactamente?

–Año y medio –respondió observándolo con sus ojos azules–. He estado ocupada y a la mayoría de los hombres no les interesa una mujer que acaba de ser madre.

–Me alegro.

No quería ningún otro hombre en escena. Se sentía dueño de ella y de DJ. Ambos eran suyos.

Sí, decidió. Era suya y no sabía qué hacer con ella más allá del

sexo, pero no estaba dispuesto a dejar que se marchara. Le daba igual que fuera demasiado inocente para un hombre como él.

Cari buscó su miembro, que seguía erecto, y lo acarició. Al inclinarse sobre él, Dec sintió su aliento y el roce de su lengua. Luego, un escalofrío lo recorrió, y no pudo evitar sentir que una gota de su esencia escapaba a su control. Ella la chupó antes de introducirse el pene en la boca, mientras él ponía una mano en su cabeza y le acariciaba la melena rubia.

Deseaba disfrutar de cada segundo de aquello. Trató de apartarla para advertirle de que tenía que parar, pero ella le puso las manos en la espalda para seguir como estaban. No dejó de recorrerlo hasta que sus caderas comenzaron a sacudirse por los espasmos del orgasmo.

Cari siguió chupándolo con fuerza hasta que se quedó completamente extenuado. Cuando se apartó, Dec no supo qué decir, aunque Cari tampoco le dio la oportunidad de hablar. Se limitó a sentarse, lo rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza junto a su corazón. Él la abrazó y la preocupación de si era el hombre adecuado para ella desapareció. Al menos por esa noche solo quería disfrutar de estar entre sus brazos.

Cari no tenía palabras ni encontraba la manera de fingir que aquello solo era sexo. Temía que Dec la dejara al igual que había hecho la vez anterior. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que aquel temor seguía dentro de ella, oculto bajo una seguridad que no era más que superficial.

Giró la cabeza y apartó la vista, confiando en ocultarle a Dec sus emociones. Se fijó en el portabebés de DJ y recordó que la última vez que había estado en los brazos de aquel hombre, su vida había cambiado. Y aunque tomaba la píldora, no estaba dispuesta a correr riesgos de nuevo.

Se apartó de él y se levantó del escritorio. Luego, recogió su ropa interior con toda la dignidad que pudo reunir.

–Voy al baño. Enseguida vuelvo –dijo, y se fue antes de que Dec dijera algo.

Cerró la puerta de su cuarto de baño privado y se sentó en el inodoro. Un torbellino de emociones la invadió. El placer todavía

inundaba cada rincón de su cuerpo y tuvo que parpadear para evitar que las lágrimas que ardían en sus ojos se le escaparan.

Quería que aquello fuera real, no solo el sexo sino la cena y la conversación. Lo deseaba tanto que le preocupaba que lo estuviera convirtiendo en algo que no era.

¿Y si cuando volviera a su despacho él se mostraba indiferente con lo que acababa de pasar? ¿Cómo se comportaría? No sabía mostrarse fría ni distante con él. Con cualquier otro hombre… Qué demonios, con otro hombre no se habría sentido como con él. Poco a poco se estaba dando cuenta de que quería más de él de lo que nunca conseguiría, a pesar de que lo estaba intentando.

Pero para ella, no era suficiente con que lo estuviera intentando. Necesitaba que fuera alguien que estaba segura que nunca podría llegar a ser. Tenía la sensación de que se iba a llevar una gran desilusión.

De repente, sonaron unos golpes en la puerta.

–¿Estás bien? –preguntó Dec desde el otro lado.

–Sí, lo siento. Solo necesito unos minutos más.

–Tengo que limpiarme. Luego, iré a buscar a DJ a la guardería, así podrás tener unos minutos para ti sola.

–De acuerdo.

Necesitaba tiempo e intimidad. Se levantó, consciente de que no podía esconderse allí para siempre. Después de asearse, volvió a vestirse. Tenía el pelo revuelto, así que se soltó la coleta y volvió a hacérsela mirándose al espejo.

Cuanto más lo intentaba, más temía que aquella noche hubiera sido un error. Era demasiado pronto para que hubiera una relación sexual entre ellos. Él todavía estaba asimilando que tenía un hijo y ella tenía que hacerse a la idea de que había vuelto a su vida.

Abrió la puerta y se encontró el despacho vacío. Retiró los platos de la cena y reparó en que Dec se había dejado el portabebés. Su teléfono sonó y, al mirar la pantalla, vio que era Emma.

–Hola, Emma.

–Hola, ¿interrumpo algo importante?

–No, he tenido una cena y me iba a casa. ¿Alguna novedad?

–No dejo de dar vueltas a la idea del correo electrónico que me mandaste esta tarde, a lo de sacar un segundo juego este trimestre para aumentar los beneficios y cumplir los objetivos económicos de

Allan.

–Yo también he estado pensando en eso.

Había pasado a un segundo plano mientras había estado con Dec aquella tarde. La llamada de Emma era justo lo que necesitaba para volver a la realidad.

–Bueno, ¿qué te parece si llamas a Fiona? Sabes que estuvo el año pasado en ese programa casamentero con Alex Cannon. ¿Sigues siendo amiga de ella, verdad?

No precisamente, pensó Cari. Había conocido a Fiona en un campamento de verano con dieciséis años y durante tres habían mantenido amistad por correspondencia. Pero no tenían una relación como para llamar a su nuevo marido y pedirle que los salvara con el desarrollo de un nuevo juego.

–Veré lo que puedo hacer, pero yo no contaría con eso. Estaba pensando en que podíamos pedirle a nuestro equipo que desarrollara un juego a partir de alguno que ya tengamos para lanzarlo en Navidad para tabletas.

–¿En qué consistiría?

–La partida se desarrollaría en una casa o en un árbol, con una temática navideña. Es solo una primera idea, pero sería un juego navideño y es un mercado lucrativo.

–Me gusta. Voy a mandarte una convocatoria de reunión a ti y al comité de proyectos. Puede ser justo lo que necesitamos, usar nuestros recursos.

–El balance final mejorará, y aunque tiene que estudiarlo el departamento financiero, apuesto a que no necesitaremos vender muchos para empezar a ver beneficios.

–Bien pensado, estoy deseando que lo veamos mañana. Gracias, Cari.

Se despidió de su hermana y se recostó en el respaldo de su sillón, deseando poder resolver con tanta facilidad el asunto entre Dec y ella. Pero los videojuegos eran mucho más sencillos que la vida real, porque eran simplemente eso, juegos.

Esa noche, todo le sonreía, pensó Dec mientras Rita, la niñera, le entregaba a DJ en la guardería. Luego, lo llevó de vuelta al

despacho de Cari. DJ no paraba de hacer sonidos alegres y Dec se sentía el rey del mundo. Pocas veces se había sentido tan… Bueno, ni siquiera sabía cómo llamarlo. Aunque no era un amargado, tampoco era feliz. Esa noche estaba empezando a vislumbrar cómo podía llegar a ser.

Aun así, cada vez que tenía a Cari entre sus brazos, sentía un profundo temor de que si la soltaba, desaparecería. Sabía que no era como él y que no se marcharía sin más, pero no podía evitar temer que lo hiciera. Le estaría bien empleado si lo hacía, pero estaba empeñado en mostrarle… ¿El qué?

Era evidente que quería de él algo más que sexo, y nunca se le había dado bien demostrar sus sentimientos. No le había mentido cuando le había dicho que aquella mañana se había marchado para evitar complicaciones. Sin embargo, allí estaba, deseando que… Había visto el miedo en los ojos de Cari cuando se había refugiado en el cuarto de baño. Con DJ en brazos y su mirada somnolienta clavada en él, Dec sintió la responsabilidad de sus actos.

No sabía si debía pedirle matrimonio. ¿Qué pasaría después? Casarse no era la solución a los problemas que todavía había entre ellos.

Tenía que encontrar las palabras apropiadas y el momento adecuado de decirlas. Entonces, tal vez pudieran salir adelante. Lo que realmente quería era llevarse a Cari y a DJ a su yate y navegar hasta el horizonte. Pero eso sería salir huyendo y dejarlo todo atrás, y no podía hacerlo cuando por fin se sentía parte del clan de los Montrose.

Ya no era el extraño que siempre había sido y Cari tampoco estaría dispuesta a separarse de sus hermanas.

Se detuvo en el pasillo que llevaba al despacho de Cari y se quedó mirando los premios y las fotos del personal que había en la pared. Se fijó en una foto y reconoció a Cari, Emma y Jessi con su abuelo. Su hijo descendía de aquella familia.

En aquel momento se dio cuenta de lo importante que era salvar las dos líneas hereditarias de su hijo, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Kell no estaría satisfecho si Infinity Games seguía existiendo, aunque solo fuera en parte, cuando se completara la absorción de la compañía.

Siguió avanzando por el pasillo. Al oír a Cari en el teléfono, se

detuvo en la puerta. Llamó a la puerta antes de abrirla y la encontró sentada detrás de su escritorio, con los brazos cruzados.

–Supongo que ya estás deseando irte a casa.

–Sí, es tarde y tengo una reunión a primera hora –replicó Cari–. Además, DJ tiene que irse a la cama.

–Creo que la siesta le ha venido bien.

–Tienes razón –dijo ella extendiendo los brazos al niño.

Dec lo besó en la cabeza antes de dárselo.

Cari se colgó la funda del ordenador portátil y la bolsa de pañales al hombro, y se colocó a DJ en la cadera mientras tomaba el portabebés.

–Deja que yo me ocupe. De hecho, deja que lleve también esos bolsos –dijo Dec y trató de quitárselos.

Pero Cari le apartó la mano.

–No te preocupes, estoy acostumbrada a hacerlo sola.

No pretendía molestarlo con aquellas palabras, pero él las sintió como un puñetazo en el estómago. Estaba acostumbrada a hacerlo sola porque la había abandonado. ¿Cómo podía tranquilizarla? Seguía deseándola y nunca antes se había sentido así. Si pudiera, se quedaría con ella para siempre.

–Creo que tenemos que hablar.

–Esta noche no –dijo ella.

–Sí, esta noche –insistió tomando las bolsas y dejándolas sobre la mesa–. No me gusta cómo te estás comportando.

–Siento que no te guste, pero no sé qué hacer para que no sea así.

–Yo sí –afirmó acercándose de nuevo a ella.

–Detente –dijo Cari levantando una mano–. El sexo no va a arreglar esto.

–Tampoco lo pensaba, solo quería darte un abrazo, Cari. Quiero que tengas la seguridad de que esto no va a ser como la última vez.

–Lo sé, Dec. Ahora, tenemos un hijo.

Capítulo Diez

–Así es, quiero hacerme un hueco en tu vida, pero no es suficiente, ¿verdad?

No tenía ni idea de cómo construir una relación. Era un experto dividiendo compañías y fraccionándolas en partes. Se le daba muy bien marcharse antes de que las cosas se pusieran feas, y allí estaba, tratando de convencer a la única mujer que mejor lo conocía de que quería cambiar.

Cari se encogió de hombros y Dec sintió como si una flecha atravesara su corazón. Sabía que no la estaba engañando y no le iba a resultar fácil persuadirla. Con medias verdades y grandes gestos no iba a ganársela. Iba a tener que esforzarse para convencerla de que estaba siendo sincero.

Cari se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

–No lo sé. Esta noche ha estado bien y he disfrutado mucho hasta el momento en que…

No acababa de entender qué quería decirle. Renegó de sus padres adoptivos por haberlo abandonado cuando ni siquiera sabía hablar o caminar. Si hubiera crecido con ellos, habría aprendido algo viéndolos interactuar y ahora podría usarlo con Cari.

–¿Hasta que qué?

Nerviosa, Cari se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y luego se frotó la mejilla contra la cabeza de DJ. Abrazaba a su hijo como si sacara fuerzas al hacerlo.

–¿Cari?

Ella suspiró.

–Hasta el momento en que me di cuenta de que no estaba segura de que fueras a quedarte. O de que iba a ser como la otra vez. Sé que te dije que había cambiado y lo he hecho, pero tengo que

admitir que siento algo por ti, Dec. No es amor ni nada parecido, es solo que eres el padre de mi hijo y eso es difícil de obviar.

Dec dio un paso atrás sin saber muy bien qué decir. Se frotó la nuca y maldijo para sus adentros por haber tenido una infancia que lo había dejado tan vacío que había acabado haciendo daño a aquella mujer. Estaba intentando ser el hombre que ella necesitaba, pero iba a tener que esforzarse mucho más para hacerla feliz.

–Pensaba que sabías que estoy intentando establecer un vínculo contigo.

No quería hablar de lo que él quería ni de cómo deseaba que ella llenara aquel vacío que lo había acompañado durante tanto tiempo.

–Lo único que sé es que no quería que te fueras, pero tampoco podía retenerte. No estoy segura de si estás fascinado con la idea de tener un hijo, el primer familiar de sangre que conoces, o si hay algo real entre nosotros.

Había dado en el clavo con aquel comentario y no debía sorprenderle. Era una mujer astuta y sus empleados se habían pasado toda la semana diciéndole que era una persona empática. Quería aliviar su sufrimiento poniéndoselo más fácil, pero a la vez tenía que mantenerse a la defensiva por ser quien era.

–Quiero establecer un vínculo contigo, Cari. No quiero hacerte promesas porque sé lo fácil que es romperlas. Pero lo estoy intentando. ¿Puede ser suficiente por ahora? –preguntó Dec.

Aunque nunca había esperado gran cosa de la vida, no soportaba el dolor ante la idea de perderla. Cuando estuviera a solas, tendría que analizar aquella nueva debilidad. Ese tipo de preocupación iba en detrimento del empresario que estaba llevando a cabo una importante operación mercantil. Aquel era el peor momento para que le provocara aquel torbellino de emociones.

Cari ladeó la cabeza y se quedó observándolo, cosa que solía hacer cuando sopesaba sus opciones. Dec confiaba en estar a la altura y parecerle sincero. En sus ojos le pareció reconocer dudas y cierta desilusión, y frunció el ceño.

–Pareces dispuesto a darme un puñetazo si no digo que sí – dijo ella por fin con una amarga sonrisa.

–Solo estaba siendo sincero.

Ni siquiera se le daba bien parecerlo. ¿Cómo demonios iba a

asumir un compromiso con ella y su hijo? Iba a tener que admitir sus sentimientos y expresarlos. ¿Sería capaz? Su padre nunca lo había hecho y apenas había llegado a conocerlo. Siempre había deseado llevarse bien con él y tener una relación más estrecha.

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

–No deberías poner esa expresión tan fiera si quieres que la gente piense que eres sincero.

–No puedo evitarlo. Desde que entraste en la sala de juntas nada me ha resultado indiferente. Desde el momento en que volviste a aparecer en mi vida, nada ha sido como antes.

–¿Debería darte las gracias?

–Te lo digo como cumplido, pero es evidente que no lo ves así. No se me da bien este tipo de conversación. ¿Debería marcharme?

Se acercó a él sosteniendo a DJ en la cadera y le puso la mano en el pecho, sobre el corazón, donde un rato antes había apoyado la cabeza. A pesar de que Dec no sabía lo que hacía, sentía que se estaba abriendo paso. Estaba haciendo lo que necesitaba para demostrarle que era muy importante para él.

–No te vayas. Tengo miedo de estar reconociéndote más mérito del que mereces. No quiero ser una estúpida y que vuelvas a defraudarme.

–Bueno, no voy a irme a ningún sitio.

–¿De veras?

–Sí –respondió él.

Cari dio unos pasos vacilantes hacia él y Dec la observó fingir que apenas la había hecho cambiar en su estimación.

A mediados de septiembre se celebraba el pícnic de los empleados de Infinity Games. Muchos no estaban contentos con Dec porque tenían que trabajar más que nunca. Pero, gracias a los datos que Cari les había enviado, todos estaban al tanto de que sus esfuerzos estaban dando sus frutos e iban a superar el objetivo de beneficios marcado. Así que el ambiente en la barbacoa era distendido.

–Davis me ha sonreído al recoger su plato –le dijo Dec con una sonrisa irónica, después de que el último grupo de empleados se alejara.

–No le caes bien, pero ayer me dijo que entendía que el resultado final era lo importante –replicó Cari.

Dec y ella se ocupaban del primer turno de comida caliente.

Habían pasado poco más de dos semanas desde su encuentro en la oficina de Cari, y habían tenido varias citas. Estaban aprovechando para conocerse mejor. Aunque todavía había momentos en los que Cari tenía la impresión de que Dec se mostraba muy reservado, estaba contenta de tenerlo en su vida. Emma y Jessi pensaban que estaba loca por salir con él, pero ambas habían dejado de hacer comentarios cuando les había dicho que era feliz, algo que por otra parte era cierto. A la vez se sentía asustada, paranoica y neurótica. No sabía por qué Dec tenía tanto miedo al compromiso, y estaba haciendo todo lo posible por mantenerse calmada. Pero cada día se sentía más enamorada de él y le costaba luchar contra sus propios sentimientos.

–Así que este es el famoso cíborg de Playtone Games.

Al oír la voz de su hermana, Cari alzó la vista y sintió que Dec se ponía rígido.

–Tú debes de ser Jessi Chandler –dijo Dec, volviéndose para saludar a su hermana.

Vestía una atrevida combinación de vestido corto con botas militares.

–Jessi, prefiere que lo llamen Dec –medió Cari, acercándose a su hermana para darle un abrazo–. Sé amable –le susurró junto al oído.

Jessi le guiñó un ojo.

–¿Así que tratando de mezclarte con los humanos?

–En efecto. ¿A qué viene eso? –preguntó Dec dirigiéndose a Jessi.

–Solo quería que te dieras cuenta de que los empleados son personas con vidas y trabajos que nada tienen que ver con lo que Gregory Chandler pudo hacerle a Thomas Montrose –replicó Jessi.

–Es un hombre justo, señorita Jessi –intervino Frank, acercándose en la fila para llenar su plato–. Buenas tardes, señor Montrose, señorita Cari.

–Hola, Frank –dijo Cari, y empezó a servirle la comida al vigilante de seguridad.

–¿De veras? –preguntó Jessi a Frank.

–Sí. Sé que muchos empleados estaban un poco asustados al

principio, pero se han dado cuenta de que demuestra interés con sus preguntas y propone mejoras. Creo que a la mayoría les está empezando a caer bien.

Cari miró a Dec. Se había sonrojado y parecía incómodo. Jessi tampoco parecía muy contenta y le dirigió a su hermana una mirada dura que no supo interpretar.

–Gracias, Frank, disfruta de la comida.

–Esa es mi intención –dijo antes de marcharse.

–Quedáis relevados –anunció Jessi.

Junto con Marcel, su secretaria, se colocaron al otro lado de la mesa, ocupando los puestos de Cari y Dec.

–Disculpa a Jessi –dijo Cari una vez se distanciaron.

–Está bien. Kell me dice cosas peores. ¿Quieres aprovechar para comer algo antes de que tu hermana Emma traiga a DJ?

–Claro –contestó–. Se ve que has causado una buena impresión en Frank.

Dec se encogió de hombros.

–Hace seis meses le habría ofrecido la jubilación anticipada con un paquete de beneficios, pero hablando con él, me di cuenta de que todavía puede aportar algo aquí. Lo último que quiere es jubilarse.

–Lo mismo pienso. Es inteligente y está muy fuerte para su edad.

–¿Cómo lo sabes?

–Fue él el que subió mi nueva mesa Luis XIV. No sabes lo que pesaba.

–¿Por qué te gustan esos muebles tan rococós? No son muy funcionales.

–Claro que sí. Además, a la gente le gusta, tienen su personalidad. No me gusta ser otra aburrida mujer de negocios.

–No hace falta ver tu oficina para darse cuenta de eso –comentó Dec antes de mirar a su alrededor y robarle un beso–. Busquemos un sitio donde sentarnos.

Cari lo siguió por entre las mesas de pícnic y, al pasar, dos diseñadores de juegos los invitaron a sentarse con ellos. Sabía que Dec había estado hablando con el personal, pero, sentada allí a su lado, tuvo la sensación de que se estaba integrando en la empresa. No sabía si sería para que la fusión fuera más fluida o porque tenía otro propósito.

Mientras escuchaba la conversación, se dio cuenta de que formaba parte del grupo. Parecía un hombre diferente al que había conocido en aquel congreso de hacía año y medio. Se preguntó si sería un cambio permanente o si siempre se comportaba así cuando llevaba a cabo adquisiciones de compañías. No tenía forma de saberlo con seguridad, por lo que iba a tener que decidir si confiar en él o no.

Mientras la miraba sonriente, sintió su mano tocándole el muslo bajo la mesa y supo que ya confiaba en él. Lo veía como a un hombre que sabía encontrar su hueco, un hombre que comprendía que para tener un futuro exitoso tenía que construir algo y no echar abajo lo que ya existía, un hombre al que podía considerar suyo.

Dec buscó un rincón lejos del sol y de los demás asistentes al pícnic. La tarde estaba dando paso a la noche y, en cuanto oscureciera, una banda comenzaría a tocar y habría fuegos artificiales. Había pasado el día con los empleados de Infinity Games. Se había mostrado cordial con todos y lo habían hecho sentirse parte del equipo.

Pero sabía que no era así. En menos de dos semanas tenía que presentar su informe a la junta directiva e iba a tener que prescindir de algunos. El caso era que tenía la sensación de que ellos también lo sabían y, aunque nunca había imaginado que le importaría, se daba cuenta de que así era.

Las adquisiciones de compañías no ponían en una posición cómoda a alguien empático, pero debía vigilar los números. Nunca antes se había encontrado en una situación así y sabía que la culpa era de una rubia.

Cari seguía esperando que diera lo mejor de sí mismo y se esforzaba por estar a la altura. Había pasado el día charlado con unos y otros y había jugado al voleibol, y ya estaba cansado de tanta gente. No quería exponerse más de lo necesario. Siempre había tenido la cabeza fría en los negocios y nunca había dejado que nada lo afectara.

Pero Cari Chandler le estaba haciendo cambiar, y no solo en su vida personal.

–Ah, aquí estás –dijo Cari acercándose a él con DJ en brazos.

–*Mamamama* –balbuceó el bebé.

El niño vestía unos pantalones caqui y una camisa azul.

–Hola, pequeño –dijo Dec, ofreciéndole sus brazos.

El niño se echó hacia él y Cari se lo dio. Al abrazar a su hijo, se relajó.

–Necesitaba un respiro.

–Te entiendo. Estos días se hacen muy largos. Ya verás la fiesta de Navidad.

–Cari, quería hablarte de eso.

–Dime.

Se quedó mirándolo con sus enormes ojos azules y Dec sintió una punzada de dolor en sus entrañas ante lo que iba a decir.

–Cuando llegue Navidad, Infinity Games habrá cambiado.

–¿Qué quieres decir?

–Sabes que estoy aquí para cerrar la compra y fusión de vuestra compañía. Una de las cosas que estamos considerando es llevarnos a parte de vuestra plantilla a las oficinas de Playtone.

–Después de lo de hoy, ¿vas a seguir adelante con eso?

–Cari, es mi trabajo.

–Pensaba que te empezábamos a importar.

–Y así es. DJ y tú me importáis.

–Pero no su herencia.

Había dicho aquellas palabras sin pensar y sabía a qué se refería. En las últimas semanas se había establecido un vínculo entre ellos que no quería que se rompiera, pero sabía muy bien lo que tenía que hacer. Kell no iba a cejar en su empeño de venganza solo porque Dec hubiera empezado a sentir algo por una de las hermanas Chandler.

–Lo mismo podría decir de ti y de tus hermanas –señaló Dec–. La compañía estaba en peligro. No éramos los únicos interesados en compraros.

Ella sacudió la cabeza.

–Estábamos pasando un día muy agradable. ¿Por qué te pones así?

–Así, ¿cómo? Es a esto a lo que me dedico. No importa que me caigan bien tus empleados, vamos a tener que prescindir de algunos. Son negocios.

–Yo no pienso así.

–Esa es una de las cosas que más me gustan de ti. Pero eso no significa que deba dejar de lado mis obligaciones solo para agradarte.

Cari se cruzó de brazos y le dirigió una mirada dura.

–No puedo enfadarme contigo cuando lo que dices tiene sentido.

Dec puso los ojos en blanco. Era imposible que alguien pudiera enfadarse con ella.

–¿Por qué te has venido a este rincón? –continuó ella–. ¿Acaso te cuesta relacionarte con la gente a la que vas a tener que despedir?

Dec no tenía agallas para decirle que necesitaba aislarse de todas aquellas personas. Él no era como Cari y no le afectaría la reducción de personal que tenía que llevar a cabo.

–Algo así.

–Siento no haber sido más comprensiva –dijo Cari, y le dio un breve abrazo.

–No te preocupes. ¿Por qué me estabas buscando?

–Para ver si podías quedarte con DJ. Mis hermanas y yo tenemos que presentar el espectáculo y dar las gracias a los empleados por el trabajo que han hecho este año.

Dec se dio cuenta de que para ella, los empleados eran como de la familia. Se sintió mal. Sabía que los tres primeros nombres en la lista de despidos se apellidaban Chandler y, mientras observaba a aquella mujer por la que había empezado a sentir algo, pensó en el impacto que eso tendría en su vida.

–Me quedaré con él encantado, pero ¿no crees que la gente empezará a hacerse preguntas?

–Nadie se atreverá –respondió ella–. Pero si quieres seguir aquí escondido…

–No me estoy escondiendo, pero creo que lo más prudente es que me mantenga alejado de los empleados.

–A mí también me lo parece.

Cari se inclinó para besar a DJ en la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse. Dec la observó abrirse paso entre la gente, saludando y parándose a charlar con unos y otros. Aunque eran muy diferentes y nunca le había costado despedir a nadie, Cari iba a pasarlo mal cuando supiera que ella era una de las personas de las que había que prescindir.

Cambió a DJ de brazo y se dio cuenta de que deseaba encontrar la manera de evitar que se fuera porque, al igual que Frank, estaba convencido de que no soportaría no ir cada día a Infinity Games.

Capítulo Once

–Ya hemos llegado –dijo Cari deteniendo el coche en la mansión de los Chandler.

Cari temía la comida dominical con sus hermanas. Sabía que era imposible que supieran lo que había pasado en la mesa de su despacho tres semanas antes. Tampoco sabían de las citas que Dec y ella habían tenido o de cómo, sin quererlo, se estaba enamorando de él. Pero ese día se sentía transparente. Se alisó la falda y se ajustó el cinturón después de salir del coche ante la casa de Emma.

En teoría, debían turnarse para organizar aquella comida semanal, pero por algún motivo siempre acababan en casa de Emma. A Cari le gustaba pensar que era porque la casa en la que vivía su hermana había sido la de sus abuelos y, también, porque tenía personal de servicio que se ocupaba de preparar la comida. Pero tenía la sensación de que era por algo más.

A Emma le gustaba ser la anfitriona. Le gustaba que todos recurrieran a ella. Era la mayor y la más mandona, así que siempre la dejaban salirse con la suya.

Miró a DJ, que estaba ocupado mordisqueando un barco de plástico. Lo sacó del coche y se dirigieron a la casa. De niña, había pasado allí los fines de semana, corriendo por los suelos de mármol y jugando al escondite en los jardines.

Miró a su hijo y sonrió. En breve, él estaría haciendo lo mismo. Nada más entrar a la mansión, lo dejó con la señora Hawkins, la niñera.

Se preguntó cómo sería la casa en la que Dec se había criado. ¿Qué clase de recuerdos tendría de ella?

–Sam estará encantado de ver a este pequeño –dijo la señora Hawkins.

–DJ también. Le encanta jugar con su primo –asintió Cari, y se volvió hacia el pequeño–. Vas a ver al primo Sammy.

–*Mamamama* –balbuceó mirando a su madre con aquella gran sonrisa suya.

Se inclinó y besó al niño en la cabeza, antes de que la señora Hawkins se diera la vuelta para marcharse.

–¿Dónde están mis hermanas?

–En el estudio de su abuelo –contestó la niñera.

Daba igual que Gregory Chandler llevara muerto casi diez años o que aquella casa fuera en la actualidad la residencia de Emma, siempre sería su estudio.

Cari entró en la estancia de paneles de madera y se imaginó que todavía olía a los puros de su abuelo. A pesar de los grandes ventanales del fondo por los que entraba la luz del sol, era un lugar oscuro y muy masculino. De niña, pocas veces había entrado allí porque eran los dominios de su abuelo.

–Hola, chicas –dijo Cari–. Pensé que íbamos a comer.

–Sí, y lo haremos –repuso Emma–. Como Jessi está a cargo del marketing, quería comentarle tu idea del juego de Navidad.

–¿Ahora? No tengo datos aquí y es domingo, mi equipo está disfrutando del fin de semana.

–Está bien. Le daremos unas ideas generales. Lo mantendremos en secreto. No quiero que nadie de Playtone se entere hasta que tengamos el producto terminado.

–No sé si podremos –advirtió Cari–. Dec siempre está en las oficinas y ya le he explicado a Allan los objetivos financieros. Si no explicamos el plan y hacemos algunos progresos, creo que corremos el riesgo de perderlo todo.

–¿Por qué se lo has contado a Allan? –preguntó Jessi.

–Estaba en el despacho para ver a Dec –explicó Cari–. Por cierto, ¿qué pasó entre vosotros?

Jessi parecía incómoda, algo que no era propio en ella.

–Nada. Es solo que se enfadó mucho cuando se enteró de que había mandado investigar a John antes de casarse con Patti.

–¿Por qué lo hiciste?

–Se conocieron en Las Vegas. No sabía nada de él y Patti tiene un gran patrimonio. Podía ser un cazafortunas.

Cari le dio una palmada a su hermana en el hombro. Jessi no

confiaba en nadie salvo en aquellos que le habían demostrado su lealtad. Aquello la entristecía, porque le hacía recordar a la niña dulce que había sido antes de que la vida la endureciera.

–¿Y lo era?

–¿Crees que habría dejado que se casara con él si lo hubiera sido? –preguntó Jessi, evidentemente disgustada–. Allan se puso muy gallito y estuvo muy desagradable conmigo.

–¿Solo porque encargaras a un detective que investigara su pasado?

–Bueno, quizá también porque le ofrecí un soborno para ver si lo aceptaba y se iba –contestó Jessi bajando la voz.

Cari sacudió la cabeza y no pudo evitar reírse.

–Supongo que no fue bien.

–John te perdonó, pero Allan no.

–Bueno, no importa –intervino Emma–. Quiero saber más de Cari y Dec. Sé que tuvisteis una cita la primera noche que se presentó en la oficina y hay rumores de que estáis saliendo. ¿Es así?

–Sí, así es. Acabamos hablando de todo un poco e hicimos buenas migas.

–¿Buenas migas? –repitió Jessi–. No pareces tú.

No le apetecía tener aquella conversación, pero era la oportunidad de hablarles de Dec y DJ.

–Pues sí, soy yo. Supongo que ha aparecido en el momento adecuado.

–No creo que sea una buena idea salir con él –observó Emma.

–Voy a encargar que lo investiguen –intervino Jessi–. Entonces decidiremos si puedes seguir saliendo con él.

–No –dijo Cari poniéndose de pie–. Lo siento, pero es mía la decisión. Voy a salir con él a pesar de la enemistad que hay entre nuestras familias.

–¿Tan poco significa para ti la familia? –preguntó Emma.

–No, no es eso. Pero los hombres como Dec…

–¿Los hombres como Dec? ¿Tan bien lo conoces?

–No tan bien como insinúas, pero me gusta. Tampoco he conocido a tantos hombres que me hayan interesado.

–No desde que te quedaste embarazada –puntualizó Emma.

–No quiero que os interpongáis. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

–Eso espero, porque no creo que te anteponga a Playtone Games –dijo Emma–. A la vista de que la reunión de la junta directiva es mañana, creo que no hay nada que puedas hacer ahora. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

Cari no estaba segura. Era consciente de que estaba poniendo a Dec por delante de sus obligaciones en la compañía. Tenía que encontrar la manera de convencerlo para que dejara la empresa tal y como estaba, sin que saliera de su vida. No estaba dispuesta a conformarse con menos.

Cari pensaba que había sentado las bases para evitar que Infinity Games fuera engullida. Confiaba en que lo que Dec sentía por ella lo llevara a la conclusión de que tanto su empresa como sus hermanas y ella deberían permanecer intactas.

Cari se fue de casa de su hermana y tomó la autopista del Pacífico sin un destino en mente. Llevaba puesto un CD de música infantil que parecía estar haciendo las delicias de DJ.

No había razón para el nudo de nervios que sentía en el estómago. Estaba haciendo todo lo que podía para evitar que su plantilla perdiera el trabajo. Sus hermanas estaban bien y no tenían problemas. Y en aquel momento, estaba convencida de que Dec y ella acabarían juntos y felices para siempre.

Pero Jessi y Emma habían plantado una semilla de duda en su cabeza. No podía avanzar en su relación con Dec sin saber qué planes tenía en relación a ella y sus hermanas.

Sabía que cabía la posibilidad de que Dec recomendara que fueran despedidas. Todo el mundo sabía que no tenía sentido duplicar cargos cuando ambas compañías se dedicaban a lo mismo.

Pero durante semanas había albergado la esperanza de que hubiera una manera de que se pudieran fusionar ambas empresas. Sin embargo, en aquel momento, tenía que enfrentarse a la realidad. Los herederos Montrose no permitirían que las hermanas se quedaran.

Seguramente, eso era precisamente lo que Dec y sus primos pretendían. Detuvo el coche junto a un mirador y dejó el motor en marcha al comprender el origen de aquella angustia en su estómago. Tenía miedo de que incluso después de que destruyera el

legado de su familia, siguiera amándolo.

No había querido reconocerlo, pero era la verdad: estaba enamorada de él.

Se volvió para mirar a DJ en su asiento y se dio cuenta de que desde el momento en que Dec había vuelto a aparecer en su vida, lo había querido.

Pero también deseaba que salvara su compañía, se encariñara con su hijo y la amara. Quería que fuera un hombre completamente diferente al que había conocido.

No estaba siendo realista. No necesitaba que Jessi le dijera que Dec no tomaba decisiones empresariales con el corazón. Lo había llamado cíborg y realmente lo era cuando se trataba de escindir las compañías que Playtone adquiría.

También sabía que estaba entusiasmado con su hijo. Lo había visto tirado en el suelo, jugando con DJ, y también besándolo y abrazándolo cuando pensaba que no miraba. Por la expresión de sus ojos, era evidente lo mucho que le importaba su hijo.

Por otro lado, le gustaba y la hacía sentirse la única mujer en el mundo. Daba igual que para él aquello solo durara seis semanas.

Se frotó la nuca y decidió que iba a preguntarle abiertamente qué intenciones tenía. Ya no haría más conjeturas acerca de si la quería o si se quedaría con ella. Tomó su bolso, sacó el teléfono móvil y marcó su número.

–Montrose al habla –dijo Dec.

–Soy Cari. ¿Tienes un momento?

–Sí, he quedado con mis primos para jugar al voleibol y estoy de camino. ¿Qué pasa?

–Eh… me gustaría invitarte a cenar esta noche. ¿Te parece bien a eso de las seis y media, en mi casa?

–Me gusta la idea. Tengo unos temas que quisiera discutir contigo.

–Yo también –repuso ella.

–Y no se trata de negocios –añadió Dec.

–Perfecto, lo mío tampoco. Nos veremos luego.

–Lo estoy deseando –dijo él antes de colgar.

La tensión de su estómago desapareció y se sonrió en el espejo retrovisor. Necesitaba saber en qué punto se encontraban y, al parecer, él también buscaba respuestas a las mismas preguntas.

El amor que tanto temía reconocer empezaba a bullir en su interior y tardó un minuto más en poner el coche en marcha. Quería disfrutar de aquella sensación. Sus hermanas le habían advertido de lo imposible que era que sus sueños se hicieran realidad, de que no podía tenerlo todo con Dec. Pero en aquel momento decidió que al menos debía arriesgarse para conseguir que sus sueños se hicieran realidad y tener el futuro que tanto ansiaba, en el que siguieran estando su empresa y el padre de su hijo.

Dec no recordaba cómo había empezado aquella tradición pero los domingos por la tarde, si todos estaban en California, Kell, Allan y él, junto con John, el mejor amigo de Allan, quedaban a jugar al voleibol en el parque Clover de Santa Mónica. Se le daban muy bien los deportes. De niño, y por su exceso de energía, lo habían apuntado a muchas actividades para que su niñera no se volviera loca.

Kell ya estaba allí cuando Dec llegó en camiseta de tirantes y pantalones cortos, y lo saludó dándole la mano.

–¿Qué tal va todo?

–No puedo quejarme –contestó Dec–. Hace mucho tiempo que no juego.

–Deberíamos haber ido a Australia a verte –replicó Kell.

–No te preocupes –dijo Dec encogiéndose de hombros–. Estabas ocupando haciendo realidad el sueño del abuelo.

–No creo que estuviera satisfecho aún. Las Chandler siguen al mando de Infinity Games.

–Precisamente quería hablarte de eso.

Se había dado cuenta de que no iba a ser capaz de recomendar que despidieran a Cari. Formaba parte del día a día de la empresa y, sinceramente, quizá influido por sus sentimientos, pensaba que era una parte esencial para mantener el éxito de Infinity Games.

–Tú me dirás.

A pesar de que no se había quitado las gafas de sol, Dec podía sentir su gélida mirada.

–Creo que no va a ser tan fácil como pensábamos apartar a las Chandler de la compañía.

–Eres un genio en esta clase de operaciones. No te subestimes.

Estoy seguro de que sabrás hacer lo que cualquier Montrose haría –dijo Kell.

Dec asintió. «Lo que cualquier Montrose haría». Aquellas palabras lo angustiaron. Sabía cómo demostrarle a Kell que era un Montrose, pero no podía olvidar que había sido adoptado y que era hijo de su madre. Ella había odiado a Thomas Montrose más que a nadie.

Kell sacó su teléfono móvil.

–Lo siento, tengo que contestar un correo electrónico.

Dec se apartó y dejó que su primo mayor hiciera lo que mejor se le daba, ocuparse de los negocios. Era evidente que no tenía ningún interés en olvidarse del pasado.

Había sido criado por su abuelo en aquella vieja casa de la que Thomas se había negado a marcharse. Su padre era el mediano y Dec siempre se había dado cuenta de que nunca había estado a la altura de lo que esperaba de él. El padre de Kell había muerto en la Tormenta del Desierto, la primera guerra en Irak. Había sido imposible para el padre de Dec competir con un muerto incluso después de casarse con una rica heredera que había aportado miles de millones a los cofres de la familia.

–¿Listos para que os pisoteemos esos traseros? –dijo Allan, mientras se dirigía hacia ellos acompañado de John.

–¿Has estado bebiendo? –preguntó Dec mientras estrechaba la mano de John.

–Tan engreído como de costumbre –dijo John–. Me alegro de que estés de vuelta.

–Gracias –replicó Dec–. Echaba de menos estos partidos de los domingos.

–Tampoco parece que hayas pasado mucho tiempo sentado –comentó Allan.

–Claro que no. En Australia, solía quedar con unos tipos de Kanga Games para jugar al *squash*.

–Me alegro –dijo Allan, dándole una palmada en el hombro–. John y yo hemos mejorado mucho nuestro juego. Ya casi somos una leyenda.

John rio y Kell guardó el teléfono y se unió a ellos.

–¿Listo?

–Claro –contestó Dec.

Lanzaron una moneda al aire y les tocó a Dec y Kell sacar primero. Después de un rato jugando, Dec no pudo evitar preguntarse por qué Allan era tan diferente a ellos. ¿Sería porque era Montrose por vía materna y porque el abuelo había tratado a la tía Becca como si fuera una princesa, sin enfrentarla a sus hermanos?

Pensó en su hijo y se dio cuenta de que quería que DJ se pareciera más a Allan que a él o a Kell. Quería que su hijo fuera feliz y que tuviera amigos con los que pasarlo bien. Quería una vida de felicidad y no de amargura para su hijo, y sabía que si despedía a Cari, no habría manera de que DJ no se viera afectado por ello algún día.

Nunca había estado tan cerca de sentirse plenamente integrado en la familia Montrose como en aquel momento y había aceptado el hecho de que para hacer feliz a su familia adoptiva iba a tener que sacrificar la felicidad de su hijo y de su propio futuro.

No se engañaba con la idea de que Cari seguiría con él si continuaba adelante con el plan que tanto agradaría a Kell. Pero, ¿qué pasaría si no lo hacía? ¿Mantendría su puesto en Playtone?

Tenía un número de acciones suficiente para pararle los pies a Kell si quería, gracias a que su madre las había comprado cuando la compañía había salido a bolsa, pero no quería hacer de aquello una lucha de poderes. Quería encontrar la manera de hacer que todas las partes se dieran cuenta de que para construir el futuro tenían que olvidarse de vengar las rencillas del pasado.

–¿Vas a sacar o piensas quedarte ahí mirando la pelota? –le preguntó Kell.

–Lo siento. Se me acaba de ocurrir algo sobre la compra de Infinity –respondió Dec.

–No me pidas disculpas por querer aplastar a los Chandler. Es lo único en lo que pienso –replicó su primo.

–¿Lo único?

–Bueno, y en dormir también.

Dec sintió un nudo en el estómago. Sus primos eran como sus hermanos. Era incapaz de hacer algo que pudiera molestarlos, pero tenía la sensación de que a Allan no le importaría tanto como a Kell que se quedara una de las hermanas en la empresa. Tenía que ser muy prudente para conseguirlo.

–Tenemos que encontrarte una afición –dijo Dec.

–¿Y cómo llamas a esto? –preguntó Kell.

–Ganar –respondió Dec.

Sacó la pelota una última vez y se hizo con el triunfo del juego.

–Buen partido –dijo Allan–. ¿Queréis venir a mi casa a tomar unas cervezas? Podemos ver las carreras.

–No puedo –contestó Dec–. Tengo una cita.

–¿Con quién? –preguntó Allan.

–Voy a salir con Cari.

–¿Cari Chandler? –dijo Kell.

–Sí, estamos saliendo.

–¿Y te parece sensato?

Dec dirigió una dura mirada a su primo.

–Mi vida personal es mía. No va a afectar a los negocios.

–A menos que dejes de tener claro cuáles son tus prioridades.

–Tranquilo –dijo Allan mientras John se apartaba unos pasos en dirección hacia la playa.

–Sé muy bien cuáles con mis prioridades –replicó Dec.

–Eso lo dices ahora, pero… Estamos a punto de hacer realidad lo que el abuelo tanto deseó. ¿Por qué arriesgarlo todo por una mujer?

–No es una mujer cualquiera.

Kell sintió como si la cabeza le fuera a explotar.

–A partir de mañana, me ocuparé personalmente de la fusión de las compañías.

–Tengo el informe terminado. Tengo que añadir algunos detalles, pero está listo para ser presentado mañana lunes. No tienes por qué apartarme de mi trabajo.

–¿Qué has averiguado?

–Prefiero esperar hasta mañana.

–Quiero saber que Gregory Chandler no nos ha puesto una trampa desde el más allá con una nieta seductora.

–Ella no es así.

–Ya lo veremos.

Dec se apartó antes de que Kell pudiera decir algo más, pero en el fondo sabía que iba a tener que elegir entre el pasado y el futuro. Para un hombre acostumbrado a vivir en el presente, se encontraba en una situación muy incómoda.

Capítulo Doce

Cari dejó a DJ en su cuna para que durmiera la siesta. Eran las cuatro de la tarde. Había intentado que se durmiera antes para que estuviera despierto cuando llegara Dec, pero el pequeño se había negado, así que se le había hecho tarde para preparar la cena. Se olvidó de su idea de preparar un asado y optó por pasta. Era más fácil y rápido. Ni que Dec fuera a darse cuenta de que estaba enamorada de él solo por prepararle la cena.

Había empezado a preparar un granizado de café de postre y, como solo había que añadir hielo picado cada treinta minutos, lo tenía todo bajo control. Al frotarse la nuca, cayó en la cuenta de que todavía no se había arreglado el pelo. Puso el temporizador y corrió a su habitación.

Eran las seis. Dedicó unos minutos más a peinarse y maquillarse, y luego se puso un sencillo vestido de verano que le dejaba al descubierto los brazos y disimulaba la barriga que le había quedado después de dar a luz. Contenta con su aspecto, se dispuso a volver a la cocina, pero el timbre de la puerta sonó antes de que llegara.

Respiró hondo y trató de relajarse. Ni que aquella noche fuera a cambiarle la vida, aunque lo deseara. Nunca había pensado que pudiera sentir aquello por Dec. El hombre que la había abandonado se estaba haciendo un hueco en su vida de una manera totalmente inesperada.

De camino a la puerta, se percató de que no había puesto música. Al abrir, se encontró a Dec con el pelo húmedo, vestido con unos pantalones cortos caquis y una camisa con el cuello abierto. Llevaba unas gafas de sol que se quitó nada más verla.

–Hola, preciosa. Parece que hace siglos que no te veía.

–Lo mismo digo –replicó ella sonrojándose.

Luego, se hizo a un lado para dejarlo pasar y Dec le entregó un gran ramo de flores multicolores.

–Gracias.

–No sé cuáles son tus flores preferidas, así que te he traído margaritas porque me han recordado a ti.

Cari se quedó mirando aquella mezcla de pétalos amarillos, rosas y naranjas.

–¿Por qué te recuerdan a mí?

–No sé, me hacen sonreír.

Sintió una intensa emoción. Quería ser prudente, ir despacio y no tomarse cada uno de sus comentarios como una declaración de amor. Pero era difícil. Sus sentimientos hacia él hacían que lo viera de una manera diferente.

–¿Por qué me sonríes de esa manera? –preguntó él.

–A veces puedes ser muy amable.

–Pensé que era amable todo el tiempo.

Ella negó con la cabeza y se acercó para besarlo. Solo pretendía que fuera un breve roce de labios a modo de agradecimiento, pero se convirtió en algo más. Lo rodeó por los hombros con su brazo y se puso de puntillas para besarlo.

–Vaya, si es así como reaccionas por un puñado de flores, voy a traerte un ramo cada día.

Cari se apartó. La idea de tenerlo con ella cada día le provocó aquella sensación efervescente. Nada podía estropear aquella noche. El temporizador sonó en la cocina y DJ empezó a llorar a la vez.

–¿DJ o la cocina? –preguntó Dec–. Dime de cuál prefieres que me ocupe.

–¿Te importa ir a por DJ?

Pensó que preferiría estar con su hijo que andar buscando qué hacer en la cocina. Además, quería que la cena y el postre fueran perfectos.

–En absoluto –dijo él con una sonrisa.

Últimamente, parecía sonreír más, y esperaba que fuera por ella.

–¿Tengo que hacerle algo a DJ?

–Eh… Cámbiale el pañal y ponle la ropa que le he dejado preparada. ¿Crees que podrás vestirlo?

–Me las arreglaré –respondió Dec, asintiendo.

Se fue por el pasillo y Cari se apresuró a volver a la cocina. Dejó

las margaritas en la encimera y abrió el congelador para remover aquella mezcla helada. Luego sacó un jarrón para meter las flores, tratando de no darle importancia al hecho de que se las hubiera comprado.

El caso era que no solía recibir flores a menudo. Sus hermanas le habían mandado un ramo al dar a luz a DJ, pero antes de eso hacía años que nadie le había regalado uno. Recortó los tallos y metió las flores en el jarrón antes de dejarlo en medio de la isla de la cocina.

Luego, siguió haciendo la cena. Había decidido preparar una sencilla salsa de tomate, ajo y albahaca para acompañar la pasta. Llenó una cacerola de agua y la puso a hervir, y después se dispuso a preparar pan de ajo.

Estaba nerviosa por hacer la comida y poner la mesa, pero lo que de verdad quería era acabar de cenar cuanto antes y poder hablar con Dec. Le había dicho que tenía algo importante que decirle y, después de la manera en que la había saludado al llegar, esperaba que le dijera que sentía por ella lo mismo que ella por él.

Seis semanas antes, Dec se habría reído a la cara de cualquiera que le hubiera dicho que estaría cambiando pañales y deseando pasar una noche en casa. Nunca había sido muy hogareño. Pero esa noche, con aquel delicioso aroma a comida flotando en el ambiente y su hijo de diez meses riendo mientras le cambiaba de ropa, Dec sintió que aquel era el único sitio donde deseaba estar.

Aquella agradable sensación era lo que le había convencido de que no iba a abandonar a DJ y a Cari. Y eso era lo que lo asustaba, porque todavía no había pensando la manera de evitar que Cari perdiera su trabajo. Pero esa noche, no le preocupaban los juegos ni la enemistad de años. Solo quería disfrutar de la sensación de que por primera vez en su vida sentía que tenía un hogar.

Daba igual que técnicamente fuera la casa de Cari o que nunca hubiera estado allí antes. Parecía haber encontrado lo que siempre había estado buscando. Aquel vacío que durante tanto tiempo lo había acompañado ya no lo sentía tan frío.

Sentó a DJ y miró la ropa que le había puesto. Quería que Cari se diera cuenta de que formaba parte de sus vidas. Para él era importante establecer una relación con ellos antes de la junta

directiva del día siguiente.

Levantó a DJ del cambiador y el pequeño trató de bajarse al suelo. La casa era de una sola planta, por lo que no había escaleras que pudieran suponer un peligro para él. Lo dejó en el suelo y lo siguió mientras gateaba hasta la cocina.

Pensó en Allan y Kell, y en cómo sus primos solo se preocupaban del trabajo, y se dio cuenta de que había cambiado. Sabía que iba a tener que tomar una difícil decisión en relación a Infinity y Playtone. Seis semanas atrás, habría sido fácil, pero ya no.

Al ver a DJ entrando en la cocina y a Cari tomándolo en brazos para darle un beso, Dec supo que la decisión estaba tomada.

–Qué bien te queda esta ropa, pequeño. Vas a juego con tu padre.

Lo miró con tanto cariño que Dec se asustó. Se dio la vuelta y se frotó las manos. Cari parecía muy vulnerable y seguramente no era consciente de ello.

–He traído vino y me lo he dejado en el coche. Enseguida vuelvo.

Se apresuró a salir de la casa y, una vez fuera, se detuvo a medio camino del coche. Se quedó mirando su Maserati. Por un lado, deseaba subirse al coche y alejarse de aquella situación.

Si se iba, Kell encontraría la manera de vengarse y, con el tiempo, Cari acabaría por pasar página. No tendría que elegir entre su primo y el objetivo que había perseguido toda su vida, y Cari y DJ, que eran su futuro. No era un cobarde. Le costaba creer que hubiera abandonado a Cari en aquella habitación de hotel dieciocho meses atrás.

Una suave brisa se levantó en aquel viejo barrio en el que Cari vivía.

Había cambiado, pensó, y era como si no acabara de aceptarlo. Tenía miedo porque había encontrado algo que no quería perder. Tenía a Cari y a DJ. Nunca había pensado que pudiera sentirse tan vulnerable, pero así era.

Tomó la botella de vino y volvió a la casa. Encontró a Cari bailando con DJ en la cocina y al verlo, se paró en secó. Sabía que pasara lo que pasase al día siguiente, nunca olvidaría esa noche.

–¿Quieres bailar conmigo? –preguntó ella.

Dec dejó la botella en la encimera y tomó entre sus brazos a la

mujer y al bebé, y bailó con ellos alrededor de la cocina al ritmo de la música que sonaba de fondo. DJ rio y Cari canturreó la letra de la canción.

Todo parecía sencillo. Tenían que estar juntos. Era la solución a la que había estado dándole vueltas toda la tarde y que su pequeño hijo parecía ver con claridad.

No sabía cómo iba a hacerlo, pero cuando las aguas se calmaran después de la reunión del día siguiente, se marcharía con el respeto de sus primos, junto a Cari.

Apenas habían tenido la oportunidad de hablar de nada serio durante la cena con DJ acompañándolos y ensimismado mirándolo. Pero en cuanto lo puso a dormir y volvió para sentarse con Dec en el patio trasero para contemplar el anochecer, Cari supo que había llegado el momento de hablar.

Dejó el monitor del bebé en la mesa y se sentó a su lado en una tumbona doble.

–Gracias –dijo él tomándola de la mano.

–¿Por qué? –preguntó ella con expresión interrogante–. Ya me las has dado en la cena.

–Gracias por mi hijo. No me había dado cuenta hasta esta noche del regalo que es. Podías haber tomado otra decisión, teniendo en cuenta que no estaba a tu lado. Y no te habría culpado, claro que tampoco me habría dado cuenta de lo que me estaba perdiendo.

Cari sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Nunca sabría lo difícil que había sido tomar la decisión, teniendo en cuenta que estaba sola y que él era enemigo declarado de su familia.

–No sé qué decir.

–No tienes nada que decir.

La atrajo entre sus brazos y le hizo apoyar la cabeza en su hombro. Luego se colocó a su lado hasta quedar frente a frente.

Deslizó las manos por su costado hasta llegar a la cadera y se aferró a sus nalgas. Ella se acercó más a él.

–¿Confías en mí? –preguntó él.

Su voz sonaba suave en la oscuridad.

–Sí, Dec.

–¿Puedo hacerte el amor? Desde que estuvimos juntos en tu despacho, no hemos pasado de besarnos al despedirnos, pero no puedo esperar más.

A continuación acercó las caderas a las de ella para que sintiera su erección.

–Yo tampoco.

Era consciente de la frontera que había levantado entre ellos desde aquella noche en su oficina, pero todo había cambiado. Deseaba estar entre sus brazos. No había pensado en otra cosa en las últimas semanas. A pesar de que no estaba del todo segura de que pudiera confiar en él, seguía deseándolo. Después de las señales que había visto aquella tarde, nada le haría más feliz que hacerle el amor.

Dec acercó la boca a la suya, y se fundieron en un beso dulce y apasionado. Bajo la luz de la luna y rodeados de la fragancia de las flores del jardín, Cari se sentía en el paraíso.

Deslizó las manos entre ellos y comenzó a desabrocharle la camisa hasta que sintió el vello de su pecho bajos sus manos. Luego, empezó a acariciarle sus fuertes pectorales y siguió bajando hacia su vientre. Dec metió el ombligo y tomó su mano para detenerla.

Cari apartó la boca de la suya y buscó sus ojos, pero Dec hundió el rostro en su cuello y fue besándola mientras le subía la falda. Con suaves movimientos arriba y abajo comenzó a acariciarle el muslo, haciéndola estremecerse.

Ella le desabrochó el cinturón y buscó el botón del pantalón a la vez que él deslizaba la mano bajo las bragas.

Dec le hizo separar aún más los muslos y se detuvo ante su entrada, rozándola con tan solo la punta de su miembro. Ella se revolvió, buscando que la penetrara, pero él no accedió.

Cari lo miró a los ojos y él unió sus labios a los suyos con fuerza metiéndole la lengua en la boca a la vez que la penetraba. Una oleada de placer la sacudió mientras se hundía completamente en ella. Lo rodeó por la cintura con las piernas y lo urgió a moverse más deprisa, apretándole con los talones en el final de la espalda.

Luego, con la lengua entrelazada a la suya, Cari sintió las primeras sacudidas del orgasmo. Apartó los labios de los suyos y gritó su nombre mientras él la embestía una y otra vez hasta que se corrió y todo su cuerpo se estremeció.

Cari sacudió las caderas una última vez y Dec se desplomó sobre ella. Estaba encantada de sentir todo su cuerpo encima, y lo abrazó con brazos y piernas con toda su fuerza. Luego, lo besó suavemente y, cuando alzó la vista, la estaba mirando con una ternura que nunca antes había visto en sus ojos.

Dec los hizo rodar de costado, la estrechó entre sus brazos y le acarició la espalda. Ella trató de cambiar de postura, temiendo estarle aplastando el brazo con su peso, pero él la obligó a quedarse como estaba y a apoyar la cabeza en su pecho, justo encima de su corazón.

Cari cerró los ojos, deleitándose con la calma que le transmitían sus latidos. Estando en sus brazos, no tenía que preocuparse de los problemas que Emma había comentado aquella tarde. Emma no conocía a Dec como ella. Un hombre que la abrazaba con tanta ternura no podía ser capaz de hacerle daño.

Capítulo Trece

Dec la estrechó entre sus brazos mientras caía la noche. Quería hacerle el amor de nuevo, pero esta vez en una cama y no en una tumbona al aire libre. Aun así no se arrepentía. Había esperado mucho tiempo para volver a tenerla así abrazada. Habría reventado si no se hubiera hundido en ella.

Si quería tenerla y mantener contentos a sus primos Montrose, tenía que decidir qué iba a hacer a continuación. Le costaba pensar teniendo a Cari en sus brazos. Se abrochó los pantalones, recogió las bragas de Cari y se las guardó en el bolsillo para que no se quedaran allí. Luego se levantó y la tomó en brazos.

Ella se revolvió y le sonrió.

–Tengo sueño.

–Sí, lo sé –dijo él–. Yo también y estoy deseando dormir abrazado a ti. ¿Te importa que me quede a pasar la noche?

–Estaba deseando que lo hicieras. Pero prométeme que seguirás aquí cuando me despierte.

Dec se sintió dolido por aquella pregunta. No podía culparla. Iba a tener que demostrarle con hechos que quería quedarse.

–Sí, te lo prometo.

Antes de que la llevara al interior de la casa, Cari tomó el monitor del bebé. Luego, Dec enfiló hacia su dormitorio.

–¿Cómo sabías dónde estaba mi habitación?

–Lo he visto antes.

La dejó en el suelo y Cari puso el monitor sobre la mesilla.

–Necesito usar el baño antes de meterme en la cama.

–Adelante. Yo usaré el baño del pasillo y nos encontraremos aquí.

Cari se fue al baño y Dec aprovechó que se había quedado solo

en la habitación para mirar a su alrededor. Había muchas fotos del bebé sobre la cómoda. Toda la vida de su hijo estaba allí documentada. Se fijó en las fotos de los nueve meses en los que había estado ausente de sus vidas y se dio cuenta de que DJ no tenía por qué enterarse si jugaba bien sus cartas en los siguientes días.

También sabía que iba a tener que ofrecerle a Cari lo que quería de él. Sexo y compañía durante las cenas no iban a ser suficiente. Se pasó las manos por el pelo y se fue al baño para asearse.

Después, cuando volvió al dormitorio, se encontró a Cari metida en la cama. Estaba recostaba sobre unas almohadas y, al verla, se quedó inmóvil en el umbral sin saber muy bien qué hacer. Por supuesto que se había acostado antes con mujeres, pero siempre había sido algo espontáneo y con sexo de por medio. Esta vez era diferente.

Estaba allí porque quería y no pudo evitar sentirse vulnerable ante aquella situación. Le recordaba su primera noche en la mansión de sus padres y cuánto había deseado quedarse allí para siempre. Su deseo se había cumplido, pero no había resultado como esperaba.

–Ven a la cama –dijo ella retirando las sábanas e invitándolo a entrar en la habitación.

Había dejado encendida la luz de la mesilla de noche y un suave y cálido resplandor iluminaba la habitación. Quería creer que su sitio estaba allí, con ella, pero sabía que no. Él era la oscuridad y ella la luz.

Quería resistirse. A pesar de lo que llevaba todo el día pensando, su instinto le decía que se diera media vuelta y se marchara. ¿Acaso no había aprendido que la vida era más fácil cuando no dependía de nadie? ¿Qué clase de padre sería si seguía temiendo permanecer en un lugar?

Claro que eso no cambiaba sus sentimientos por DJ. Sentía mucho amor por su hijo y quería lo mejor para él, pero seguía dudando si era lo mejor para DJ y Cari.

A pesar de que ella había llenado ese vacío en su interior, todavía no sabía qué podía ofrecerle. Todavía no había descartado la idea de subirse a su Maserati y poner rumbo a Canadá.

–¿Dec?

Notó un temblor en su voz y supo que estaría imaginándose lo que sentía. Las dudas de todas aquellas semanas, había alcanzado su grado máximo. Una vez que había llegado hasta donde estaba y había conseguido lo que quería, la aterrorizaba aferrarse a ello.

Cari era muy diferente a cualquier persona que hubiera conocido y no podía estar más claro en aquel momento. Dio un paso hacia ella y, a pesar de que le sonrió, vio una sombra de tristeza en sus ojos. Tenía tanto miedo que dudaba que fuera el hombre que ella necesitaba.

No solo aquellos sentimientos le eran desconocidos, sino que le resultaba imposible encontrar el equilibrio entre lo que siempre había deseado, la aceptación de los Montrose, y la única cosa sin la que no podría sobrevivir, el amor de Cari.

El amor era efímero y siempre había estado fuera de su alcance. Aunque en aquel momento lo estuviera mirando con tanto amor, ¿cuánto tiempo duraría? ¿Seguiría sintiéndolo cuando sus hermanas se quedaran sin trabajo y se viniera abajo el legado de su familia?

Lo dudaba. ¿Cómo iba a hacerla feliz él solo? ¿Cómo iba a ser el único que le diera esperanza cuando sabía que no era digno de ser amado y que nunca había sido suficiente para nadie?

Cari se despertó tan pronto como de costumbre y se volvió para mirar a Dec durmiendo a su lado. La había despertado en mitad de la noche para hacerle el amor y había disfrutado de tenerlo con ella. No había tenido la oportunidad de decirle lo que sentía porque veía que estaba confuso.

Si tuviera que adivinar, diría que no estaba seguro de cómo manejar sus propios sentimientos. Por lo que sabía de su infancia, había crecido en un hogar sin amor y, en parte, quería compensarle aquella carencia. Pero sabía que no podía. Se inclinó y le acarició la incipiente barba de su mejilla.

Dormido, no parecía tan duro y dispuesto a comerse el mundo. Recordó la ternura de su expresión después de que le hiciera el amor fuera.

Aunque le resultaba difícil reconocerlo, había una vulnerabilidad en Dec que nunca antes había visto. Se dio la vuelta antes de hacer alguna estupidez, como dibujar corazones en su

pecho y despertarlo para hacer el amor otra vez.

Quería ver cómo estaría esa mañana, si la apuesta que estaba haciendo obtendría su recompensa o si terminaría con el corazón roto y sola de nuevo.

Sacudió la cabeza al levantarse de la cama, tomó su bata y salió de la habitación. Había una importante reunión de la junta directiva esa mañana en el edificio de oficinas de Playtone Games, donde Dec presentaría su informe ante sus hermanas y ella, además de al comité ejecutivo de Playtone. Por su parte, tenía una simulación del juego que querían lanzar en Navidad lista para enseñarles con el que esperaban que se mantuviera viva la marca Infinity.

Fue a ver a DJ, que estaba despierto y jugando con un peluche en su cuna.

–Buenos días, pequeñín.

Lo sacó de la cuna, le cambió el pañal y lo vistió antes de ir a la cocina para darle de comer. Oyó la ducha de su baño y supo que Dec se había levantado. Trató de convencerse de que era una tontería estar nerviosa, pero cuanto más tiempo permanecía allí sentada esperándolo, más aumentaba aquella sensación. Terminó con DJ, lo tomó en brazos y regresó al dormitorio con una taza de café. DJ se retorció para bajar y ella lo dejó en el suelo antes de ir al vestidor a buscar su ropa. Entonces, oyó que se abría la puerta del baño.

–Papa –balbuceó DJ.

Cari salió del vestidor y miró a Dec.

En aquel momento, parecían una familia de verdad excepto por la manera en que la miraba. No parecía estar ilusionado No pudo evitar sentir cierta desazón. Lo amaba y seguramente él sentía lo mismo por ella. ¿Por qué se habría quedado a pasar la noche si no fuera así?

No tenía respuestas y, por primera vez, se dio cuenta de que el amor la hacía vulnerable. Necesitaba algo de Dec que quizá no fuera capaz de darle y tampoco tenía derecho a pedírselo. El amor no era esa emoción mágica que había imaginado. Claro que teniendo en cuenta la forma en que su relación con Dec se había desarrollado, no era una sorpresa.

–Buenos días –dijo él con voz ronca de recién levantado–. He usado tu maquinilla para afeitarme. Espero que no te importe.

–No, claro que no. Eh… ¿vas a venir a nuestras oficinas esta mañana o vas directamente a Playtone?

–Tengo que pasar primero por casa para cambiarme. Luego iré a Playtone –contestó–. Hoy va a ser un día largo.

Se adivinaba en él la tensión ante el día que tenían por delante. Cari respiró hondo.

–Sí, va a ser difícil para todos. Pero he estado trabajando en los objetivos financieros que Allan fijó. Creo que vas a sorprenderte con algunas de las cosas que voy a mostraros.

Dec esbozó una medio sonrisa.

–Eso estará bien. ¿Necesitas algo de mí para tu presentación?

–No, ¿por qué?

–Kell es un hueso duro de roer, cariño. Espero que lo que presentes sea contundente y puedas respaldarlo con documentación.

–Por supuesto –dijo ella– ¿Crees que va a haber malas noticias?

–Va a haber algunos recortes –contestó–. Pero no pudo contarte nada más.

Cari sintió un nudo de nervios en el estómago. Aquello no sonaba bien para Infinity, pero tenía que ser realista.

Desde el principio había tenido la sensación de que su puesto y el de sus hermanas corrían peligro. Confiaba en que el nuevo juego y el flujo de ingresos que generaría fuera suficiente para conseguir ganar tiempo.

–No te preocupes por eso. Sé que estás haciendo tu trabajo.

–¿Quieres que cuide de DJ mientras te duchas?

–¿Tienes tiempo?

–Claro –respondió Dec.

Cari enfiló hacia el baño, pero de repente se detuvo y se volvió hacia él.

–Cuánto me gustaría hacer desaparecer al resto del mundo.

–A mí también, pero creo que ambos hemos sabido desde el principio que eso no era posible. Lo que ocurra entre nosotros va a estar influido por tus hermanas, mis primos y la enemistad que surgió con nuestros abuelos.

–Lo sé, es solo que me gustaría que todo fuera mucho más sencillo. Cuando pase todo este revuelo de la reunión, quiero hablar contigo. Tenía pensado hacerlo anoche, pero algo me distrajo.

–¿No sería por mi culpa? –bromeó él–. ¿Quieres distraerte otra

vez?

–Me encantaría, pero quiero ser puntual y causar buena impresión a la junta directiva de Playtone.

–Lo entiendo. Estate relajada y demuéstrales lo mucho que te importa tu empresa. Y presume de lo que vales.

–¿Eso cómo se hace? –preguntó ella.

–Siendo tú misma.

–Lo intentaré.

–Lo harás muy bien, lo sé –dijo, y la besó antes de dejar que se marchara al baño.

Después de ducharse, Dec se marchó a su casa para cambiarse y ella a las oficinas de Infinity Games. Tenía la sensación de que, a pesar de que había pasado la noche con ella, estaba guardando las distancias.

Después de pasar por su yate y cambiarse de ropa, Dec no se dirigió directamente a las oficinas de Playtone. Antes, se fue a la mansión de Beverly Hills en la que se había criado. Mientras buscaba en la guantera el mando a distancia para abrir la verja, recordó el primer día que había llegado allí.

Por entonces tenía cuatro años, así que sus recuerdos eran borrosos. Solo sabía que lo esperaba una nueva familia y que le habían dicho que eran ricos, así que se había imaginado una casa impresionante. Los portones de hierro con las iniciales de su madre seguían abriéndose con tanta lentitud como lo habían hecho aquella primera vez. Mientras aceleraba el Maserati y enfilaba el camino de acceso, pensó que, independientemente de lo que ocurriera ese día, nada iba a hacerlo cambiar.

Nunca se había sentido un Montrose, en parte porque había sido adoptado, pensó mientras salía del coche y se dirigía a la puerta principal. Pero la otra razón era su madre.

En una ocasión, cuando tenía dieciséis años, después de oírla refunfuñar por haberse casado con su padre, le había preguntado por qué lo había hecho. Helene le había contestado que se había dejado engañar por amor.

Abrió la puerta. Tan solo se oía el ligero zumbido del aire acondicionado y olía a limones. Aunque nadie vivía allí, tenía

contratado un servicio de limpieza semanal.

Con las palabras de su madre resonando en su cabeza, recorrió la enorme casa en la que había crecido. De repente, una idea lo asaltó. Tal vez Cari estaba jugando con él.

Había percibido un cierto tono de desesperación cuando le había preguntado por la reunión que iban a tener ese día. Ambos sabían que Infinity Games era historia y que en breve quedaría muy poco de la compañía que había fundado Gregory Chandler.

Pero, aparte de eso, ¿había algo más que un hijo entre ellos? ¿De dónde venía ese deseo de olvidarse de toda lógica empresarial y dejarse llevar por su intuición para salvar el trabajo de Cari? ¿Sería amor? No lo sabía. Su madre no había querido o había sido incapaz de describirle lo que era el amor. Lo único que tenía claro era que no quería sentir lo mismo que su madre. Había acabado dándose a la bebida cuando se había dado cuenta de que su padre se había casado con ella por su dinero.

¿Y si todo lo que había hecho Cari había sido con la intención de conseguir que traicionara a sus primos para salvarse ella y sus hermanas?

Se frotó la nuca y supo que no podía buscar respuestas en el pasado. Tenía que tomar una decisión ese mismo día. Tenía que confiar en Cari y en la nueva vida que quería construir con él.

Ese futuro no debería asustarlo tanto, pero no sabía cómo construir una vida con ella ni con nadie. No se sentía tranquilo con la idea de tener a Cari a su lado porque sabía lo frágil que era su vínculo con ella. No sabía cómo permanecer a su lado. Una cosa eran seis semanas y otra toda una vida. ¿Sería capaz?

Además, ¿lo querría ella para siempre? Le incomodaba no saberlo, y eso era lo peor. No tenía ni idea de lo que ella sentía. Tal vez, lo único que buscaba era un padre para su hijo.

Le había dicho que quería hablar con él esa noche. ¿Para qué? Después de la reunión, si lograba salvar su puesto en la empresa, ¿le contaría Cari sus verdaderos sentimientos o seguiría adelante con su vida?

Sacudió la cabeza. No estaba dispuesto a cambiar de opinión ni a alterar los planes que tenía para Infinity por ella. Solo esperaba que fuera lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que aunque quisiera compartir su vida con ella, no podía tomar

decisiones empresariales a la ligera.

Salió de la casa, confiando en no seguir los pasos de sus padres. Habían sido unos desgraciados que no habían sido capaces de encontrar la verdadera felicidad. En aquel momento se dio cuenta de que llevaba toda la vida huyendo para no encontrarse en la situación en la que estaba.

Amaba a Cari Chandler y no tenía ninguna duda de que iba a causarle una gran desilusión. Esperaba que fuera solo por esa vez, pero no podía estar seguro. Nunca se le habían dado bien las relaciones y estaba convencido de que sus hermanas no lo aceptarían nunca.

Sabía que eso podía poner mucha tensión en una pareja. Había crecido en un hogar en el que dos familias habían estado en conflicto. Mientras conducía hacía las oficinas de Playtone Games pensó en Thomas Montrose El hijo de aquel hijo que nunca había pensado que estaría a la altura iba a darle lo que el resto de los Montrose no había podido darle: la venganza que tanto había ansiado. Iba a hacer que una Chandler se doblegara no solo en la sala de juntas sino en la vida.

Lo sabía porque iba a sacrificar la posibilidad de tener un futuro feliz para salvar a Cari de él. Estaba convencido de que no era el hombre adecuado para ella y aquella mañana había tenido la oportunidad de darse cuenta de que había cambiado, pero no de decirle que la amaba. Ella se merecía un hombre que pudiera repetírselo todos los días de su vida.

Capítulo Catorce

Emma y Jessi dependían de la impresión que Cari causara a la junta directiva de Playtone Games durante la reunión, por lo que no podía evitar sentirse nerviosa mientras esperaban en la sala de juntas.

–¿Te ha contado Dec lo que ha puesto en su informe? –preguntó Emma.

–No, eso no lo haría nunca –respondió Cari a sus hermanas–. Es muy leal con sus primos como yo lo soy con vosotras.

–Es comprensible –dijo Jessi–. Por cierto, ¿vais en serio? Patti me ha dicho que Kell no está muy contento de que Dec esté saliendo contigo.

–¿Cómo lo sabe Patti? –preguntó Cari.

Confiaba en que Dec hubiera encontrado la manera de salvar todos los puestos de trabajo de Infinity, pero sabía que era un sueño estúpido. A pesar de que diera con una nueva forma de aumentar los beneficios, habría despidos.

–John está aquí de visita. Estuvo jugando al voleibol con Dec, Kell y Allan, y parece ser que hablaron de ti.

Cari se preguntó si les habría hablado a sus primos de DJ. Sabía que Allan ya se había enterado de que estaban saliendo por aquella conversación en su sala de juntas.

No tuvo tiempo de hablar nada más con sus hermanas porque se abrió la puerta y Kell Montrose entró. Lo primero que llamó la atención de Cari fue su mirada fría y dura. Miró a las tres con tanto desdén que no pudo evitar estremecerse. En aquel instante supo que aquello no iba a ir como esperaba.

Allan entró a continuación, con gesto serio y pensativo, y luego apareció Dec, que evitó mirarla. Cari dejó en la mesa, delante de

ella, su presentación.

Jessi le dio unos golpecitos en el muslo bajo la mesa para animarla, y luego le apretó la mano antes de que hablara.

–Antes de que empecemos, quisiera comentaros algunas variaciones en nuestra fuente de ingresos –comenzó Cari–. Si me lo permitís…

–No esperábamos esto –dijo Kell–. Llegados a este punto no creo que nada de lo que puedas decir hará cambiar nuestros planes.

–Esto puede suponer un importante incremento de los beneficios, y supera el objetivo que fijamos hace seis semanas –explicó Cari.

Podía ser muy blanda con sus empleados, pero también sabía sacar las uñas cuando era necesario para protegerlos.

Kell se volvió hacia Allan.

–¿Le dijiste cuál era el objetivo?

–Sí. Era un objetivo muy ambicioso y Cari quería encontrar una manera de ahorrar para aportar su granito de arena.

–Esto no lo habíamos hablado –replicó Kell.

Cari se alegró de no ser Allan, porque Kell fulminó a su primo con la mirada.

–Sin ánimo de ofender, Cari, no pensaba que fueras capaz de alcanzarlo. Estoy deseando saber cómo piensas conseguirlo.

Cari le hizo una señal con la cabeza a Jessi, que enseguida se puso a repartir la documentación con la información financiera que habían preparado. Cari fue explicándoles las cifras, deteniéndose en el significativo aumento del veinticinco por ciento en las ganancias que el lanzamiento del nuevo juego conllevaría.

–Pero todo eso es una hipótesis –recalcó Kell.

–No, es una realidad –replicó Cari–. Tengo la demo del juego en mi iPad, por si quieres jugar.

–¿Una demo de un juego? –preguntó Dec–. ¿Cómo es posible que hayas tenido tiempo para desarrollarlo?

–Usamos como punto de partida un juego que ya teníamos y le añadimos una temática navideña. Se ha encargado el equipo que iba a desarrollar un nuevo juego en el segundo trimestre del año que viene. Han trabajado muy duro en esto.

Le pasó el iPad a Kell y los tres hombres se turnaron para jugar antes de devolvérselo a Cari.

–Estoy impresionado. Estas son las ideas innovadoras que valoramos en Playtone –comentó Kell.

–Me alegra oírlo –dijo Cari.

–Pásale a Dec una lista con el nombre de todos los que han participado en este proyecto –le pidió Kell.

Cari asintió y Dec le sonrió. Estaba satisfecha con la presentación que había hecho, y esperaba que fuera suficiente para que Kell se diera cuenta de la valía de aquella generación de Chandler.

–¿Qué tal si volvemos a reunirnos dentro de unas semanas? –preguntó Emma–. Ya has visto de lo que somos capaces.

Kell negó con la cabeza.

–No, esto no cambia nuestros planes. Dec, por favor, comienza con tu presentación.

Emma palideció y Cari tuvo un mal presentimiento al ver a Dec levantarse.

–Os daré una copia de mi informe después la reunión.

–¿Por qué no ahora? –preguntó Jessi.

–No quiero que lo leáis antes de que tenga la oportunidad de explicarlo. Añadiré la nueva fuente de ingresos, pero como Kell acaba de decir, realmente no cambia mucho de lo que ya habíamos planeado. Cuando llegué a Infinity Games lo primero en lo que reparé es en que hay duplicidad entre lo que hacemos en Playtone y lo que hacéis aquí. Por ejemplo, no necesitamos dos directores de desarrollo técnico, así que recomiendo que prescindamos de uno.

Cari sintió que hervía de ira mientras Dec continuaba hablando de todas las áreas en las que pensaba que debía haber recortes. Según él, tres cuartas partes del personal debían mantenerse porque eran buenos trabajadores y poseían lo que denominó como «conocimientos de diseño de vanguardia». Al menos la mayoría de sus empleados iban a conservar sus empleos.

–Por último, estoy seguro de que no es ninguna sorpresa que recomiende reducir los puestos directivos de Infinity Games –dijo Dec con tono neutral–. Aunque Cari, Jessi y Emma dedican muchas horas a la compañía y cumplen sus funciones, creo no hay necesidad de mantenerlas. En un principio, iba a recomendar prescindir de las tres, pero en las últimas seis semanas he visto cuánto depende el personal de Infinity de Cari. Ella es su motor, su

animadora, y todos trabajan más cuando ella se lo pide. Teniendo en cuenta que mantendremos a la mayoría del personal de Infinity, creo que debería quedarse y continuar como directora de gestión.

Jessi se levantó de un salto y comenzó a hablar, pero Cari no prestó atención a su hermana. Solo tenía oídos para Dec. ¿Había recomendando mantenerla en su puesto por su relación? No podía quedarse si Emma y Jessi eran despedidas.

Se levantó, señaló a Dec y le indicó que se acercara a un rincón de la habitación. Sus hermanas estaban teniendo una acalorada discusión con Kell y Allan, pero a Cari solo le interesaba una persona.

–¿De qué se iba todo eso? –susurró cuando se hubieron apartado de la mesa.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué me quedo yo y no Jessi o Emma? Las tres somos vitales para la supervivencia de Infinity Games.

–Porque siempre estás en las trincheras con el personal. Pero las otras…

–Basta, Dec. Las otras son mis hermanas. No podemos construir una vida en común si piensas despedir a mis hermanas.

–No estamos construyendo una vida en común –dijo Dec.

–Entonces, ¿qué hemos estado haciendo?

–Demonios, no quise decir eso –farfulló Dec–. No puedo salvar a las tres, Cari. A Kell no le gustó la idea de que te quedaras, pero le dije que era la única alternativa que aceptaría.

–Te lo agradezco, pero no tienes ni idea de la situación en la que me colocas.

–Era difícil de todas formas. No puedo darle la espalda a mi familia –dijo él después de que pasaran largos segundos.

–Tampoco te lo estoy pidiendo. Lo único que te pido es que pienses en nuestro hijo.

–Lo hago pensando en él, así que no intentes chantajearme con eso. Lo tengo presente tanto como tú.

–Sí, pero tu familia sale victoriosa. ¿Crees que podemos ser felices estando mis hermanas tan enfadadas? Yo también estoy enfadada.

–Sé realista. Es mejor de lo que esperabas.

–No –replicó ella–. Te he demostrado cómo podemos seguir

trabajando como lo hemos venido haciendo hasta ahora y que Infinity Games puede quedarse como está. Te he enseñado todo lo que tenía y parece que eso no significa nada para ti.

–Ya no tomas decisiones en Infinity Games porque ya no eres dueña. Tienes suerte de que estemos considerando mantener a la mayoría de la plantilla.

Cari sacudió con la cabeza cuando la ira y el dolor se fundieron en su interior.

–Tenía que haber imaginado que dirías algo así. No eres capaz de quedarte y ver la devastación que dejas a tu paso.

–Esta vez no voy a salir huyendo –replicó Dec.

–Quizá sí.

–Deja de actuar así. Son negocios, no el fin del mundo. No puedes dirigir una empresa guiándote por los sentimientos.

–Tú sí porque no tienes corazón. Pero yo no soy como tú, Dec. Te quiero, pero apuesto a que ni siquiera te importa. No entiendes cómo el amor lo cambia todo, cómo te hace preocuparte de las personas que te rodean y de las consecuencias de tus actos. Dijiste que esto no me afectaría a mí ni a DJ, pero claro que lo hará –explotó Cari–. He sido una tonta por creer que podrías cambiar. Pensé que te quedarías y construirías un futuro conmigo y con nuestro hijo, pero ahora veo que no era eso lo que te interesaba. Y aunque te agradezco que quieras mantenerme en mi puesto, no voy a quedarme.

Se volvió para alejarse de él y se encontró con que los demás los estaban mirando. Al ver la cara de sus hermanas, supo que los habían oído. Tenías los ojos como platos y se habían quedado boquiabiertas.

Cari respiró hondo antes de hablar.

–Sí, habéis oído bien, Dec y yo tenemos un hijo en común. A pesar de que nos abandonó, lo recibí de nuevo en nuestras vidas pensando que había cambiado, aunque ahora veo que todavía está obsesionado por esa vieja disputa familiar que no tiene nada que ver con el presente.

–Lo sabía –dijo Jessi.

–¿Lo sabías? ¿Por qué no dijiste nada? –le preguntó Allan.

–Acabo de recibir esta mañana el informe del investigador privado. Debería haber dicho que lo sospechaba –puntualizó, y se

volvió hacia Kell–. No puedes despedir a las tías de tu propio sobrino.

–El bebé no cambia nada –sentenció Kell.

–Lo cambia todo –intervino Emma–. Ahora somos familia y no podemos seguir tratando de aniquilarnos. Es hora de poner punto final a esta guerra.

–No –dijo Kell–. No me rendiré solo porque Dec y Cari hayan tenido una aventura. Eso no ha sido una relación, ha sido un error.

Cari se encogió ante su comentario.

–¿Fue un error, Dec? –preguntó.

Dec la miró, y la expresión de sus ojos le recordó a la de un animal atrapado en una trampa. Luego le dio la espalda y se volvió hacia su primo.

–Kell, ya está bien de tonterías.

–No son tonterías. Se llama olfato para los negocios –replicó Kell.

–Pues el buen sentido empresarial no se basa en venganzas –dijo Emma, caminando hacia Cari y rodeándola con su brazo.

Mientras sus hermanas la sacaban de la sala de juntas, Cari miró a Dec. Parecía de piedra, como si no sintiera nada, muy diferente del hombre en cuyos brazos había dormido la noche anterior. Sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos y pensó que aquel era el peor momento de su vida.

Mientras avanzaban por los pasillos de Playtone Games hacia el ascensor, rompió a llorar y ya no pudo parar. Jessi le dio unas palmaditas en el hombro y trató de calmarse, pero le resultó imposible. Se había dejado engañar por Declan Montrose una vez más. Después de pasar semanas fingiendo que sentía algo por ella, dándole esperanzas de que lo suyo podía prosperar… Era todo tan cruel y la afectaba tanto que no creía posible que alguna vez pudiera recuperarse.

Cuando llegaron al aparcamiento, bajo la luz deslumbrante del sol, se detuvo, incapaz de seguir caminando. Sus hermanas la abrazaron, y lloró. Todas sus esperanzas y sueños se habían esfumado y no sabía cómo iba a recoger los pedazos rotos de su corazón y continuar con su vida. Quería para DJ más de lo que en aquel momento podía ofrecerle, pero tenía que reconocer que un hombre como Dec nunca podría ser un padre para su hijo, porque

no era el hombre que ella necesitaba como compañero y amante.

Dec se quedó conmocionado ante las palabras de Cari, aunque no debería sorprenderse. Sabía que lo amaba. Nunca se habría acostado con él de no ser así, y lo había sabido desde el principio.

Pero le había dolido cuando le había dicho que no tenía corazón y que seguía anclado en el pasado. Había intentado mantenerse en la fina línea que separaba lo que le debía a su familia y lo que quería para él.

–¿Tienes un hijo? –preguntó Allan, acercándose a él.

–Sí, pero no lo he sabido hasta que volví a encontrarme con Cari.

–Deberías habérnoslo contado –dijo Kell.

–¿Para qué? No habría cambiado nada.

–Tienes razón. No habría cambiado nada, pero no te habría pedido que te ocuparas de la compraventa.

Dec se quedó mirando unos segundos a su primo antes de hablar.

–No estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho Cari, pero tiene razón en que no podemos seguir obsesionados con el pasado. Para mí, todo esto no tiene nada que ver con el abuelo. Ya sabes que nunca estuvimos muy unidos.

–Entonces, ¿de qué se trata? –preguntó Kell.

–Me gustan los desafíos y vosotros sois mi familia. Solo nos tenemos a nosotros, o bueno, en mi caso, lo que tenía hasta que supe de mi hijo.

–¿Tú también piensas lo mismo, Allan?

–No estoy en esto por venganza –respondió Allan–. Quiero decir que tal vez el abuelo tenía su carácter y…

–Tal vez –le interrumpió Kell–, ninguno de los dos os acordáis de que Gregory Chandler apartó a Thomas de los negocios buscando su propio beneficio.

Era evidente que Kell no estaba siendo razonable y recurría a los argumentos de siempre. Dec no tenía ningún interés en volver a hablar del tema una vez más, así que enfiló hacia la puerta.

–Mi madre nunca quiso formar parte de esto y ahora entiendo por qué. No sé qué va a pasar entre Cari y yo, pero no quiero

perderla. Es la primera persona que amo en mi vida –dijo y, al pasar junto a la puerta, dio un puñetazo al marco–. Maldita sea, os lo he dicho a vosotros antes que a ella.

–Ve tras ella –dijo Allan, señalando hacia fuera–. Kell y yo vamos a buscar la manera de que esto sea una fusión y no la destrucción de Infinity Games.

–Habla por ti, Allan –explotó Kell sin poder disimular su ira.

Nunca haría las paces con la familia Chandler.

Por su parte, Dec no quería seguir siendo un Montrose y vivir bajo aquel manto de odio bajo el que se habían criado. En aquel momento entendía a su madre mejor que nunca. Desde la puerta, vio cómo Allan se levantaba y rodeaba la mesa hasta Kell.

–Ya no somos unos críos –dijo Allan en tono suave–. Eres el presidente porque te hemos votado, pero no te olvides de quién posee la mayoría de las acciones. O reculas en esto y buscamos una fórmula mejor para todos o quizá acabes perdiendo tu puesto en la siguiente reunión.

Kell maldijo entre dientes, apretó los puños y dio un puñetazo en la mesa.

–Ahora mismo no puedo –farfulló, y salió a toda prisa de la sala de reuniones.

Dec miró a Allan.

–¿Por qué me estás apoyando? No somos de la misma sangre.

Allan se acercó y le dio un apretón en el hombro.

–Claro que sí, siempre lo has sido. En cuanto Kell se tranquilice, se dará cuenta de que tu hijo es el futuro de ambas compañías. Eso importa más que el que Thomas se apunte un tanto sobre Gregory. Al fin y al cabo, su nieto es un Montrose.

Allan tenía razón, pero a Dec le daba igual. Tenía pensado hablar con Cari después de la reunión, pero después de lo que le había dicho, no iba a ser fácil reconquistarla.

Allan salió de la sala de reuniones en busca de Kell para calmarlo y Dec se desplomó sobre un asiento pensando en lo mucho que quería a Cari. Los negocios, el dinero y los Montrose no significaban nada para él si no la tenía a su lado.

Sacó el teléfono móvil y vio en la pantalla la foto que Cari le había hecho con DJ. Le había dado mucho más de lo que nunca le podría agradecer y se merecía más de él, algo que le demostrara

que de verdad había cambiado.

Pero lo suyo no eran los grandes gestos. Aunque fuera capaz de cambiar, no sabía cómo enamorar a alguien. Confiaba en que confesarle su amor fuera un comienzo, pero también tenía otras ideas.

Le llevaría un tiempo poner en marcha su plan, pero no le importaba. No quería dejar nada al azar. La noche anterior, cuando se le había ocurrido un plan para salvar el puesto de Cari mientras la rodeaba con sus brazos, se había dado cuenta de que había sido muy estrecho de miras. Cari y él eran parte de algo mucho más grande, y tenía que ganarse a sus hermanas antes de ir tras ella y recuperarla.

Capítulo Quince

–Siento haberme venido abajo –dijo Cari más tarde, sentada en el salón de Emma.

DJ y Sam estaban jugando en el suelo, y ya estaba más calmada después de haberse tomado medio litro de helado.

–Estabas en tu derecho. Si Dec me lo hubiera hecho a mí, se habría llevado un puñetazo.

Cari esbozó una medio sonrisa, pero no le pareció divertido.

–No quiero hablar de Dec. Deberíamos pensar un plan para que las tres sigamos formando parte de la plantilla. Estoy segura de que el departamento financiero podrá recalcular las cifras y…

–No quiero hablar de trabajo –la interrumpió Jessi–. Todos te hemos oído decir que amas a Dec. ¿Qué piensas hacer ahora?

–No lo sé –contestó–. Pensé que actuaría de otra forma. Creía que… Bueno, da igual lo que creyera, no puedo hacer que cambie. Ahora entiendo por qué son tan importantes para él la compra de Infinity y los Montrose.

–Sí, es adoptado.

–¿Cómo lo sabes?

–He encargado que lo investiguen. También sospechaba que era el padre de DJ.

Cari debería haberse imaginado que Jessi lo averiguaría.

–Se me pasó por la cabeza que Dec podía ser el padre de DJ cuando empezaste a salir con él –añadió Emma–. Últimamente, no querías saber nada de hombres.

–No pensaba contarle nada de DJ.

–¿Y qué pasó? Nunca has hablado del tema –observó Jessi.

–Simplemente nos sentimos atraídos y acabamos en la cama. A la mañana siguiente, había desaparecido y me sentía como una

estúpida, así que ni intenté ponerme en contacto con él. Al principio, no sabía que era un Montrose.

–¿Qué pasó cuando supiste que te habías quedado embarazada? –preguntó Emma.

Sus hermanas la observaban atentamente.

–Había pasado tanto tiempo que no quería saber nada de él. Fue una sensación abrumadora.

–Deberías habérnoslo contado, Cari. Si lo hubiera sabido, habría intentado localizar a Dec.

–No habrías podido protegerme de esto, Emma. A pesar de la enemistad de nuestras familias, una vez que averigüé quién era, supe que tenía que hablarle de DJ.

–¿Por qué? –preguntó Jessi–. Renunció a sus derechos cuando se fue.

–Porque es el padre de DJ y todos queremos a nuestros padres a pesar de todo. ¿Os acordáis cómo papá siempre quería agradar al abuelo a pesar de que nunca le decía nada agradable?

–Por supuesto que sí –contestó Jessi–. A ver, entiendo tu punto de vista, pero deberías haberme dejado volver ahí dentro y darle un puñetazo. Hoy se ha comportado como un perfecto imbécil.

–Sus primos querían deshacerse de nosotras y estaba entre la espada y la pared. No debería haber sido tan dura con él.

–Por supuesto que sí –dijo Emma–. Debería haber hablado contigo antes de entrar ahí y hacer su propuesta. Están muy preocupados con los resultados y no estoy diciendo que tenía que haber hecho las cosas de otra manera en cuanto a prescindir de Jessi y de mí, pero no debería habértelo soltado de esa forma.

No era una sorpresa que Emma tuviera argumentos a favor tanto de Dec como de ella. Siempre había sido muy ecuánime y sabía muy bien cómo funcionaban los negocios. Todas lo sabían.

–Supongo que estaba dolida, y la ira de Kell era aterradora. No quiero que mi hijo tenga relación con ellos. Son muy peculiares.

–Estoy de acuerdo –dijo Jessi–. Allan no es tan desagradable como Kell, pero es evidente que están muy unidos.

Cari suspiró.

–Estoy algo enfadada con el abuelo por la manera en que apartó a Thomas Montrose de la empresa. Me pregunto por qué lo hizo.

–Nunca lo sabremos. Pero tendrás una buena historia que

contarle a DJ cuando sea mayor de por qué no nos llevamos bien con la familia de su padre.

Aquello entristeció a Cari. Sabía que se había dejado llevar por la furia y deseó no haberlo hecho. Debería haberse preocupado solo por sacar adelante su trabajo cuando Dec había entrado en escena. Nunca iba a poder mostrarse indiferente teniéndolo cerca.

–Debería haberme mantenido al margen.

–Ya es demasiado tarde. Tenemos que seguir adelante –terció Emma–. Creo que los empleados se vendrían con nosotras si fundamos una nueva compañía.

Cari sacudió la cabeza. No quería un nuevo enfrentamiento con los primos Montrose en el que sus hermanas y ella partían con desventaja. Había sacrificado demasiado por una vieja enemistad y ya estaba harta.

–¿Crees que no lo harían? –preguntó Emma–. Pensaba que eran leales.

–Puede que sí, pero entonces Playtone nos buscaría de nuevo. No quiero seguir luchando en la misma batalla –dijo Cari.

Miró a su hijo y decidió que había llegado la hora de irse a casa. Quería abrazar a DJ y olvidarse de que se había desnudado emocionalmente ante la impasibilidad de Dec.

–Estoy cansada, chicas. Creo que me voy a ir a casa. Podemos vernos mañana para pensar qué pasos dar a partir de ahora.

–¿Estás bien para conducir? –preguntó Jessi.

Había una nota de preocupación en su voz y Cari se preguntó si su hermana sabría que un corazón roto dolía más que cualquier otro sufrimiento. Luego recordó que, a pesar de su aparente dureza, Jessi tenía un corazón blando.

–Sí, estoy bien.

Tomó a DJ en brazos y se despidió de su sobrino. Una vez en el coche, de camino a su casa, decidió que no quería pasar la noche allí. No quería dormir en una cama que olía a Dec ni recorrer una casa que ahora contenía recuerdos de él.

Se fue al hotel Ritz Carlton y pidió una habitación. Tumbada en la cama, pensó en la última vez en que Dec la había dejado y el tiempo que le había costado olvidarse de él. Esta vez iba a ser mucho peor.

Llenó la bañera y se metió en el agua con su hijo. Su pequeño

mundo no había cambiado. Lo envidiaba porque, a pesar del pasado o de lo que había sucedido ese día, nunca lo recordaría.

Allan y Dec tardaron toda la tarde en convencer a Kell de que aceptara darles una oportunidad a Jessi y Emma para que demostraran su valía.

–No me gusta la mediocridad.

–Me da igual mientras les des una oportunidad de demostrar lo que valen –dijo Dec–. Es lo único que podemos hacer llegados a este punto.

Miró a sus primos y dejó escapar un suspiro.

–Voy a necesitar unos días para intentar recuperar a Cari –añadió.

–Dijo que te quería. No creo que lo tengas tan difícil –dijo Allan.

–Dijo que se sentía como una estúpida por amarme –puntualizó Dec–. No debería haber dejado que se fuera.

Kell se levantó, se acercó a él y le dio una palmada en el hombro.

–La recuperaras. ¿Qué podemos hacer para ayudar?

–¿Ya no te importa que sea una Chandler?

–Como dijiste antes, tienes un hijo, Dec, y eso lo cambia todo.

Dec se alegraba de oírlo. Kell podía ser muy testarudo, pero sabía reconocer cuando algo estaba bien.

–Quiero que DJ se sienta como un verdadero Montrose.

–¿Qué significa eso? –preguntó Allan.

–Nunca me he sentido un verdadero Montrose –respondió Dec–. Siempre tuve presente que era adoptado.

–Para nosotros, siempre has sido un Montrose. No quiero volverte a oír eso –intervino Kell.

Le alegraba que sus primos le dijeran eso. Siempre había buscado sentirse integrado y por fin lo había conseguido. Ahora, tenía que ganarse a Cari de nuevo y luego ya podría relajarse. Solo había una manera de hacerlo: tenía que demostrarle que tenía raíces.

Pensó en su gran mansión vacía de Beverly Hills y supo lo que debía hacer.

–Tengo que dejar el Maserati y buscar otro coche. ¿Podéis

hacerme un favor?

¿Por qué vas a cambiar el Maserati?

–No es un coche para niños.

Después, les explicó a sus primos cómo podían ayudarlo, y se mostraron entusiasmados de poder aportar su granito de arena. Tenía la sensación de que Kell seguía sintiéndose mal por su arrebato de ira. Dec no estaba seguro de que fueran a tener éxito en lo que les había pedido, pero los dejó para poner en marcha su plan.

Se fue al concesionario de Porsche y cambió el Maserati por un Cayenne antes de ir a casa de Cari. Cuando llegó, el sol se estaba poniendo y se encontró la casa vacía. Llamó a su teléfono, pero le saltó el buzón de voz. Quería poner fin a aquel distanciamiento cuanto antes.

Ahora que sabía que la amaba, quería que su vida con ella comenzara en aquel mismo instante. Se le ocurrió llamar a Allan y le pidió que llamara a la esposa de John y le pidiera el teléfono de Jessi. Treinta minutos más tarde lo había conseguido. Eran poco más de las nueve, algo tarde, aunque no demasiado teniendo en cuenta que su futuro estaba en juego.

–Soy Dec –dijo cuando Jessi contestó–. ¿Podría hablar con Cari?

–No está aquí. Se ha ido a casa, pero no creo que le apetezca verte.

–Estoy en su casa y aquí no hay nadie –replicó Dec, comenzando a sentir pánico.

¿Y si había tenido un accidente?

–¿Cómo? ¿Estás seguro de que no se está escondiendo de ti?

–Completamente seguro. Aquí no hay nadie y tampoco veo su coche aparcado –explicó Dec.

Se quedó mirando la casa y pensó en cómo había puesto su vida patas arriba. Quizá debería respetar sus deseos y dejar que se ocultara de él. Pero esta vez no podía hacerlo, esta vez la amaba y quería tenerla a su lado.

–Voy a ver qué puedo averiguar –dijo Jessi después de largos segundos–. Si te ayudo en esto, estarás en deuda conmigo.

–De acuerdo, te deberé una, pero no puedo hacer nada para parar la compra.

–No pasa nada. Pensaré en algo que puedas hacer por mí. Te llamaré.

–Estaré esperando.

Dec permaneció cuarenta y cinco minutos sentado en la entrada de la casa de Cari antes de que su teléfono finalmente sonara.

–Dime.

–Está en un hotel. Dice que no soporta la idea de dormir en una cama que ha compartido contigo –dijo Jessi.

Aquellas palabras cortaban como un cuchillo.

–¿Dónde está?

–¿Por qué quieres saberlo?

–¿A ti qué te parece?

–Quieres recuperarla, te has dado cuenta de que lo has estropeado todo. Pero quiero oírtelo decir.

–Lo he estropeado todo –admitió–. Ahora, dime dónde está.

–En el Ritz Carlton de Marina del Rey. Se registró hace dos horas, así que debió de ir directamente desde casa de Emma.

–Gracias –dijo Dec antes de colgar.

Estaba a poco más de un kilómetro de donde estaba anclado el yate en el que vivía. Se alegró de que estuviera tan cerca. Era tarde para ir, pero por la mañana, cuando se despertara, le demostraría lo mucho que significaba para ella.

Condujo hasta el hotel y se fue a la recepción. No quisieron darle el número de habitación, pero aceptaron entregarle un sobre. Se fue al yate, pero no pudo dormir entre la excitación de verla por la mañana y el temor de que no aceptara su invitación ni sus disculpas.

El sobre que se encontró en la puerta de su suite era blanco y tenía el membrete del Ritz Carlton, pero al mirar el anverso reconoció la letra de Dec. Lentamente lo abrió y sacó la tarjeta que había dentro.

Por favor, ven a desayunar conmigo al Big Spender, en el muelle siete del club de yates de Marina del Rey. Quiero disculparme.

Dec

Aunque apenas explicaba nada en la nota, estaba deseando verlo y escuchar lo que tenía que decirle. Había pasado mala noche y se

enfrentaba a una vida llena de noches solitarias sin Dec. Si lo que pretendía era disculparse, quería oír lo que tenía que decirle.

Pidió que les subieran ropa de las tiendas y vistió a DJ antes de hacerlo ella. Luego, se fueron en coche hasta el puerto. No necesitó pedir indicaciones para dar con el yate de Dec ya que se encontró un rastro de corazones con su nombre escrito en ellos que llevaba hasta el muelle en el que estaba atracado. La pasarela estaba bajada y había un camino de pétalos de rosas que llevaban hasta la cubierta, en donde formaban un gran corazón.

–¿Hola? –dijo al subir a bordo.

–Hola –contestó Dec, subiendo los escalones.

Parecía cansado, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Se acercó a ella y la tomó en sus brazos. Besó a DJ en la cabeza y luego a Cari en los labios.

–Te quiero –le dijo.

Las palabras se quedaron flotando y se sintió desvalido.

Cari fue a decir algo, pero él se lo impidió poniéndole un dedo en los labios. No quería que le dijera todas las razones por las que no lo amaba. Sabía que lo había estropeado todo y le iba a llevar toda una eternidad recuperarla. Pero estaba dispuesto a asumirlo.

–Ayer por la mañana, cuando salimos de tu casa, sabía que iba a ser un día difícil. También sabía que no iba a poder despedirte y que te pediría que te casaras conmigo. Eso era lo que quería, no sé cómo las cosas se descontrolaron tanto.

–Creo que fue por tu primo. Quería nuestras cabezas –dijo Cari–. Pero también tuvimos algo que ver. Quería que dejaras de pensar como un empresario e hicieras lo que yo quería, así que me tomé la reunión como una gran prueba.

–Bueno, puede que Kell quisiera vuestras cabezas, pero también es cierto que dije cosas que no debería haber dicho. Mi vida cambió cuando me enteré de que tenía un hijo y me dio miedo admitirlo.

Cari ladeó la cabeza y se quedó mirándolo. Dec vio lágrimas en sus ojos.

–Yo también te quiero. Quiero que formemos una familia, pero no sé cómo podemos hacerlo si mantenemos esta disputa.

–Estoy de acuerdo –convino él, tomando su rostro entre las manos y secándole las lágrimas con los dedos–. Antes de nada, deja de preocuparte por los negocios. Kell, Allan y yo hemos acordado

dar a tus hermanas una oportunidad para demostrar por qué debemos mantenerlas en sus puestos. No es ninguna garantía, pero es mejor que nada. Ah, y Kell ha accedido a ser más amable a partir de ahora.

–Es un comienzo –dijo Cari, rodeándolo por la cintura y apoyando la cabeza en su pecho–. ¿Hablabas en serio cuando dijiste que me amabas? –preguntó en voz baja.

Dec empezó a tener esperanzas de que podía recuperarla.

–Sí. Sé que dijiste que no tenía corazón, y no te equivocabas. Mi corazón no es mío porque te pertenece a ti.

–Yo también te quiero, Dec. Todos esos corazones que conducían hasta ti… Nadie había hecho nada tan bonito por mí. Me haces sentir especial.

Agachó la cabeza y la besó.

–Eres muy especial para mí. Me da miedo decirte lo mucho que significas –las lágrimas volvieron a asomar a los ojos de Cari y lo abrazó con fuerza–. Quiero que seas mi esposa –continuó Dec–. Que nos casemos y formemos una verdadera familia.

–Yo también lo deseo –admitió ella–. No he dejado de desearlo desde aquella primera cena después de que volvieras. No quería creer que fueras el hombre de mis sueños, pero eres eso y mucho más.

–Espero poder estar a la altura, Cari. Voy a esforzarme mucho por ser ese hombre. De hecho, voy a enseñarte una sorpresa después de que desayunemos.

–¿Otra?

–Y unas cuantas más –dijo él con una sonrisa.

La llevó hasta la mesa dispuesta con el desayuno y, cuando acabaron, bajaron del yate para enseñarles el Cayenne.

–Este es mi nuevo coche –dijo, señalando el vehículo con el asiento del bebé en el asiento trasero–. Hablo muy en serio cuando digo que quiero compartir mi vida contigo.

Le creía. Estaba aprendiendo algo más sobre el hombre al que amaba: cuando se proponía algo, no paraba hasta conseguirlo.

Luego, condujeron hasta Beverly Hills sin que Dec le dijera adónde iban. Se detuvo para enviar un mensaje de texto y permanecieron sentados de la mano a la espera de que le contestaran. Cuando finalmente recibió respuesta, puso el coche en

marcha.

–Cierra los ojos –le pidió.

Cuando Cari los hubo cerrado, Dec tomó una calle y al cabo de unos minutos paró el coche. Lo oyó salir y sacar a DJ antes de abrirle la puerta a ella y ayudarla a salir.

–Me llevo a DJ. Tú quédate aquí un momento.

Se quedó allí parada bajo el sol del mediodía.

Dec volvió junto a ella, solo, y la tomó en brazos. Luego la besó lenta y apasionadamente y cuando se apartó, le dijo que abriera los ojos.

Al hacerlo, Cari vio una gran mansión con un lazo en la fachada. Había una gran pancarta que decía: *Cari, ayúdame a llenar esta casa de amor y convirtámosla en nuestro hogar.*

Se fundió en un abrazo con él y hundió el rostro en su cuello.

–Sí, claro que sí –dijo ella.

–Estupendo. Para empezar, he invitado a nuestra familia.

Sorprendida, abrió los ojos de par en par. Al cruzar el umbral vio a Kell, Allan, Emma, Sam y Jessi con su hijo. No parecían amigos íntimos, pero estaban siendo civilizados.

DJ empezó a dar palmas.

–Mama, papa.

Dec dejó a Cari en el suelo y el pequeño gateó hasta ellos. Cari se agachó para tomar a su hijo en brazos, satisfecha de haber conseguido todo lo que siempre había deseado del amor y de la vida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

